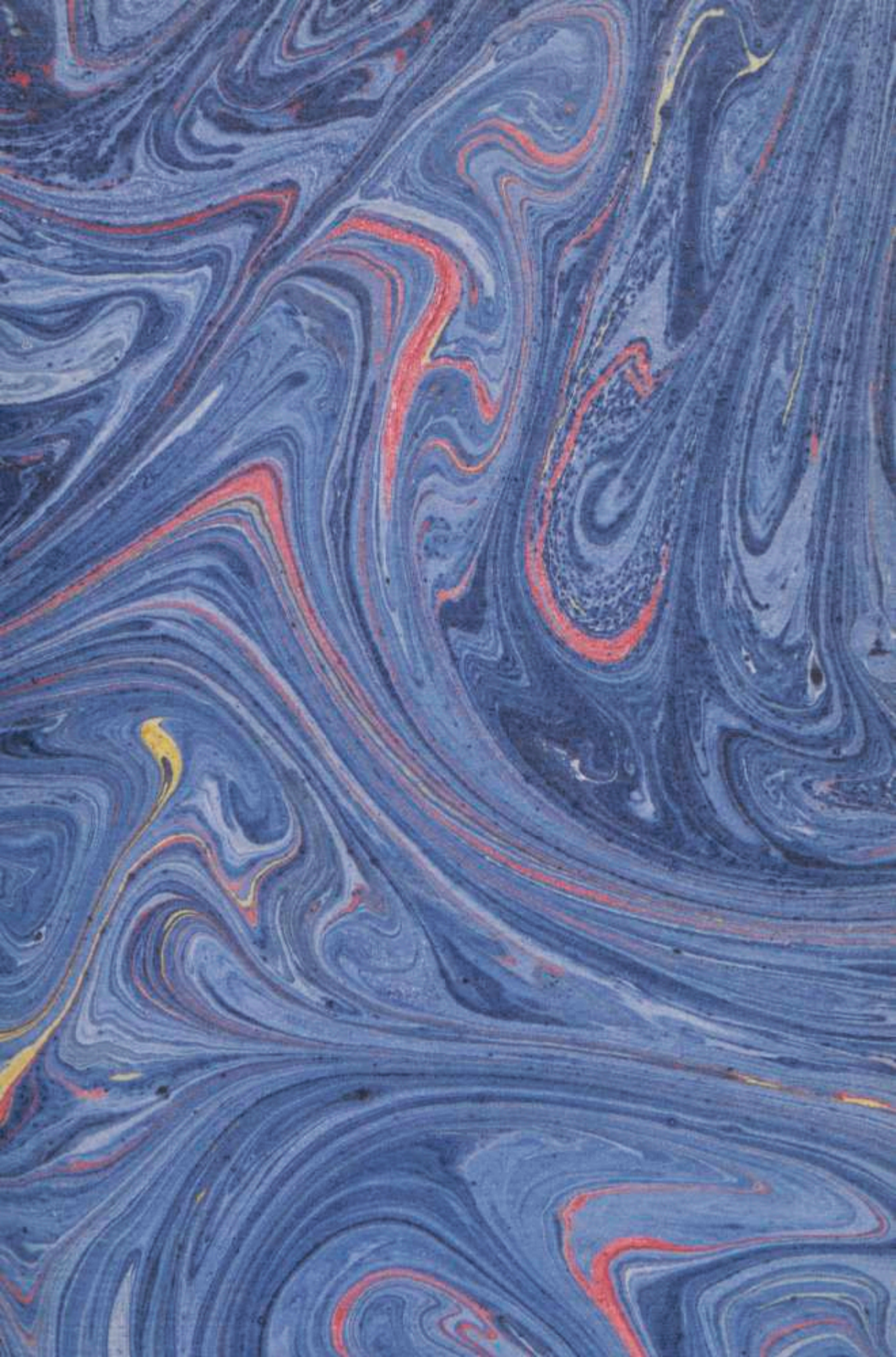


ANT
XIX
1397

JUAN VALERA.

ESTUDIOS CRÍTICOS

SOBRE

LITERATURA, POLÍTICA

Y COSTUMBRES DE NUESTROS DIAS.

TOMO I.

SEGUNDA EDICION.

MADRID:
FRANCISCO ÁLVAREZ, Editor.
Ronda de Recoletos, 4, principal.

Compra
16.000
ANT
XIX
1397

ESTUDIOS CRÍTICOS.

R-41.054
C.S.XIX

JUAN VALERA.

ESTUDIOS CRÍTICOS

SOBRE

LITERATURA, POLÍTICA

Y COSTUMBRES DE NUESTROS DIAS.

TOMO I.

SEGUNDA EDICION.

SEVILLA:
Francisco Álvarez y C.ª, Editores.
ZARAGOZA, 21.

MADRID, 1884.—Sucesores de Rivadeneyra.
Paseo de San Vicente, 20.

Al Excmo. Señor

D. ANGEL P. DE SAAVEDRA,

DUQUE DE RIVAS.

El recuerdo del tiempo feliz, mi queridísimo Duque, léjos de ser el mayor dolor para mi alma, suele acudir á ella con dulzura inefable, aunque melancólica. Así acude el de aquel tiempo, que por feliz debe tenerse más que ningun otro de mi vida, en que pasaba yo al lado de V. los más hermosos años juveniles, á orillas del azulado y transparente golfo de las Sirenas, en la falda del florido Vómero, entre el Posílipo y el Vesubio, bajo aquel cielo ins-

pirador de la magna Grecia, cerca del lugar donde fundaron escuela sus antiguos sabios, y del lugar donde dió la Sibila sus oráculos misteriosos, y del lugar donde se alzan, coronados de laurel, los sepulcros de Virgilio y de Sanazzaro.

Los balcones de casa, como V. dice en sus versos, *señoreaban lo mejor del globo.* La risueña y bulliciosa Nápoles, en primer término. Capri, Castelamare, Sorrento y el promontorio Minerva se descubrian desde allí. Aquellos sitios suscitaban toda poesía con su hermosura; con sus nombres y con su presencia, maravillosos acaecimientos de las pasadas edades. La fábula, la leyenda, la tradicion y la historia los ilustran á porfía. Desde aquellos balcones, en una apacible noche de primavera, bien se podia imaginar que se columbraba á distancia, entre las sombras confusas, una fantástica procesion de héroes, los cuales han dejado allí las huellas de su paso, desde Ulíses hasta el magnánimo Alfonso de Aragon.

Los casos presentes no eran á la sazon ménos poéticos. Eran, ademas, dichosos. Las pasiones más nobles, las ilusiones más gratas, casi siempre incompatibles por mengua de nuestra flaca naturaleza, parecia que entónces se habian dado allí la mano y podian caminar juntas sin escrúpulo. Á principios de 1848, el bondadoso Pío IX era aún el jefe, el ídolo de la revolucion. Las princesas, las damas aristocráticas, sobre todo las más jóvenes, las más bonitas y las más elegantes, eran tambien revolucionarias. ¿Qué placer tan grande no tendria yo entónces en mostrarme aficionadísimo á la revolucion, sin dejar de ser piadoso, ni en apariencia, puesto que no hacía más que aplaudir lo que el Padre Santo aplaudia, y dando asimismo pruebas de galante, de afectuoso, de fino y de rendido á todas aquellas señoras tan *comm'il faut?* ¡Qué dicha la de entónces! No ser entónces liberal era ser mal católico, era ser enemigo del Papa, era ser persona de mal tono, y hasta era ser poco artístico y poco

amante de la belleza, ya que lo primero que allí logró la revolucion fué que las bailarinas desechasen los impertinentes y *anti-estéticos* calzoncillos verdes que el rey Fernando II les habia obligado á gastar, harto receloso y cuidadoso de que sus amados súbditos se entregasen á la concupiscencia.

Digo todo esto, mi querido Duque, para que se vea en qué época y region tan agradables empezó esta amistad íntima nuestra, la admiracion y el respetuoso cariño mio hácia usted y la bondad de V. para conmigo, más de padre que de jefe, que dura sin interrupcion, va ya para diez y seis años.

Aquella manera de vivir de entónces; aquellas sabrosas y regocijadas conversaciones que teniamos; los paseos que dábamos juntos por Capo-di-monte y por la Villa-Reale; las tertulias de casa de Scláfani y de Bivona; mi romántica adoracion por *la muerta*, y otros infinitos casos é incidentes, están aún vivos en mi memoria; son mis recuerdos más *saudosos*.

Algo de aquello ha influido, y quizás influye todavía, en la direccion que ha tomado mi espíritu, en mi manera de pensar sobre arte, poesía, política y otros asuntos más trascendentales.

Ya, desde mucho ántes de ir á Nápoles, tenía yo vocacion de escritor, presumia algo de filósofo y bastante de poeta, y habia compuesto versos. En Nápoles, con el trato y convivencia de V., y con la amistad de Estanislao Gatti y de Giovanino Baracco, acabé de internarme por la senda de la literatura, y cobré á la filosofía toda la aficion compatible con lo perezoso y distraido de mi espíritu.

Ni áun en la época de mayor fervor y entronizamiento del romanticismo habia sido yo *romántico*, sino *clásico* á mi manera; manera, por cierto, harto diferente del pseudo-clasicismo frances, introducido en España por Luzan y los Moratines. Yo era adorador, idólatra de la forma, pero de la forma íntima, espiritual, no de la estructura, no del atildamiento nimio,

pueril y afectado; yo era fervoroso creyente en los misterios del estilo, en aquella sencillez y pureza por donde el estilo realza las ideas y los sentimientos, y pone en la escritura, con encanto indestructible, toda la mente y todo el corazon de los autores.

Estas creencias literarias, estos gustos mios recibieron en Nápoles nueva fuerza y consistencia con el estudio de la literatura italiana y con el de la griega, que ántes sólo conocia yo por traducciones, y que allí comencé á conocer en los libros originales bajo la férula del excelente Constantino Eutimiades, mi maestro. Me forjé desde entónces un ideal de perfeccion que en mis versos propendia siempre á realizar. Aun tenian que pasar años ántes de que pensase yo en escribir en prosa para el público.

Entre tanto, habia un punto, ó mejor diré una gran parte, quizás la más esencial, de la educacion literaria, que me faltaba. Era yo español por todos cuatro costados; español de nacion, de casta, de sentimientos y hasta de

resabios, defectos y preocupaciones; pero, como literato, era más cosmopolita que castizo. Quien me bautizó en literatura sumergiéndome hasta la coronilla en el agua del Tajo y del Guadalquivir; quien me preparó sólida y macizamente para ser escritor *castellano*, en prosa y verso, fué el famoso D. Serafin Estébanez Calderon, cuyo ingenio, cuyo saber y cuya manera de sentir y de expresar lo que siente, son dechado, *mapa* y cifra del españolismo.

Con estas creencias y sentimientos, y con mi ideal de perfeccion literaria siempre en la mente, peregriné por esos mundos durante algunos años, é hice más bien la vida del hombre de salon que la del literato, leyendo algo, aunque sin órden ni concierto, y escribiendo rara vez, y versos sólo.

De versos, buenos ó malos, ya publiqué un tomito en 1858. En prosa, hasta poco ántes de la publicacion de mis versos, no habia empezado yo á escribir en los periódicos.

Las circunstancias me trajeron más tarde á

pasar, de aficionado á escribir, á periodista de oficio; y dejando entónces muy distante de mí el ideal de perfeccion con que soñaba, descendí al estadio de la prensa, armado de cualquiera modo, y á escribir como Dios me diese á entender, sin pararme mucho en perfiles.

No he tenido reposo, ni constancia, ni suficiente fe en mí mismo, no ya para realizar, mas ni para intentar la realizacion de mi ideal en mis escritos. Todos ellos son ligeros, inconexos, sin plan ni propósito que los ordene á un fin determinado, sin aquella limpieza, sobriedad y sencilla elegancia con que soñé y áun sueño.

Como, por desgracia, no hay en mí una fe viva en tal ó en cual doctrina filosófica, ni tengo lo que llaman ahora un *símbolo* ó credo político completo que explicar, ni creo mucho en mi imaginacion, y espero ménos de ella para producir obras en que ella tenga la mayor parte, he venido, señor Duque, á hacerme crítico, que es oficio de gente desengañada. Yo, que

me juzgué poeta, y de los mejores, he caido en el sér de un prosista casi negativo, que no es más quien critica. Todavía tengo, á pesar de lo dicho, no sé qué vaga esperanza de escribir algo en prosa, más completo, ménos imperfecto, más adecuado á mi ideal; pero en el ínterin me voy poniendo viejo, y aunque lo que llevo escrito hasta ahora me parece ensayo ó tentativa, siento, con todo, dejarlo enteramente sepultado en el inmenso cúmulo de las colecciones de periódicos. Una especie de amor paternal, algo excusable, es quien me extravía, si extravío es, como sospecho, el escoger lo ménos malo, lo de interes ménos efímero de cuanto he escrito, y publicarlo reunido en tres ó cuatro volúmenes, que me atrevo á dedicar á V., á falta de mejor ofrenda. En V., en mi tio D. Antonio Alcalá Galiano y en D. Serafin Estébanez Calderon, reconozco á mis tres principales maestros é iniciadores. Ya Galiano aceptó mis versos; para Serafin será la primera novela que yo publique, si es que llego á

publicar alguna novela; acepte V., pues, estas obrillas desaliñadas, que es lo único que puedo darle.

No el ser breves es lo que, en mi sentir, las quitaria el crédito, sino el no ser buenas. Breves son las de Montaigne, á quien me parezco en la buena fe, ya que no en otra cosa; breves son los diálogos de Leopardi, y breves los del divino Platon, á quienes tambien me parezco en el amor, en mí poco ó nada dichoso, á la pura perfeccion y sencilla hermosura de la frase. Si algo de esto hubiese en mis obrillas, ellas serian inmortales; pero no hay nada de esto. No quiero que el orgullo me alucine. No hay más que la buena voluntad.

De mis doctrinas no hablo. De ellas juzgará quien leyere. Sólo diré que, al traves de ciertas dudas y contradicciones, hay en mí pensamiento fijo y seguro sobre materias literarias, y políticas principalmente. En las especulaciones filosóficas, si por dicha me remonto tan alto alguna vez, es en lo que estoy más vacilante.

Por eso no he escrito un libro, sino polémicas, artículos, ensayos.

Recomiendo á V. y pido, señor Duque, la mayor indulgencia. Tambien se la pido y se la recomiendo al público y á los lectores literatos, á quienes quiero advertir que yo mismo he sido indulgente las más veces, y áun algunas he rayado en el encomio hiperbólico, por bondad, y echando por tierra todos mis reparos y todo mi amor á lo natural y á lo justo.

Confieso á V. ingénuamente, señor Duque, que á pesar de presentarme con tan escaso caudal como son estas obrillas, quisiera comprar con ellas algo de fama póstuma; quisiera dejar algo que me sobreviviese. Sé que no seré popular ni muy leido; pero dentro de ciento ó doscientos años no faltarán aficionados á libros raros que me tengan en su biblioteca. Puede que un Gayángos ó un Salamanca de entónces compre un ejemplar de esta edicion á peso de oro, pues llegarán á hacerse raros, por ser quizás la única edicion esta que yo publico, y por

el descuido con que se mirarán los ejemplares, empleándolos en envolver alcarabea. Este pensamiento del bibliófilo, que me ha de salvar de la onda muerta del Leteo, me anima y me consuela, y ha sido parte en que yo me decida á publicar los artículos. Sólo con pensar y dar por seguro que dentro de un siglo ó dos se podrá muy bien decir que por un *Valera*, bien conservado, hubo quien diese mil ó dos mil reales en esta ó en aquella almoneda, doy por bien empleados los gastos de la impresion y el desden que ahora recelo del público. Todo se puede sufrir con la esperanza de que haya un *Valera*, bien conservado, dentro de un par de siglos; sobre todo al considerar que el Valera de carne y hueso se va ya amojamando, marchitando y consumiendo. Sobreviva, al ménos, mi espíritu, y quédese algo de él en este pícaro mundo, tan querido cuanto ingrato, aunque sea en el fondo empolvado de un estante, y rara vez en comunicacion con otros espíritus humanos, salvo con los de aquellos eruditos

curiosos que sólo leen los libros que nadie lee.

Usted, señor Duque, y otros amigos finos me leerán por lo pronto, y ésta es una grande satisfaccion. Mil gracias anticipadas, y no deje usted de querer y estimar á su admirador y aficionado amigo, Q. B. S. M.,

JUAN VALERA.

Madrid, 29 de Marzo de 1864.

ESTUDIOS CRÍTICOS.

Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo, considerados en sus principios fundamentales, por D. Juan Donoso-Cortés, Marqués de Valdegamas.

I.

Los filósofos franceses del siglo XVIII habian atacado superficialmente la religion; se habian encarnizado, por decirlo así, con el cuerpo mismo de ella, y la habian injuriado con burlas y sarcasmos; pero los modernos filósofos, y muy singularmente los alemanes, han dirigido sus peor intencionados y más serios ataques al alma misma del Cristianismo, con una crítica profunda, de que aquéllos carecian, y con una dialéctica, si ménos temible para los espíritus vulgares, mucho más capaz de hacer vacilar en sus creencias á los hombres discursivos. La secta antireligiosa de los enciclopedistas tenía por principio una filosofía vulgar y rastrera: la crítica moderna antireligiosa se funda y sostiene en una filosofía seductora,

por lo que tiene de nuevo, que es la dialéctica y el método, profunda por lo que tiene de antiguo, que son sus dogmas ; dogmas enunciados ya, así por los filósofos de la India y de la China, como por algunos de Grecia ; pero desenvueltos ahora con singular maestría y corroborados con esa dialéctica y método científicos que caracterizan á los frios y lógicos pensadores de Germania. Adiestrados en las luchas de la escuela, y aguzado el ingenio con las sutilezas de sus maestros, que ya se perdian en las nubes, ya se envolvian en tenebrosas profundidades, los discípulos de Kant, de Schelling, de Fichte y de Hegel entraron en batalla contra la religion cristiana, armados de todas armas, y aplicaron aquellas filosofías especulativas á echar por tierra la religion, y con ella el principio de autoridad y todo cimiento de la sociedad humana.

Coincidia con esto el haberse extendido y generalizado por donde quiera, pero singularmente en Inglaterra y Francia, donde la industria y el comercio estaban más en auge, el estudio de las cuestiones económicas, creándose una nueva ciencia empírica y de induccion, que si existia ya en escritos y observaciones separados, se puede asegurar que no vino á reducirse á cuerpo completo de doctrina hasta los tiempos de Adam Smith. De la observacion y estudio de la sociedad económi-

camente, se pasó á romper las trabas que impedian ó retardaban el desarrollo de la riqueza ; y la manera de ejercer la industria y la manera de trasmitir la propiedad fueron modificadas. La sociedad antigua tenía organizado esto á su modo: la moderna ciencia lo desorganizó para dar á la fuerza productiva una completa libertad. Hubo, ó si no hubo, se deseó que hubiera, libertad de industria y libertad de comercio, y se proclamó como el *summum bonum* el principio de *laissez aller, laissez faire.*

Estas transformaciones y cambios se verificaron en unas naciones pausadamente ; en otras, donde predominaban más los antiguos abusos é instituciones, y las gentes que estaban en ellos interesadas, hubo un sacudimiento espantoso, como sucedió en Francia en la gran revolucion del siglo pasado ; pero donde quiera, ya en Francia, ya en los demas pueblos de Europa, ya de un modo, ya de otro, tuvo lugar el advenimiento de la clase media al poder, y el decaimiento, cuando no la caida, de la aristocracia de sangre y de los principios que ella sustentaba. La hora de la democracia no habia llegado aún, si es que la hora de la democracia puede alguna vez llegar, y la clase media y el industrialismo se entronizaron.

Digo que la hora de la democracia acaso no llegue nunca, porque si bien basta la fuerza para

conquistar el poder, es menester la inteligencia para conservarle, y la inteligencia colectiva, ó dígase la razon impersonal de la plebe, esa especie de voz divina é infalible, ni se oye, ni se puede oir nunca clara y distintamente. Por otra parte, ¿cómo dominar, al ménos por el acuerdo de las voluntades, todas discordantes, y sometidas y domeñadas muchas por la miseria? ¿Cómo, sin cambiar radicalmente el estado social (que en mi entender vale tanto como cambiar el natural, lo que sólo Dios puede hacer), cambiar radicalmente el estado político, que no es sino una consecuencia fatal del primero? En la esencia, por lo tanto, es imposible el advenimiento de la democracia, y siempre que ésta tome momentáneamente el poder, será para entregarle á un tirano, que ejecute en su nombre la venganza ó la justicia del pueblo. Necesario es que dominen los pocos, en quienes se halla la inteligencia, los cuales irán siendo más, conforme la humanidad avance en su carrera, pero jamas serán todos. Uno de los signos de la inteligencia y de la capacidad es y será la riqueza; signo que irá siendo cada vez ménos engañoso, y manifestará mejor que en efecto es más inteligente y capaz el que le posee, y á quien da poder y predominio en el mundo.

El reinado de la clase media no tendrá fin sino con la civilizacion del mundo; pero la clase me-

dia, esto es, la inteligencia, el saber y la riqueza, manifestacion palpable del saber y de la inteligencia, se extenderán y aumentarán hasta aquel extremo de perfeccion, si no infinita, indefinida, de que es susceptible la naturaleza humana. Cualquier triunfo de la democracia revolucionaria será efímero, y si podrá atajar un momento la corriente de la humanidad en su progreso, nunca la sacará de su cauce, ni le marcará otro rumbo que el que fatal ó providencialmente sigue.

Cuando se considera este que llamamos progreso, para verle en lo presente y vaticinarle y creerle firmemente en lo futuro como una ley de la historia, y se tiende la vista por los tiempos pasados, no se descubre época alguna en que la humanidad, por depravada é infeliz que se la quiera considerar ahora, haya sido ni más dichosa ni más digna de serlo. Una estadística de crímenes cometidos y de dolores sentidos en las diversas épocas de la historia probaria matemáticamente este aserto. Una estadística de los goces, de los placeres, y hasta de las virtudes, lo demostraria mejor aún. La humanidad camina, por consiguiente, á un término más venturoso, que se escapa á los ojos del alma, haciéndonos creer como que se pierde en lo infinito; porque mal podemos determinar hasta qué punto somos perfectibles. En el momento en que un hombre llegase á seña-

lar claramente en su entendimiento ese extremo de perfeccion, ya sería perfecto hasta ese extremo, á no suponer en él una carencia de voluntad incompatible con el entendimiento presupuesto y necesario para alcanzar á percibir y á comprender ese extremo mismo. Sólo lo que la imaginacion nos pinta, y no lo que el entendimiento nos muestra y señala, es inaccesible á la voluntad. El siglo de oro no está en lo presente, ni se podrá esperar en lo futuro; pero ¿quién supondrá que estuvo alguna vez en lo pasado, sino falsificando la historia?

Dirá alguno que no es meramente la imaginacion, ni la inteligencia tampoco, las que nos hacen ver ó imaginar ese ideal de perfeccion, ni la voluntad por sí sola la que nos hace buscarle y crearle en nosotros mismos, elevando nuestro sér hasta el modelo soberano que en lo interior concebimos. Ese milagro, dirá, lo hace la fe, la fe que presta energía y da alas al alma. Pero la fe, ni en el dia, ni áun con mayores adelantos y progresos, podrá ser imposible. Para destruir la fe, sería menester destruir y aniquilar el alma humana, de que la fe es la esencia misma. Toda la actividad, la potencia toda del alma es la fe. Una civilizacion adelantada no la destruye, sino que presta á la razon el justo y legítimo imperio que debe tener sobre ella para enderezarla á un buen

fin ; porque la fe, si no está moderada y encaminada por esta manera, bien puede ser á veces gérmen de grandes virtudes y de acciones maravillosas, pero lo es más á menudo de inhumanas atrocidades y de crímenes horribles. La fe, y no hablamos de la virtud teologal, sino de una calidad enérgica, natural y propia del alma, no es más que locura, sin la razon que la modere ; locura furiosa, que se hace epidémica y que dura siglos como una plaga del género humano.

La razon, moderadora de la fe, debe ser la dominadora del mundo : el reinado de la clase media, la soberanía de la inteligencia. Hay, con todo, en este reinado algo que ofende á ciertas naturalezas, si poéticas, irreflexivas ; algo que les parece profundamente vulgar y egoista.

Algunos maestros de esta escuela, y en particular los economistas, han dado harto motivo á que se desconfie de ellos, viéndolos faltos de fe en sus doctrinas, explicándolas é interpretándolas mal, y cuando no dudosos del porvenir del mundo, pronosticándole un porvenir de horrores. Unos han dicho : el precio de las subsistencias se regula y establece por el trabajo que cuesta producirlas sobre el terreno más estéril que se cultiva; el aumento de poblacion nos llevará cada dia á cultivar terrenos más estériles ; luégo los propietarios se enriquecerán cada vez más con el au-

mento de precio, y los proletarios tendrán que trabajar cada vez más para sostener la vida. Otros exclaman, llenos de angustia: el exceso de produccion nos ahoga; el lujo y las necesidades facticias son el manantial de la riqueza; la invencion de las máquinas acaba con el trabajo, y el más ligero accidente puede causar una perturbacion social, cuando no un cataclismo. Viene Malthus, en fin, y da los últimos toques á esta negra pintura, afirmando que la poblacion crece más rápidamente que los medios de subsistencia, y que nos comerémos unos á otros si no se evita que nazca gente, ó si no se logra que mueran los nacidos que están de más en el mundo. El que no tenga asiento preparado en el banquete, que se vaya á la calle. Envie Dios al ángel exterminador sobre la tierra, ó aquella maldicion al ménos que envió sobre la casa de Abimelec por haberse éste apoderado de Sara, la mujer de su siervo. La peste, la guerra, el hambre y los vicios son, pues, convenientes y hasta necesarios como válvulas de seguridad de esta, para Malthus, máquina diabólica de la sociedad humana.

Estas consecuencias, tan desconsoladoras como falsas, que los economistas deducian de sus doctrinas, y los verdaderos males del pauperismo, si menores que en otras épocas, más patentes y sensibles en la nuestra, movieron á muchos á resuci-

tar antiguas utopias, ó á crear otras flamantes para dar á la sociedad nuevo organismo, y por medio de un cambio violento y precipitado arrancarla de cuajo y sentarla sobre cimientos más conformes á la humana naturaleza y al bien á que debe aspirar el hombre en esta vida. Ya que el hombre no esperaba remuneracion en el cielo, queria esperarla y alcanzarla en la tierra. Ó padecer ó morir, decian los Santos; ó morir ó gozar, debian decir los que no lo fuesen. Se pusieron, pues, á buscar los reformadores el modo de proporcionar á la humanidad el mayor número de goces, y de acabar con los males que la afligen, y á vueltas de algunas ideas nobles, generosas y filantrópicas, imaginaron los más absurdos y peligrosos sistemas. Todos ellos vinieron á recibir el nombre de socialismo.

Esta doctrina, que hizo la crítica apasionada, pero en ciertos puntos y hasta cierto grado razonable, de lo existente, no supo crear sino delirios para reemplazar lo que imaginaba que destruia, y quiso, no obstante, realizarse en el mundo, y, si no causa única, fué parte muy eficaz en la revolucion de 1848. Las nacionalidades oprimidas se levantaron entónces y procuraron sacudir el yugo extranjero. Y la sangre derramada, y el estrépito de las armas, y singularmente los combates en las calles de París, y las blasfemias elocuentes de

Proudhon, y los talleres nacionales de Luis Blanc sobrecogieron de espanto á los honrados burgueses de todas las naciones, acostumbrados á la paz desde muchos años, y creyeron llegados los tiempos apocalípticos y la profetizada fin del mundo. Los nuevos bárbaros que iban á destruir esta civilizacion no venian ya del Norte, como en lo antiguo, sino que salian de enmedio de nosotros; y olvidados nosotros de las luchas y revoluciones pasadas, y de los horrores que hicieron, que padecieron ó que presenciaron nuestros padres, creimos que no hubo nunca época alguna peor que la presente. La zozobra era grande; mas no se ha de negar que la causa de esta zozobra lo era tambien. Por lo mismo que la sociedad tiene ahora tantos y tan poderosos elementos para el bien, agitados éstos y movidos en una direccion errada, podian hacer temer mayores y más hondos males que nunca.

El temor de la plebe amotinada y entronizada, y la rabia y el desprecio hácia ella, hicieron entónces que se imaginasen mil desvaríos que oponer á los desvaríos socialistas, como si la razon no bastase á refutarlos. Unos dijeron que los pueblos de Europa, hondamente corrompidos y decrépitos, se agitaban ya en las convulsiones de la agonía. Otros, renegando de toda creencia en la libertad y en el progreso humano, juzgaron indispensable la

tiranía al gobierno de los pueblos; tiranía no fundada en la *legitimidad*, que dudaban, y con razon, que nadie reconociese, sino sobre la fuerza, que siempre reconocen todos. Otros entendieron que la falta de fe y los extravíos de la razon, libre de su santo yugo, eran causa de todos los males, y quisieron someter la razon al yugo de la fe, no sólo en lo que siempre debió estar sometida, sino en todos los negocios puramente mundanos, en los cuales la razon ni se sometió ni pudo sometérsela nunca á la fe, ya que no hubo nunca una revelacion política ni una revelacion económica, aunque religiosa la hubo. Y otros, por último, aniquilaron completamente la razon humana, desconocieron su benéfico influjo, sostuvieron que la razon y lo absurdo tienen entre sí una afinidad misteriosa, negaron que por la discusion pudiese ponerse en claro cuestion alguna, y declararon solemnemente la imbecilidad del entendimiento y su incapacidad para descubrir la verdad en nada.

Un compatriota nuestro, dotado de imaginacion poderosa, de agudísimo ingenio, de vehemente ambicion de gloria, de amor desmedido á lo paradojal, de arrebatadora elocuencia, y de poca ó ninguna ternura y caridad en el alma, se hizo eco entónces de todas estas ideas, las formuló y sintetizó con precision y brío en discursos llenos de fuego, y compuso, por último, uno de los libros

más sublimes y más absurdos que se han escrito en el siglo XIX. La Europa, cuando se compuso este libro, estaba delirando en el período más vivo de la fiebre, y el libro fué tambien el delirio de un febricitante.

La revolucion, encarnada en Proudhon, vomitaba blasfemias contra Dios: la reaccion, encarnada en Donoso Cortés, vomitó blasfemias contra la humanidad y contra los dones naturales que Dios le ha conferido. Estos dos hombres eran dignos adversarios el uno del otro, eran dos energúmenos, poseidos ambos por el demonio del orgullo. Proudhon renegaba de Dios y le declaraba la guerra porque no le revelaba el secreto de hacer felices á los hombres. Donoso Cortés renegaba de la humanidad entera porque no aceptaba la soberanía de su inteligencia y el yugo de sus opiniones; negaba la inteligencia de los demas porque no reconocian la infalibilidad de la suya, y para hacer santas y buenas sus opiniones, trataba de unirmarlas impía y torcidamente con la santa doctrina de la Iglesia.

Proudhon decia: «Ea, Lucifer, Satanas, quien quiera que seas, vén á mí, demonio que la fe de mis padres opusieron á Dios y á la Iglesia. Yo predicaré tu palabra y saldré á la defensa del género humano.» Y Donoso-Cortés parece que respondia: «Yo no sé si hay algo debajo del sol,

más vil y despreciable que el género humano fuera de las vías católicas.» Sócrates, Platon, Aristóteles, Epicteto, Confucio, Leónidas, Epaminondas, Marco-Aurelio, Trajano, Tito, Saladino, lo mejor de la docta Alemania y la mayor parte de la sábia y poderosa Inglaterra, son, por consiguiente, despreciables y viles; los Estados Pontificios y el reino de las Dos Sicilias serán, sin duda, más dignos de admiracion y respeto. El género humano, por fortuna, tiene todavía sentido comun, y se rie igualmente de la proteccion y redencion que Proudhon le promete en nombre del diablo, y de los improperios y desvergüenzas que le dice Donoso, tomando el nombre de Dios en vano, ó dígase en falso.

Pero ¿de dónde venía este apóstol, este profeta, que descargaba tan furibundos anatemas sobre los hombres, y que les anunciaba tan grandes desventuras si no hacian penitencia? ¿Venía del desierto, como Juan el Bautista, ó salia del apartamiento y soledad de algun claustro? Todo ménos eso. El que declaraba la discusion inútil y hasta nociva, habia sido, ó era aún, periodista y diputado; el que maldecia la revolucion, se habia elevado por ella á los más altos honores, y era por ella marqués y ministro plenipotenciario; el que escarnecia los gobiernos representativos, estaba á sueldo de uno de estos gobiernos. Y, sin embargo,

hay en el libro de Donoso Cortés buena fe y convencimiento.

La misma pasion y el mismo orgullo que le habian hecho adoptar aquellas doctrinas, se las habian hecho creer al cabo. Si hubo un tiempo en que creyó, proclamó y defendió en sus escritos la soberanía de la inteligencia, ahora defendia, proclamaba y creia con la misma fuerza en la teocracia y en el absolutismo. No se puede ser tan elocuente sin estar convencido de lo que se dice. Á Donoso se le puede acusar de locura, pero no de hipocresía; y al acusarle de locura, se ha de entender que hay en ésta el *quid divinum* de que Hipócrates hablaba.

El *Ensayo sobre el catolicismo*, etc., es digno de admiracion y de estudio, porque pinta y refleja fiel y vivísimamente una faz de una época de agitacion y de tumulto en que parece que vuelven las ideas al cáos, del que debe salir algo nuevo. En este libro se descubren, al través de mil delirios, observaciones profundas, verdades útiles, y hasta algunos pensamientos generosos. Aunque vivia aún en la sociedad la fe en el catolicismo, porque las puertas del infierno no prevalecerán contra él, se habian, con todo, debilitado las creencias, y Donoso Cortés trata de fortificarlas ó hacerlas renacer en los corazones, si no con razones muy sólidas, con elocuentes y hermosísimas frases, ex-

poniendo los principales dogmas católicos con la hermosura más grande que cabe en cualquiera de las lenguas modernas, y áun estoy por afirmar que en la palabra humana. Si en las aplicaciones que ha hecho del dogma á la política y á la gestion de las cosas mundanas se ha extraviado nuestro autor, no se puede decir que haya entendido y explicado mal el dogma mismo; y en este punto, hasta donde alcance la cortedad de nuestros conocimientos teológicos y de los suyos, le debemos defender de las acusaciones que contra él han lanzado algunos teólogos de profesion, los cuales le trataron como á intruso, le tacharon de ignorante, de mal avisado y hasta de hereje, y hubieran sido capaces de quemarle vivo á haber habido inquisicion, ó de desear que se le tragase la tierra, como á los que tocaron el arca sin ser levitas.

II.

Empieza Donoso su libro tratando de demostrar que toda cuestion política se resuelve en una cuestion teológica, y que la teología es la ciencia de las ciencias y la clave de las dificultades todas. La teología es la ciencia de Dios; en Dios están por un modo altísimo y perfectísimo los ejempla-

res de las cosas; luego quien conoce á Dios debe conocer las cosas todas, é ignorarlas quien le ignore; pero no comprende ó no quiere comprender Donoso que la teología nos enseña á conocer algo de Dios, y no á conocer á Dios perfectamente. La teología es una ciencia humana como las demás ciencias, en cuanto nos valemos para adquirirla de medios humanos, como son el entendimiento y el discurso que Dios nos ha dado naturalmente, y con los cuales deducimos algunas consecuencias sobre lo que Dios inmediata ó mediatamente nos ha revelado. Estas consecuencias interesan á la salvacion de las almas, aunque se puede ser mal teólogo é ir al cielo, y sólo por incidencia interesan al gobieruo de las repúblicas.

Desde luego se ha de creer que en la idea divina están las cosas todas y sus leyes; pero ¿cómo penetrar con el entendimiento humano, á no ser por favor y revelacion singularísima de los cielos, en la mente de Dios, y descubrir allí sus leyes y conocer esos ejemplares ó arquetipos de todo lo creado? por la revelacion, y hasta acaso se pueda decir que por la luz natural del entendimiento, se sabe que Dios es causa primera, mas no causa inmediata; y estas nos conviene averiguar, y en averiguarlas se emplea la ciencia, ya que Dios no quiso revelarlas, para dar con su averiguacion empleo á la actividad nuestra, y á las facultades con

que ha dotado nuestra alma. Si dijésemos siempre: Tal cosa acontece porque Dios quiere, la ciencia no adelantaria nada, y al enunciar tan grande verdad nos pondriamos en ridículo, porque no hay para qué enunciar lo que es evidente.

Así como en el entendimiento divino hay una idea formal, que contiene en sí las ideas todas, así hay en la divina voluntad una ley, de la que dimanan todas las leyes. Conocido Dios en su esencia, el alma humana tendria plenitud de sabiduría, y no habria menester de la ciencia para alcanzar el conocimiento de las causas segundas; pero como sólo en el estado de beatitud perfecta, ó allá en el cielo, se puede tener algo de esa sabiduría, conviene resignarse aquí en la tierra á buscar por medio del estudio y del raciocinio el conocimiento de esas causas.

El Sr. Donoso, como todo lo generaliza, suele confundirlo todo, ó explicarlo al ménos de un modo harto confuso; y así, siguiendo en su tema de que la teología es la verdadera enciclopedia, nos dice que la inteligencia puede ser grandísima en los incrédulos, mas incapaz de descubrir la verdad, y esclava del error. Pero ¿qué inteligencia grandísima puede ser ésta, que nada entiende y que todo lo equivoca? Inteligencia vale tanto como facultad de entender, y poca ó ninguna debe ser la inteligencia del que nada entiende, ó

si entiende algo, lo entiende al reves de como debe entenderlo. ¿Habrá querido decir el Sr. Donoso que los incrédulos están en el error porque no creen las cosas que deben creer? Estamos de acuerdo con el Sr. Donoso. Si la razon bastase á descubrir la verdad revelada, la revelación hubiera sido inútil; mas no por eso las leyes de nuestro entendimiento están en oposicion con esa verdad, ni la verdad repugna al entendimiento, ántes bien el entendimiento la apetece, como los ojos la luz. Esa verdad está por cima del entendimiento humano, y por eso se llama sobrenatural. Para conocerla y creerla necesitamos de la fe, así como para obrar obras aceptas á Dios, y ganar la vida eterna, necesitamos de la gracia, dón sobrenatural que se encamina á un fin sobrenatural y ultramundano. Mas para los fines de este mundo y para el gobierno temporal de las repúblicas bastan, y Dios ha querido que basten, nuestros medios y facultades naturales; y nunca hizo sobre la política ó la economía revelacion general á los hombres, como la hizo sobre los principios de la moral en la cumbre del Sinaí. Algunas veces por favor especial inspira á los gobernadores de ciertos pueblos para que los dirijan; mas éste es un milagro intermitente, y no cuotidiano, como diria el mismo Sr. Donoso; y lo natural y conveniente, aunque no lo cuotidiano, es que los gobiernos

atiendan por medio de la ciencia, fundada en la experiencia y en el raciocinio, al bien y prosperidad de los pueblos; y si bien pueden impetrar el auxilio divino, no han de confiarse hasta el extremo de que, si esquilman á los pueblos, y secan los manantiales de la riqueza pública, ó no procuran su desarrollo, hayan de esperar que lluevan codornices ó maná para alimentarlos.

Confunde asimismo Donoso la palabra *religion* y la palabra *teología*. Un Estado no puede existir sin religion, concedo; sin teología, niego, á no considerarse la teología en lo sustancial, que ya entónces es la religion misma. Casi ninguno de los que gobiernan los Estados sabe de teología ni palabra, y sin saberla puede gobernarlos muy bien, y muy mal sabiéndola. Si Alberoni y Richelieu gobernaron bien la España y la Francia, no fué porque eran teólogos ni porque eran cardenales; ántes sospecho que eran malos teólogos, y tengo por cierto que eran muy malos cardenales los dos.

En cuanto á la religion que debe haber en un Estado para que se conserve floreciente, ya esto se comprende bien, y se acepta como un axioma por toda persona sensata. La religion forma la moral é infunde las virtudes en el alma, y sin moral y sin virtudes no hay Estado próspero. Pero todavía sobre este punto conviene hacer varios

distingos. Donoso dice las cosas tan absoluta y rotundamente, que es menester distinguir á cada paso, si no quiere uno caer en el error á que su manía de generalizarlo todo le lleva á menudo. Porque si al hablar de religion entiende la cristiana, ú otras que, aunque falsas, predican una moral, si no muy pura, razonable hasta cierto punto, es claro que la religion es indispensable para que un Estado florezca; pero si por religion entendemos tambien la enajenacion mental de pueblos enteros, el culto de Moloc ó de Huitzilipotchli, con sacrificios humanos, que hielan de horror las entrañas, y con otras supersticiones groseras ó infames, más valdria acaso no tener religion alguna, y vivir como las bestias, que no conocen á su Criador.

Pero éste, con su infinita bondad, ó ha dejado rastros de la revelacion primitiva áun entre los pueblos más incultos y bárbaros, ó naturalmente ha infundido en las almas la idea de su existencia y de su Providencia. Dios ha enviado, por último, á su Hijo Unigénito á la tierra para rescatarnos del pecado; y el Unigénito del Padre ha constituido su Iglesia, órgano infalible de todos los dogmas religiosos. Como su reino no es de este mundo, no ha fundado tambien sobre la tierra la nueva Jerusalen, que destina en el cielo á los bienaventurados. No era la voluntad del Señor

darnos la bienaventuranza terrestre, sino la celeste. Con todo, como el que sigue la ley de Cristo debe tener una moral muy pura, resulta que, áun considerando este asunto humanamente, y como si fuésemos racionalistas, ha ganado la sociedad con el establecimiento de la Iglesia católica. La *abominacion de la desolacion* de los siglos medios, las matanzas periódicas de los judíos, la exterminacion de pueblos enteros por los cruzados, la servidumbre de los villanos y la tiranía de los señores, las hogueras de la Inquisicion, las guerras religiosas y los asesinatos del dia de San Bartolomé, con otras mil aberraciones del espíritu, ó grotescas ó feroces, se ha de pensar que sin el catolicismo hubieran sido mayores, y hubieran tomado otro pretexto cualquiera para realizarse. Atribuir al catolicismo todos estos males, como hacen los incrédulos, es una contradiccion y un absurdo. Para ellos no es más el catolicismo que una doctrina puramente humana, y el mal que se suponga que causa debe atribuirse al hombre, ya que la doctrina, segun ellos, no tiene otro orígen, á no pretender, como Proudhon, que el diablo es Dios, y que el Dios de los cristianos es el diablo. Los males que padeció, y los crímenes que cometió la humanidad, y los que padece y los que comete aún, fuera de las vías católicas, no se han de atribuir tampoco ni al protestantismo, ni al

paganismo, ni al islamismo. Cualquiera de estas religiones, en lo que tenga ó pueda tener de divino, no puede ménos de ser un remedio ó un consuelo á esos males, y un freno para los instintos perversos; y en lo que tenga de malo ó de falso es institucion humana, y por consiguiente, responsable el hombre de su maldad.

Este error de acusar á las religiones de las maldades y extravíos de los hombres, es exactamente igual al de los socialistas, que acusan y hacen responsable á la sociedad de los males que hay en ella, como si fuesen los hombres los que constituyen y componen la sociedad; y como si los hombres, siendo cada uno débil de por sí, y perversos muchos de ellos, pudieran formar por la agregacion y combinacion de sus muchas debilidades y perversidades, y del mal particular de cada uno, un bien general perfecto á maravilla. La sociedad, por consiguiente, no es responsable; lo son los hombres que la componen, y mejorándolos se mejora la sociedad sin duda alguna, á lo cual ha contribuido poderosamente el catolicismo; siendo cuanto sobre el particular dice Donoso, sentido y expresado con profundidad y lucidez, aunque muy sabido.

La sociedad, por otra parte, es en su esencia tan natural al hombre, que sus leyes fundamentales arrancan de la misma naturaleza humana, y

no es posible cambiarlas, sino cambiando la naturaleza misma. Constituir la sociedad sobre nuevas bases vale tanto como dar al hombre una constitucion diferente de la que tiene. Sin embargo, como el hombre á más de ser sociable es perfectible, la sociedad se va mejorando natural y pausadamente al compas que cambian y se mejoran los individuos que la componen. Las leyes de la sociedad y su progreso son en general tan naturales como las leyes y el movimiento de los astros, y providencial ó fatalmente, segun el ateo ó el hombre religioso quieran entenderlo, es menester que se cumplan. Pero dentro de estos destinos providenciales caben holgadamente el libre albedrío del hombre, su responsabilidad, y los esfuerzos de la ciencia para cambiar los accidentes, cuando no la sustancia de las cosas. De esto tratan las ciencias políticas, y se entiende fácilmente cuáles son sus límites y hasta dónde se extiende su poder, si se comparan con otra ciencia cualquiera. La Medicina, por ejemplo, no cambia las leyes de la naturaleza del hombre material; pero, conociendo esas leyes y sirviéndose de ellas, puede precaver las enfermedades y curarlas. Las leyes del movimiento de los cuerpos no puede cambiarlas el hombre, pero puede conocerlas, y valerse de este conocimiento para inventar artificios con que dirigir las fuerzas mismas de la na-

turaleza. Así las ciencias políticas, aunque no alteran las leyes que sigue naturalmente la sociedad, y que no pueden alterarse sino por un milagro, pueden llegar á conocer esas leyes, ó á entreverlas al ménos, y fundar sobre ellas la máquina del gobierno de las sociedades.

Si nos rebelásemos contra Dios, como dicen que hizo nuestro rey D. Alonso el Sabio, sosteniendo que si él hubiera hecho el mundo, lo hubiera hecho mejor de lo que está, ó si pretendiésemos por medio de la ciencia cambiar la naturaleza material del hombre, y libertarle de las enfermedades y de la muerte, seriamos tan disparatados y blasfemos como Proudhon cuando maldice á Dios, y llama en su auxilio al diablo para que le dé medios de cambiar la naturaleza moral del hombre, y de fundar el bien absoluto sobre la tierra. Mas si no nos aprovechásemos de nuestro entendimiento para averiguar las leyes de la mecánica, y aplicarlas á los artificios de la industria; ni las leyes de la vida para aplicarlas á la terapéutica y á la higiene; disculpando nuestra ignorancia, nuestra torpeza ó nuestra desidia, con decir que Dios quiere que las cosas sean como son, y que no debemos remediar mal alguno, porque todos los males provienen del pecado y de la consiguiente depravada condicion de los hombres, por donde debemos llevarlos con paciencia y no tratar de

remediarlos, seriamos más absurdos aún que los socialistas y los reformadores radicales.

La sociedad en general y sus leyes providenciales pueden alterarse, como la condicion material del hombre, por un milagro; y en este sentido decimos los católicos, y con nosotros Donoso Cortés, que el catolicismo ha triunfado sobrenaturalmente, esto es, ha cambiado, ó tiende á cambiar, la naturaleza por medio de la gracia. Pero en lo contingente de la sociedad, en lo temporal, y no en lo eterno, en las cosas de este mundo, y no en las que tienen por objeto otro mundo mejor, en las cuestiones económicas y políticas, en una palabra, ¿qué tiene que hacer el catolicismo? ¿Hay acaso en todos los tratados de teología algo que determine si convienen ó no los gobiernos representativos, el sufragio universal ó limitado, el libre cambio, esta ó aquella dinastía, ó no someterse á ninguna? ¿La Iglesia no ha consagrado y admitido igualmente en su gremio á las democracias, á las aristocracias y á las monarquías? Pero dice Donoso que las cuestiones principales no son éstas, sino otras más altas, que resuelve el catolicismo, ó lo que él llama catolicismo. Examinemos, pues, las soluciones supremas que, por medio de este catolicismo aplicado á la política, da el Sr. Donoso á esas cuestiones altas, y verémos que en último resultado no da solucion

alguna, sino la vulgarísima y sabida de que tengamos paciencia y nos resignemos.

No era menester para esto escribir libro nuevo, habiendo ya tantos libros devotos con los cuales el fuego de la caridad y del amor de Dios inflama las almas, y las predispone suavemente á la resignacion, dándoles la esperanza de gozar en la otra vida de ese amor infinito, y áun de alcanzar en ésta algunos favores regalados del esposo místico. Á Donoso Cortés se le ocurren pocas veces semejantes ternuras, y más empeño muestra de helar á sus lectores con el miedo del infierno, que no de encenderlos con el amor del cielo. La virtud y la fuerza principal de su estilo consisten en el sarcasmo y la ironía. Hay en su libro una sátira tan vehemente y tan deslumbradora contra la razon humana, y contra todas las ideas generalmente proclamadas en este siglo, y una defensa tan bien hecha de la esclavitud y de la imbecilidad del entendimiento, y un tan maravilloso y sublime panegírico de la efusion de sangre, que debemos tratar de refutarlos; así como debemos hacer notar que, si bien el dogma católico está expuesto fielmente en el libro singular de que nos ocupamos, se deducen en él tales consecuencias, que si no fuese el catolicismo divino, vendria á tierra, y se hundiria para siempre con pocos defensores que tuviese como el Marqués de Valdegamas.

III.

De cuanto va dicho se deduce que Donoso Cortés no sólo defiende el despotismo, valiéndose de la religion, é interpretándola á su antojo, sino que pone contradiccion entre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo, como si fuesen tres escuelas del todo enemigas y opuestas, y no se pudiese ser socialista sin ser ateo, ni liberal sin ser racionalista, ni católico sin ser servil (1). El catolicismo es para Donoso, y con razon, una teología divina. El socialismo es para Donoso, y ya aquí empieza á desbarrar, una teología satánica; y por lo que tiene de teología, aunque sea del demonio (por donde propiamente debiera llamarse demonología), Donoso le considera y respeta. Al liberalismo es al que trata con soberano desprecio. El

(1) Así como hay secta de neo-católicos serviles, cuyos apóstoles son Bonald, De Maistre y Donoso, hay sectas de neo-católicos progresistas, como Gioberti, y muchos otros liberales, que no por serlo dejan de tener religion; y secta de neo-católicos demócratas, como Lamenais, Bordas Demoulins, Huet y otros Estas sectas se acusan las unas á las otras de heréticas, blasfemas y paganas; y apoyan sus opiniones opuestas, y autorizan las injurias que mutuamente se dicen, con citas de la Biblia y de los Santos Padres, de las Decretales y de los Concilios.

liberalismo no es teología ni de Dios ni del demonio, y ni Dios ni el demonio le quieren. Al leer por vez primera las burlas de Donoso contra los liberales,

Incontinente intesi, e certo fui
Che questa era la setta dei cattivi,
A Dio spiacenti ed a'nemici sui.

De todas las escuelas, dice Donoso, *ésta es la más estéril, porque es la ménos docta y la más egoista. Como se ve, nada sabe de la naturaleza del mal ni del bien; apénas tiene noticia de Dios, y no tiene noticia ninguna del hombre.*

Gioberti, Rosmini y el padre Ventura son ó han sido liberales, y sin embargo, sabian más de Dios y del hombre que el Sr. Donoso. Pero copiemos sin comentarios lo que éste sigue diciendo de la escuela liberal. Los desvaríos, por elocuentes que sean, no han menester refutacion. «Impotente para el bien, porque carece de toda afirmacion dogmática, y para el mal, porque le causa horror toda negacion intrépida y absoluta, está condenada, sin saberlo, á ir á dar con el bajel que lleva su fortuna al puerto católico ó á los escollos socialistas. Esta escuela no domina sino cuando la sociedad desfallece, y el período de su dominacion es aquel transitorio y fugitivo en que

el mundo no sabe si irse con Barrabas ó con Jesus, y está suspenso entre una afirmacion dogmática y una negacion suprema. La sociedad entónces se deja gobernar de buen grado por una escuela que nunca dice *afirmo* ni *niego*, y que á todo dice *distingo*. El supremo interes de esa escuela está en que no llegue el dia de las negaciones radicales ó de las afirmaciones soberanas, y para que no llegue, por medio de la discusion confunde todas las nociones y propaga el escepticismo, sabiendo, como sabe, que un pueblo que oye perpétuamente en boca de sus sofistas el pró y el contra de todo, acaba por no saber á qué atenerse, y por preguntarse á sí propio si la verdad y el error, lo injusto y lo justo, lo torpe y lo honesto, son cosas contrarias entre sí, ó si son una misma cosa miradas bajo puntos de vista diferentes. Este período angustioso, por mucho que dure, es siempre breve ; el hombre ha nacido para obrar, y la discusion perpétua contradice á la naturaleza humana, siendo, como es, enemiga de las obras. Apremiados los pueblos por todos sus instintos, llega un dia en que se derraman por las plazas y las calles pidiendo á Barrabas ó pidiendo á Jesus resueltamente, y volcando en el polvo las cátedras de los sofistas.»

Traducido todo este párrafo á un lenguaje más razonable y ménos elocuente, sería como si dijé-

ramos que á la escuela liberal, ó dígase á la gente sensata é ilustrada, le inspiran horror igualmente toda afirmacion dogmática, como las de Donoso ó Torquemada; y toda negacion intrépida, como las de Proudhon ó de Babeuf: á la escuela liberal, que tiene juicio, le causa horror la locura. La escuela liberal, esto es, la gente sensata é ilustrada, está condenada, sin saberlo, pero á menudo sabiéndolo perfectísimamente, á no gobernar largo tiempo á los pueblos, que no son ni ilustrados ni sensatos, y va á dar con el bajel que lleva su fortuna, ó al puerto *católico* del dia de San Antonio en Sevilla, con el saqueo en nombre de la religion y del Rey, y el grito de *muera la nacion y vivan la inquisicion y las cadenas*, ó á los escollos socialistas de los incendios de Valladolid y de Palencia. La escuela liberal no domina sino cuando la barbarie desfallece, y por eso domina en Inglaterra, en Bélgica y en Francia. La sociedad entónces se deja gobernar por una escuela que nunca dice *afirmo* ni *niego;* porque siempre *distingue* entre la religion y la supersticion, la libertad y la licencia; Santa Teresa y Sor Patrocinio, Padilla y Pucheta. El supremo interes de esa escuela, y bien se puede añadir que el supremo interes de la sociedad toda, está en que no llegue el dia de las negaciones radicales ó de las afirmaciones soberanas; esto es, el dia de Robes-

pierre ó de Torquemada; el dia de San Bartolomé, ó las matanzas de Setiembre; el dia de los autos de fe, ó el dia de la guillotina; el dia de los asesinatos de los judíos y de los indios, ó el de los asesinatos de los frailes. Para que no llegue este dia la escuela liberal *distingue* todas las nociones por medio de la discusion, procura ilustrar la opinion pública, y propaga el escepticismo ó la doctrina filosófica que nos aconseja examinar detenidamente ántes de creer en el Marqués de Valdegamas ó en el ciudadano Aiguals de Izco. Cuando un pueblo no es digno aún de tener un Gobierno liberal é ilustrado, se cansa pronto de las discusiones que no entiende, quiere obrar y se va á los montes con un trabuco, ó apremiado por sus instintos (Dios nos libre de ellos), se derrama por las plazas y por las calles pidiendo lo que se le antoja, ó tomándolo sin pedir, y volcando en el polvo las cátedras de los sofistas. Estas cátedras deben de ser, sin duda, de las universidades que Fernando VII mandó cerrar, si bien abrió, en cambio, un colegio de Tauromaquia.

Por fortuna esos instintos feroces, de los que se podria esperar el triunfo de las doctrinas de Donoso ó del socialismo, no existen hoy en el pueblo español; y si existen en una mínima parte de la hez de la plebe, basta la fuerza pública y un Gobierno enérgico para reprimirlos: un Go-

bierno enérgico, que deje libre campo á la discusion razonable, y que tenga á raya los delirios, sobre todo cuando quieran *traducirse en hechos;* un Gobierno, en fin, que no se llame católico por convertir á la nacion en un convento de frailes corrompidos y ociosos (1); ni progresista por trasformarla en un campamento y hacer que verdaderamente progresen á costa del público algunos descamisados; ni amigo del órden por serlo del órden de Varsovia; ni conservador á la manera de Milichus, el que vendió á su señor por favorecer al tirano, el que causó la muerte de Lucano y de Séneca, y á Roma tanta desolacion, lágrimas é ignominia; y el que, por último, *prœmiis dilatus, conservatoris sibi nomen adsumpsit*, como refiere Tácito en sus anales.

Á fin de que un Gobierno no tenga ninguno de estos defectos, y en cuanto sea compatible con la flaca condicion humana, tenga las cualidades in-

(1) El autor de este artículo dista mucho de ser enemigo de las órdenes monásticas, y confiesa los grandes bienes que han hecho á la sociedad, lo convenientes que fueron en otros tiempos, y lo útiles que pueden ser todavia. Sólo condena los abusos, y el excesivo número de ellas que hubo en algunas épocas, cuando muchos tomaban el hábito, más que por verdadera vocacion, para tener un medio de vivir en la holganza. Lo que es en el dia, quisiera el autor para España que se volvieran á poblar algunos monasterios, y principalmente los que, por ser grandes monumentos de nuestras glorias nacionales, deben conservarse siempre, no hallándose mejor modo de conservarlos que el que los habiten las comunidades.

dispensables para que una nacion florezca y prospere, es menester que ese Gobierno sea la misma opinion pública ilustrada, revestida del poder y ejerciéndole en nombre de la razon, de la justicia y de la conveniencia y decoro de la república.

Difícil es, á no dudarlo, averiguar cuál sea la verdadera opinion pública digna de respeto; pero más ocasionado á inconvenientes y á errores es cualquiera otro sistema de Gobierno. Y por otra parte, siendo en el dia imposible y excusada pretension el convencer á las muchedumbres de que se las manda y se las tiraniza en nombre de Dios, es menester mandarlas y tiranizarlas por la fuerza ó sucumbir á la fuerza, cuando no se las gobierna razonable, justa y convenientemente.

Pero Donoso dice que esto sucede porque ya no somos católicos, sino paganos. Dentro de la Iglesia católica los reyes y los pueblos se santifican, y no pueden ser ni tiranos ni rebeldes. Donoso olvida que si espiritualmente no están los réprobos dentro de la Iglesia católica, corporalmente lo están, como los animales inmundos estaban en el arca; y estos réprobos, ó son príncipes tiranos como Luis XI en Francia, César Borgia en Italia, D. Pedro *el Cruel* en Castilla, y en Inglaterra Ricardo III; ó súbditos rebeldes como los hay en el dia, y como los hubo en los mejores tiempos del catolicismo, si estos tiempos mejores son, se-

gun parece que Donoso lo indica, la tenebrosa y sangrienta barbárie de los siglos medios.

Consideremos el más brillante de estos siglos, tan celebrados por Donoso, por De Maistre y por otros de la misma escuela : consideremos el siglo XIII en el país más católico y culto de entónces, en Italia. Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura vivian entónces y escribian sus obras divinas. Dante escribió poco despues su divino poema; y si la fe católica y el ingenio sublime que Dios le habia dado le hacen pintar maravillosamente las glorias del paraíso; para pintar los abominables horrores del infierno, le basta copiar los de su nacion y los de su época, y apénas es su *Infierno* un trasunto pálido de aquellos horrores.

Las costumbres privadas no eran tampoco más puras que en el dia.

O serva Italia di dolore ostello,
Nave senza nochieri in gran tempesta,
Non donna di provincie, ma bordello!

Los cuentos de Boccacio y el hecho mismo de escribir tales cuentos un sacerdote, prueban á las claras qué costumbres eran las de entónces (1).

(1) Donoso Cortés pretende que las costumbres no pueden ser peores desde que no hay religion. Difícil es averiguar desde

Ni se ha de creer que los teólogos del siglo XIII, ni la mayor parte de los teólogos de cualquier otro siglo, predicasen la obediencia ciega á los príncipes, y su derecho divino de apacentar y asesinar á los pueblos como á un rebaño; lo cual para Donoso sería una garantía de órden, de paz y de dicha. Nosotros, así como estamos muy léjos de acusar al catolicismo de la ferocidad de los siglos medios, lo estamos igualmente de acusarle, con el impío Machiavelo, de esa cobarde mansedumbre que aplaude Donoso, y que, segun el gran político italiano, *ha enflaquecido y debilitado el mundo, y dádole como á saco á los hombres malvados para que, sin resistencia y con seguridad, puedan hacer de él á su talante.*

En tiempo de los emperadores de Roma pagana, y cuando se propagaba el cristianismo y crecia y florecia con la sangre de los mártires, era conveniente la paciencia, la resignacion y áun el martirio de los fieles; por donde los Santos Padres todos recomendaban estas virtudes y la sumision más completa á las potestades de la tierra, por tiránicas que fuesen. La caridad debia triunfar de

cuándo supone Donoso que no la hay; mas no creo que suponga que en tiempo de los Reyes Católicos ya no la hubiese. Lean, pues, los discípulos del ilustre Marqués las obras literarias de aquel tiempo, trasunto fiel de las costumbres, y quedarán edificados y convencidos, sobre todo si leen *La Vision deleitable*, *El Pleito del manto*, y *La c..... comedia*.

la soberbia, y la humildad del orgullo mundano, y para que se cumpliesen estos divinos decretos era menester el sacrificio. Los jurisconsultos, aduladores de los tiranos, se han apoyado despues en las costumbres de la Iglesia primitiva, para aconsejar una sumision que ya no tenía un objeto santo, y que humanamente debia redundar en perjuicio de la república.

Hugo Grotio, empero, dice que los súbditos pueden levantarse contra el rey legítimo por várias causas, que detenidamente declara, y supone que la soberanía reside en el pueblo, aunque despues por delegacion se le concede al príncipe más ámpliamente de lo que debiera. Los teólogos, en su mayor parte, han sido áun más liberales y han proclamado á veces principios de derecho político que Rousseau no desdeñaria.

«Por lo mismo, dice Santo Tomás de Aquino, que la multitud tiene derecho para elegirse rey, puede, sin injusticia, despojar al que eligió, ó refrenar su potestad si abusase de ella tiránicamente. Ni puede juzgarse que falta á la fidelidad el pueblo destronando al rey que le gobierna con tiranía, áun cuando ántes se hubiese sujetado á él perpétuamente, porque merecido se tiene él mismo que no le guarden los súbditos su pacto por no portarse con fidelidad en su gobierno, como lo exige el oficio de rey.»

BIBLIOTECA · Granada · DE AND

Nuestros antiguos políticos españoles, frailes muchos de ellos, sostuvieron, áun en los tiempos del mayor despotismo de los monarcas austriacos, doctrinas en extremo liberales, y hasta revolucionarias á veces; y sólo se muestran enemigos de la libertad en materia de religion, recomendando contínua y encarecidamente al príncipe y á sus consejeros que persigan y quemen á los herejes(1), y amenazándolos con el castigo de Dios y con el ódio de sus vasallos si se descuidan en un punto de tanta importancia. Por lo demas, indican y dan á entender á cada paso al príncipe, que reina por la voluntad del pueblo, y que *la eleccion del pueblo es la causa eficiente de toda soberanía.*

(1) «En las divinas letras, dice el padre Rivadeneira, manda Dios que muera el que no quisiere obedecer al sacerdote; y llama á los herejes lobos, ladrones y cáncer. De lo cual sacan los Santos que se han de matar como lobos, para que no perezcan las ovejas; ahorcar como ladrones, para que no roben las almas; y cortarse como cáncer, para que no cundan ni inficionen las partes sanas de la república.» « Si el que hace moneda falsa, añade en otra parte, es quemado, ¿por qué no lo será el que hace y predica doctrina falsa? Si el que falsea las letras del Rey merece pena de muerte, ¿qué merecerá el que corrompe la Sagrada Escritura y las divinas letras del Señor? ¿Muere por justicia la mujer que no guardó la fe á su marido, y no morirá el que no guardó la fe á su Dios? ¿Y el que mata á otro y le quita la vida corporal, muere por ello, y el hereje, que mata las almas, no merece ser castigado?..... Asi que muy justo es que el príncipe cristiano haga severa justicia contra los herejes, como siempre despues que tuvo fuerzas la Iglesia en ella se ha usado; y que entienda que comunmente todos los medios suaves y blandos que con ellos se usan, les sirven de ponzoña para endurecerse y hacerse obstinados.»

Así lo afirma el P. Rivadeneira, de la Compañía de Jesus, en su *Tratado del príncipe cristiano*. Fray Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, no da tampoco otro orígen á la dignidad y oficio del rey, en un sermon que predicó sobre el particular delante del emperador Cárlos V. El P. Rivadeneira añade y hace tambien, en el Tratado susodicho, la distincion que ya hemos hecho nosotros, asegurando que para el gobierno de la república basta con la luz y prudencia humana, y que la espiritual y divina no se requiere, ni la concede Dios sino á sus sacerdotes y ministros para el gobierno espiritual de la Iglesia. *Y como los príncipes seglares no la han menester para su gobierno político, no se la da el Señor.* Siendo, pues, su sabiduría humana, y por consiguiente falible, deben los príncipes asesorarse con sus consejeros, como lo recomienda Navarrete en su *Conservacion de Monarquías*, y no hacer nada sin oirlos, y poner en claro la verdad y la conveniencia por medio de la *discusion*, y sujetarse en todo á las leyes del reino; y si las quebrantaren, podrán los vasallos quebrantar el juramento de fidelidad, que no tiene fuerza faltando la condicion que se la daba, y alzarse contra la tiranía y sacudir su yugo. Rivadeneira dice de los ganteses rebeldes contra su legítimo soberano, que *se determinaron de morir como hombres, ántes que ren-*

dirse á príncipe tan fiero y cruel, confiados de Dios y de su justicia.

El jesuita Juan de Mariana, en su tratado *Del Rey y de la institucion Real*, sostiene el principio de la soberanía del pueblo; dice que es lícito matar al tirano, y lamenta con elocuentes y fatídicas palabras la futura ruina de la monarquía española, que él deduce de la pérdida, corrupcion y olvido de sus antiguas libertades. «¿No se queja ya el pueblo, exclama, de que se corrompe con dádivas y esperanzas á los procuradores de las ciudades, únicos que han sobrevivido al naufragio, principalmente desde que no son elegidos por votacion, sino designados por el capricho de la suerte, nueva depravacion de nuestras instituciones, que prueba el estado violento de nuestra república, y lamentan hasta los hombres más cautos, á pesar de que nadie se atreve á desplegar los labios? Es preciso pensar en la tempestad miéntras dura la bonanza, no sea que por falta de precaucion nos arrastre la borrasca, y derribadas todas las garantías de la república, giman las provincias, sobrevengan de dia en dia como en tropel muchas calamidades, deje de corresponder el éxito, tanto en la guerra como en la paz, á la grandeza del imperio, y nos veamos, por fin, envueltos en un sinnúmero de males.....»

«.....Quede, pues, establecido que miran por la

salud de la república y la autoridad de los príncipes los que circunscriben la autoridad Real dentro de ciertos límites, y la destruyen los vanos y falsos aduladores que quieren ilimitado el poder de los reyes.» Mariana añade más adelante: «Hemos sentado que un príncipe no puede dejar de cumplir las leyes sancionadas en Córtes, por ser mayor el poder de la república que el de los reyes; y decimos ahora que si á pesar de nuestras instituciones y de la fuerza del derecho llegase á quebrantarlas, se le podria castigar, destronar, y hasta, exigiéndolo las circustancias, imponerle el último suplicio.» No hubieran dicho más Cromwell y Robespierre para justificar la muerte de Cárlos I y de Luis XVI. Los PP. Madariaga, Santa María y otros muchos, de los que nada cito por no ser prolijo, tienen asimismo las ideas políticas más avanzadas, como se llaman ahora; y son liberales, y más que liberales, sin dejar de ser católicos; por lo cual queda, en nuestro entender, demostrado que el catolicismo y el liberalismo no son incompatibles, como pretende Donoso Cortés.

Las doctrinas económicas tampoco se oponen al catolicismo, y muy eruditos y católicos varones hubo en España, reinando los muy catolicos reyes de la casa de Austria, entre ellos el ya citado Navarrete, Perez Herrera, Sancho de Moncada, Martinez de la Mata y Alvarez Osorio, que han

explicado la despoblacion y miseria del reino, la decadencia de la industria y del comercio, y el casi total aniquilamiento de la riqueza pública, por la gran multitud de frailes y de clérigos, por la amortizacion civil y eclesiástica, y por otras razones que ahora pasan por herejías y blasfemias en los oidos de los discípulos de Donoso.

En cuanto al socialismo, tambien nos parece hasta cierto punto error de Donoso el sostener que repugne á la religion católica, á no entender por socialismo esa filosofía grosera y santificadora de las pasiones, en que le fundan algunos, ó la singular opinion de que la familia y el matrimonio deben abolirse. Mas, purgado el socialismo de estos errores anti-católicos, cabe perfectamente dentro de la Iglesia, y de ello dan testimonio, en la práctica, las misiones del Paraguay, y en la teórica, la *Salento* de Fenelon, la *Utopia* de Tomás Moro, mártir glorioso de la fe católica, y hasta la *Ciudad del Sol* de Campanella, que al cabo era un religioso, aunque no muy ejemplar, á cuya pluma debemos asimismo, no sólo el libro *De Monarchia hispanica*, sino otro más que católico, en que se demuestra *per philosophiam divinam et humanam jura Summi Pontificis super universum orbem.*

El socialismo se opone á las leyes económicas, y los economistas, y no los teólogos, deben comba-

tirle; por eso le ha combatido victoriosamente Bastiat en sus *Armonías* y en sus *Cartas* á monsieur Proudhon. El socialismo se opone tambien á la condicion humana, que prefiere la independencia al bienestar, aunque el socialismo pudiera dársele á tanta costa; y en nombre de la independencia de la libertad del hombre, contradice y niega Rosmini, en un escrito elegantísimo, las absurdas cavilaciones de Owen, de Saint-Simon y de Fourrier. Pero ¿qué ley de Dios ni de la Iglesia quebrantariamos con declarar el derecho al trabajo, con establecer los talleres nacionales ó con vivir bajo cierto régimen en una especie de conventos ó de hospicios, en vez de vivir cada uno á su gusto en las aldeas y ciudades? Si Donoso ha querido decir que el espíritu que anima á los socialistas y liberales del dia es anti-católico, no que el liberalismo y el socialismo lo sean esencialmente, y que de la disminucion de la fe en el mundo nacen todos los males y trastornos que le afligen y conmueven, su libro debiera concretarse á hacer la apología del catolicismo para convencer á los incrédulos, y no mezclarse en cuestiones políticas, en que la pasion le hace desvariar, ni en cuestiones económicas, que no entiende. Su libro debiera ser una obra como los *Estudios filosóficos sobre el cristianismo*, de Augusto Nicolas, como la *Relacion entre la ciencia y la religion revelada*, del

cardenal Wiseman, ó como la *Exposicion del dogma católico*, de Genoude. Pero Donoso Cortés mezcla y confunde la teología con la política; su imaginacion poderosa le hace amalgamarlo todo en un conjunto tan extravagante como poético, y su elocuencia de pseudo-profeta le lleva á tocar todas las cuestiones sin demostrar nada, pero cegando el entendimiento y arrebatando la fantasía de quien le lee. Tiene muchos discípulos, ha tenido bastantes admiradores y magnificadores, y pocos, muy pocos, que juzguen séria y detenidamente su *Ensayo sobre el catolicismo*. El libro de Donoso no es una enciclopedia; pero es el cúmulo condensado, como una petrificacion ó cristalizacion sólida y brillante, de cuanto aquel hombre sabia, discurria é imaginaba. Difícil es examinar este libro punto por punto, á no escribir otro más extenso aún. No todos tienen la fuerza sintética y condensadora de Donoso, ni tampoco es lo mismo vaciar en un molde la estatua colosal soñada por Daniel, que analizar en el crisol de la crítica los infinitos elementos discordantes de que se compone. Veamos sólo si nos es posible tirar la piedrecilla contra los piés de barro, y echar por tierra esa frágil y gigantesca fábrica.

IV.

El principal argumento de Donoso contra la ciencia social y contra la ciencia política es que los que profesan estas ciencias en nuestros tiempos no tienen la ciencia católica, y apoyan aquellas ciencias humanas en una filosofía racionalista ó atea. Mas áun suponiendo que todos los socialistas y los liberales todos sean racionalistas ó ateos, no es consecuencia necesaria de esta suposicion que el liberalismo y el socialismo lo sean en sí igualmente. Hé aquí, sin embargo, las razones que da Donoso para demostrar, á su vez, que lo son.

El mal, dice, está en el hombre de resultas del pecado original, y no en las formas del gobierno político, que nada importarian si el hombre fuese bueno; ni en la sociedad, que sería buena si los hombres lo fuesen. Pretender, como pretenden muchos socialistas, que el hombre es bueno y la sociedad mala; ó pretender, como pretenden algunos liberales, que el hombre es bueno y que ciertos gobiernos son malos, es un error anticatólico, segun Donoso: segun nosotros, es tambien un error antiracional; y en parte acusamos al se-

ñor Donoso de ese error, que él mismo condena, ya que en su libro no trata de probar, en último análisis, sino que los gobiernos representativos son detestables, y los despóticos excelentes. La sociedad es mala ó defectuosa, porque los hombres que la componen están sujetos al pecado y á la ignorancia. Si todos fuesen buenos y sabios, lo sería asimismo la sociedad. En esto convenimos. Mas sería un error negar, como parece que niega Donoso (pues á veces no se sabe muy fijamente ni lo que niega ni lo que afirma), que la sociedad y los gobiernos pueden mejorarse de un modo natural, no hasta un extremo de perfeccion, que no cabe en la condicion decaida del hombre, sino limitadamente y dentro de esa misma condicion imperfecta. El gobierno y la sociedad, por mejorados que se los quiera suponer en lo futuro, siempre darán testimonio, con su existencia sola, de la debilidad é ignorancia del hombre; porque si el hombre fuese perfecto, ni habria menester del gobierno, porque él mismo se gobernaria, ni de la sociedad, porque se bastaria á sí propio. La *anarquía* proudhoniana sería entónces posible.

En cuanto á la sociedad, hay que considerarla de dos maneras: ó fundada en el amor y aficion mutua que se tienen ó se pueden tener los hombres, y en este sentido la sociedad sería más natural al hombre miéntras más perfecto fuese; ó

cimentada en el interes y en la necesidad que tenemos unos de otros, y en este sentido nos es más necesaria miéntras ménos perfectos somos. Pero Donoso sabe sumar y multiplicar, y no sabe elevar á potencia, y por esto habla así. La verdad, dice, ó está en algun individuo, ó no está en ninguno. Si está en algun individuo, no hay por qué se discuta para encontrarla. Si no está en ninguno de los que componen la sociedad que discute, no podrá salir de la discusion, ni servirá de nada á la sociedad discutidora. La bondad, dice, ó está en cada uno de los hombres que componen la sociedad, ó no está en ninguno, ni en la sociedad tampoco. Si el hombre ha pecado, añade por último, y se ha hecho esclavo del pecado, el hombre no se puede redimir á sí propio, porque ser redentor y pecador á la vez arguye contradiccion; luégo la sociedad, que es un conjunto de pecadores, no puede ser redentora, no siéndolo ninguno de ellos singularmente.

Á todo esto se necesita responder *distingo*, aunque se enfade el Sr. Donoso, que aborrece esta palabra, así como aborrece la discusion, *que es el traje que lleva la muerte cuando viaja de incógnito.*

La bondad y la verdad perfectas ni están en la tierra, ni son calidades naturales al hombre, ni cada uno de por sí, ni todos juntos pueden alcan-

zarlas; pero algo de la bondad y algo de la verdad, aunque sea poquísimo, y hasta si se quiere en dósis infinitesimal, cabe en el hombre; y creemos que si álguien tiene esta verdad ó esta bondad diminutas, no hará mal en comunicárselas á sus semejantes por medio de la discusion y de la persuasion, ya que, sin apelar á un milagro, que no todos pueden hacer, no hay otro medio de comunicar verdades y de dar buenos consejos. Si Donoso mismo no se creia enviado del cielo para convertirnos milagrosamente, fuerza es confesar que trataba de persuadirnos discutiendo, y valiéndose de la razon humana, que él llama sinrazon y desatino.

En punto á redencion sabemos y creemos, como el Sr. Donoso, que el hombre no se redime por sí mismo, sino por la gracia de Dios y por la sangre de su Santísimo Hijo. Pero la ciencia social, rectamente entendida, no trata de esa redencion sobrenatural, para la cual sólo los medios sobrenaturales son bastantes, sino de ciertos alivios y recursos humanos, que podemos tener y proporcionarnos naturalmente en este valle de lágrimas. Remover un gran peñasco no es dado á un solo hombre, ni á ciento que obren por separado, ó á la vez sin concierto; pero si los ciento obran todos juntos y concertadamente, y en la misma direccion, removerán la piedra. Hay, por lo tanto,

en este concierto, que es el organismo de la sociedad, y en esta direccion, que es el gobierno de ella, un poder, que ni se halla en un hombre solo, que es el individuo aislado, ni en todos juntos obrando desconcertadamente, que es la sociedad sin un buen organismo. Luego miéntras mejor sea el gobierno, más atinada será la direccion, y más fácil remover la piedra; y miéntras mejor organizada esté la sociedad, más concertadamente obrarémos, naciendo de este concierto y de esta direccion una fuerza, que ni está en cada uno por separado, ni en todos juntos, como el mero producto de una multiplicacion ó de una suma.

Trabajar el hombre para mejorar su condicion en esta vida no se opone tampoco á la doctrina evangélica. Ni niega la Providencia divina quien busca y reconoce las causas naturales en los efectos que son naturales ó cuotidianos, si así quiere llamarlos Donoso. Llame en buen hora milagro perpétuo á cuanto sucede segun el órden natural, y milagro intermitente á lo que sucede fuera de este órden. Los liberales, con creer en esas causas segundas, no hacemos de Dios un *Dios constitucional*, ni ponemos en la gobernacion del mundo *division de poderes*. Tan legislador es Dios de las leyes naturales como de las sobrenaturales, y tan ejecutor de los milagros intermitentes como de los cuotidianos. La diferencia está en que Dios

establece en los cuotidianos ciertas leyes y cierta razon de ser, que el hombre alcanza, ó puede acaso alcanzar con el tiempo y el estudio; y en los intermitentes pone ciertas leyes y cierta razon de ser, que nuestro entendimiento no podrá descubrir nunca, y que sólo por la revelacion y con la fe se creen, aunque no se comprendan.

Donoso se enfurece, y debe enfurecerse, contra el maniqueismo proudhoniano, porque es una blasfemia. Mas ¿por qué refutarle como si fuera una doctrina? Refute el ateismo, pero no el maniqueismo. ¿Quién ha dicho á Donoso que los que se llaman maniqueos ó antiteistas, en el siglo XIX, sean otra cosa más que ateistas? ¿Cómo ha llegado su obcecacion hasta el punto de creer que una figura retórica es una creencia? Cuando Proudhon dice que Dios es enemigo del hombre, y que es menester vencerle para vencer el mal, presupone ya que Dios no existe. ¿Quién ha de creer en Dios y dudar de su bondad? Eso que Proudhon llama Dios son las leyes inflexibles de la Naturaleza cósmica, la personificacion de la fatalidad ó del acaso, la fuerza ciega del Universo, que sin Dios, que la dirija y encamine al bien, no puede ménos de ser contraria al hombre que ve su último fin en esta vida, y que se propone alcanzar en ella una felicidad imposible. Prometeo, Tántalo, el propio Lucifer son entónces para Proudhon figu-

ras alegóricas de la ciencia y de la voluntad humanas, que luchan con la Naturaleza y tratan de domarla. Este es el más espantoso error de los impíos. Sólo la gracia de Dios doma la naturaleza del sér interior nuestro. La ciencia humana puede, no obstante, sometida y confiada en la Providencia divina, domar y mejorar hasta cierto punto la naturaleza exterior; no por medio de milagros intermitentes (Josué no tuvo necesidad de ciencia para mandar al sol que se parase), sino por medios naturalísimos, como Franklin marcó al rayo un sendero, y Watt con el vapor dió movimiento á las máquinas.

Claro está que si Dios no hubiera querido, ni se hubiera descubierto el para-rayo, ni el vapor se hubiera aplicado como fuerza motriz, ni se hubiera inventado la brújula, ni la pólvora, ni la imprenta. No se hubieran inventado tampoco la economía, el derecho político, la ciencia de la administracion y otras, en virtnd de las cuales, y no en virtud de milagros intermitentes, se mueve la gran máquina de la sociedad, y se mueve hácia el bien, porque Dios lo quiere y porque Dios la dirige, valiéndose para ello de la inteligencia y de la libertad del hombre.

La disminucion de la fe trae consigo la disminucion del bien y de la verdad en el mundo, ha dicho el Marqués de Valdegamas. Es así que el

bien y la verdad, aunque anublada é incompleta ésta, y aquél escaso y fugitivo, existen hoy en el mundo, más abundante el uno, y la otra más clara que nunca; luego la fe existe tambien en los corazones. Lo que dejará pronto de existir es la supersticion y el fanatismo.

¿Por qué ha de sostener Donoso que la fe católica y la civilizacion moderna son cosas encontradas? ¿Por qué ha de formar este ridículo trabalengua, imaginando una trinidad humana á semejanza de la divina? *Adan es el hombre padre; Eva el hombre mujer; Abel es el hombre hijo; Eva es hombre como Adan, pero no es padre; es hombre como Abel, pero no es hijo. Adan es hombre como Abel, sin ser hijo; y como Eva, sin ser mujer; y como Adan, sin ser padre.* ¿Por qué ha de decir, hablando de la Trinidad divina: *el Padre es tésis, el Hijo antítesis, y el Espíritu Santo síntesis;* y no, con San Agustin, *in Patre unitas, in Filio æqualitas, in Spiritu Sancto unitatis æqualitatisque concordia?* ¿Por qué ha de dar á entender que ya no hay más familias que los clubs y los casinos, como si no hubiese en el dia familias decentes, honradas y cristianas, y como si nunca hasta ahora hubiera habido tabernas y casas de juego, que eran los clubs y los casinos de otros tiempos? Y por último, ¿por qué ha de confundir la necesidad absoluta de la En-

carnacion del Verbo, en la hipótesis de una satisfaccion condigna del pecado, con la absoluta é incondicionada necesidad de esta redencion de sangre? ¿No sabía Donoso que Dios pudo gratuitamente perdonarnos la culpa, ó aceptar cualquiera satisfaccion imperfecta que hubiéramos podido darle? ¿Por qué, pues, deducir de esta premisa la horrible consecuencia de que los que hacian sacrificios humanos acertaban en mucho y erraban en algo? Acertaban, dice Donoso, porque Dios queria sangre; erraban, porque la sangre de toda la humanidad no podia aplacar la ira de Dios. Por eso mandó Dios á su Hijo Unigénito para que derramase su sangre por la salud del género humano. Pero si la sangre humana, impura y pecadora, no tiene virtud bastante para purificar á la humanidad, siempre la tiene para limpiar ciertas manchas y ganar la voluntad de Dios; y hé ahí la razon de querer Donoso que se derrame en abundancia. En ella funda el derecho de imponer la pena de muerte. Donoso Cortés hace del verdugo un sacerdote.

Imposible parece que Donoso Cortés, para refutar los absurdos sistemas de los socialistas, y para no entrar en las honduras de la economía política, se haya hundido en las profundidades teológicas y haya sacado de ellas tanto delirio. ¿Debo seguir diciendo, como ya indiqué al prin-

cipio de este escrito, llevado del amor que á pesar de todo tengo á Donoso, que expone fielmente el dogma? ¿Será más cuerdo retractarse? Por fortuna ó por desgracia, entiendo todavía que Donoso le expone con fidelidad, salvo alguno que otro desliz, y no pocas extravagancias en la manera de expresarse; pero sus deducciones y aplicaciones no pueden ser más lastimosas. Cualquiera pensaria que D. Juan Donoso Cortés, Marqués de Valdegamas, Ministro plenipotenciario de S. M. Católica en la capital de Francia, elocuentísimo orador, gran político, hábil diplomático, egregio poeta, maravilloso sofista, y hombre de agudísimo y encumbrado ingenio, habia perdido el juicio, leyendo alternativamente las obras de San Agustin, de Proudhon y de De Maistre, el temeroso estruendo de los que combatieron en las calles de París y el gigantesco combate que se llama las Jornadas de Junio. Pero el libro singularísimo de Donoso vivirá tanto en la memoria de los hombres como el recuerdo de esas jornadas: ambos están escritos con sangre.

Revista Peninsular, Diciembre, 1856.

UNA CÁTEDRA EN EL ATENEO.

El lúnes 23 del pasado, de nueve á diez de la noche, dió el Sr. D. Emilio Castelar su primera leccion sobre *Historia de la civilizacion durante los cinco primeros siglos del cristianismo*, pues éste es el verdadero título de sus lecciones, y no el que equivocadamente les habiamos dado.

Un taquígrafo recogia y anotaba aquellas elegantes palabras, y es de esperar que por este medio goce el público de ellas, pues, ó se habrán publicado ya, ó se publicarán sin duda en algunos periódicos. Esto nos ha hecho vacilar un tanto, y hasta nos ha inclinado á desistir del propósito que teniamos de dar cuenta de lo que dijese el señor Castelar, ya que habiendo de gozar el público de las propias palabras de este orador extraordinario, inútil es dar de ellas un pálido trasunto. Quien puede ver y admirar en toda su grandeza y

con toda la gala y primor de sus colores los preciosos cuadros de Murillo, no se pone á estudiarlos en mala copia grabada, donde en escala menor se reproducen solamente las sombras y los contornos. Mas considerando, por otra parte, que sobre las lecciones del Sr. Castelar, á juzgar por la primera que ya hemos oido, hay mucho que decir, y que acaso lo que digamos no sea del todo fuera de propósito, nos ha parecido conveniente, más bien que extractarlas, examinarlas.

Empezarémos, pues, por confesar humildemente que nos es imposible trasladar aquí, ni áun siquiera dar la idea más remota de la riqueza del estilo, de la pompa de las imágenes, de la facilidad admirable y del vuelo de la fantasía del señor Castelar. El que no le haya oido será menester que allá en su imaginacion se le finja y represente, inspirado por el auditorio, é inspirándole y entusiasmándole á su vez, más lírico que didáctico, más arrebatador que persuasivo, más que ordenado, florido y grandilocuente, levantándose al estilo sublime desde que llama la atencion del público con la palabra *señores*, y no decayendo nunca ni abatiendo el vuelo hasta que termina su discurso de una hora.

El Sr. Castelar habla como Horacio nos pinta que cantaba Píndaro, y no deja entrever el esfuerzo de la reflexion y el trabajo interior del pen-

samiento que precede ó debe preceder á la emision de la palabra humana. Esta brota de sus lábios rica, fácil, sonora, abundante y llena de color y de vida, como un espíritu que va á animar y á encender su entusiasmo en los corazones, y á trasmitir sus ideas á la mente maravillada y suspensa de cuantos escuchan. No es quien habla el Sr. Castelar; es el genio de la elocuencia quien habla por su boca. No vacila, no medita, no se detiene, y la palabra corre y se desprende de sus labios como un raudal. ¡Qué poesía y qué fuego en cuanto dice! ¡De qué forma y figuras tan várias y galanas reviste y hermosea su pensamiento! ¡Qué diversidad de medios tonos en el mismo tono inspirado y enfático de que nunca desciende!

Nosotros, sin embargo, aunque nos dejamos llevar del entusiasmo que inspira, reflexionando despues friamente, no podemos ménos de lamentar algunos de los medios de que se vale para infundirle en los ánimos. Y lo lamentamos por lo mismo que la primera consecuencia de nuestra reflexion es la seguridad de que el Sr. Castelar puede ser un gran filósofo y un gran sabio; puede aspirar á una fama europea y hacer que resuene su nombre tan alto y tan claro como los de aquellos que, no sólo son gloria de su nacion y de su época, sino de la humanidad entera y de

todos los siglos. Lo lamentamos, porque el señor Castelar, que podria aspirar á ser un Herder ó un Vico, no debe contentarse con ser un Lopez ó un Argüelles. Y lo lamentamos, en fin, porque el señor Castelar aspira á esto tan sólo, embriagado con los fáciles, aunque limitados y efímeros aplausos que alcanza ahora, y cegado quizás por su mucha modestia.

Con este propósito de lisonjear el mal gusto reinante, llena sus discursos de adornos supérfluos, más orientales que clásicos; y á pesar del amor que muestra tener á la hermosura griega, no se conoce que procure imitarla ó renovarla en su admirable sencillez, que no excluia por cierto el arrebato de la pasion y la poesía templada y serena que cabe en la elocuencia: poesía en prosa muy diferente de aquélla, de la que dijo Kant que era *prosa en delirio*. Platon era un poeta en prosa; en su tiempo eran los pueblos más jóvenes y debian complacerse más en símbolos y figuras, y sin embargo, no hay en todas las obras de Platon tantas *alas nacaradas*, tantas *perlas*, tantas *flores* y tantos *capullos*, tantas imágenes, en fin, como en el solo discurso que oimos al Sr. Castelar el lúnes 23 del pasado.

Si todos estos primores fuesen malos, irremediablemente malos, si el Sr. Castelar fuese lo que ahora llaman una *medianía*, dotada del dón de

expresarse con facilidad, y un erudito de vária y poco profunda lectura, y si el público le aplaudiese sin más razon que la de estar viciado por el mal gusto, en verdad que no le censurariamos. El edificio de su fama, fundado sobre tan frágiles cimientos, vendria á tierra al cabo por su propia pesadumbre, sin necesidad de que nosotros le aplicásemos la palanca de la crítica para derribarle. ¿Qué propósito nos llevariamos, por consiguiente, en indisponernos con el Sr. Castelar y con el público, que tanto le quiere? Mas como creemos que el público tiene razon, y sobrada razon, en aplaudirle, si bien esta razon no sea siempre la misma que nosotros tenemos; como estamos persuadidos de que, sin menoscabar sus facultades, que son portentosas, podria el señor Castelar dirigirlas á un fin mejor y más elevado; y como le hacemos responsable del mal uso que puede hacer de ellas, ya que Dios se las dió, no sólo para acrecentamiento de su fama, sino para gloria y bien de los demas hombres; por eso censuramos que se deje llevar de fáciles aplausos, y tememos que, si persevera en la resolucion que hoy sigue, venga á ser el *Zorrilla* de la elocuencia, ya que lo peor que puede ser un hombre como él es lo que el vulgo de sus semejantes, y áun el que tiene la audacia de criticarle en el presente artículo, envidiarian sin duda alguna. Si esto suce-

de, por desgracia, sentirémos que digan de los discursos del Sr. Castelar lo que dijo un crítico extranjero del poema *Granada*, poema lleno de gigantescas flores retóricas, pero con poquísimo plan y concierto en todo. Dijo, pues, el crítico, no sabiendo cómo calificar aquel libro de tan desbaratada poesía, que para formar idea de él era necesario saber exactamente la significacion de lo que llaman los españoles *música celestial*, porque *música celestial*, y no otra cosa, era el poema.

Nadie imagine, con todo, que acusamos al señor Castelar del vacío de sentido: ni ¿cómo acusarle sin contradiccion, cuando hemos dicho que vemos en él una naturaleza privilegiada, de la cual puede salir un gran sabio? Ni nadie entienda tampoco que le acusamos de indeciso; porque ¿quién en nuestro siglo tiene ideas fijas á los veinticinco años de edad? De lo que le acusamos es de confuso y vago, de ocultar su incertidumbre en esa vaguedad y confusion, y de tratar de conciliar las diversas ó irreconciliables opiniones que combaten aún por la posesion de su alma, envolviéndolas todas como en una nube de oro. Elegir una opinion, la más á propósito para el público español, y defenderla sin fe por defender algo, sería una hipocresía, y celebramos que el señor Castelar no la tenga, dándonos con esta ingenuidad una prueba más de lo mucho que vale. Pero

más celebrariamos que expusiese sus dudas con franqueza, ó que hubiese elegido asunto en que no las tuviese, ó que ántes de subir á la cátedra las hubiese aclarado en su mente, trazando y levantando, no sobre suelo movedizo, sino sobre roca firme y segura, la hermosa é imperecedera fábrica de su *Historia*. Entónces no nos pareceria, al oirle, ya que oimos un fragmento de la *Profesion de fe del siglo* XIX, ó de otro ditirambo neo-hegeliano, ya que oimos un discurso de Ozanan, de Augusto Nicolas ó de Genoude. Y no se diga que esta contradiccion se podrá resolver en una síntesis suprema; porque lo completamente contradictorio es imposible que se resuelva sino en lo absurdo, y lo absurdo no puede entrar en un entendimiento tan sano como el del Sr. Castelar.

En su primera leccion quiso éste trazarnos el plan que se propone seguir en el curso de todas ellas. Su idea, sin duda, es describir y explicar la caida del imperio romano y de la sociedad antigua, y el nacimiento de la nueva, fundada en los tres elementos distintos que vienen á combinarse en aquella revolucion magnífica y espantosa : el cristianismo, el imperio y los bárbaros. El señor Castelar nos mostrará á Cristo, afirmando con su sangre y sus milagros, la verdad de su doctrina, doctrina perfecta desde luégo, así en lo moral

como en lo dogmático. El misterio de la Trinidad, la Encarnacion del Verbo, el Mesías, no nacional como los judíos por la mayor parte le esperaban, sino venido á salvar y á redimir á las gentes, todo debe ser creido en el seno de la Iglesia primitiva, ortodoxa y católica, y no ser esta creencia un acto progresivo de la Iglesia, que va trasfigurando á Jesus, creándole á semejanza de su ideal, y revistiéndole, por una interna y psicológica evolucion, de la naturaleza divina. Pero sí constituirán el progreso histórico de estos cinco primeros siglos la propagacion del dogma y de la moral por una parte, y por otra la determinacion y solemne declaracion de ese dogma en los Concilios y en los escritos de los Santos Padres. Mas esta misma obra no es en realidad, para un católico, de verdadero progreso, sino de conservacion y defensa, ya que implica la oposicion y el extravío de los herejes y el esfuerzo de los doctores católicos para conservar el dogma en toda su pureza.

El Sr. Castelar se empeña en un inmenso asunto, y deberá describirnos desde la predicacion de los Apóstoles hasta la de San Patricio en Irlanda, la de San Paladio en Escocia, y la de Ulfilas entre los godos, á quienes llevó la verdadera fe, la civilizacion y las letras. El Sr. Castelar tendrá que dar razon de todas las herejías y de la refu-

tacion de ellas, desde las que nacieron casi al pié del Calvario, al morir en él el Redentor de los hombres, hasta las de Arrio, Nestorio, Eutiques y Pelagio. Tendrá que analizar las grandes producciones de la filosofía cristiana, las obras de los Padres de la Iglesia de Oriente, de los Crisóstomos, Basilios y Gregorios; y las de los Padres de la Iglesia latina, de los Jerónimos y Agustinos; y habrá de reproducir la crítica que hicieron éstos del paganismo y de la sociedad antigua, y dar á conocer cómo concurrieron á acabar con ella, levantando sobre su ruina la nueva sociedad y la Iglesia. Habrá de pintar vivamente la discordia nacida en el seno mismo de la sociedad cristiana á causa de las herejías, discordia que ya daba orígen á obras literarias y filosóficas, unas defendiendo, otras oponiéndose á la verdadera fe; ya á sangrientos combates, á guerras civiles, á hechos heroicos, á actos de fanática barbarie, á milagros de humanidad, de constancia y de energía, y á inauditas y abominables crueldades. Habrá de seguir á la Iglesia desde el Calvario hasta el Capitolio; desde las Catacumbas y el Circo hasta que apareció el Lábarum en el cielo; contarnos el martirio de sus confesores, las apologías de sus defensores y los triunfos de sus apóstoles. Volviendo la vista al mismo tiempo al imperio que se desmorona, á los dioses que huyen,

á la filosofía pagana que sucumbe, á la antigua sociedad que se disuelve, habrá de investigar las causas de tan extraordinarios acontecimientos, y retratarnos la corrupcion y la grandeza de Roma, las iniquidades de sus Nerones y Calígulas, y las admirables virtudes de sus Trajanos, Antoninos y Alejandros Severos, en los cuales, si no la fe, la moral cristiana obraba ya sus milagros. Tendrá que referir los esfuerzos de los gentiles para sostener la sociedad que se desploma con sus antiguas creencias y para impugnar la religion naciente, y tendrá que explicarnos y refutar las doctrinas de Celso, de Porfirio, de Plotino y de tantos otros sabios gentiles. Nos presentará tambien el amor á lo maravilloso, y el misticismo, desesperado de la verdad nacida de la razon, renegando del discurso y apelando á la magia y á la teurgia, levantándose en el aire con Simon el Mago, resucitando los muertos con Apolonio, evocando á los genios invisibles con Jámblico, y uniéndose con ellos por medio de mágicos conjuros; y el disgusto del mundo, y el horror de la vida que despuebla las ciudades y puebla los desiertos, que si produce, unido al catolicismo, las sobrenaturales virtudes de los Pablos y de los Antonios, de los Pacomios y los Hilariones, engendra en las sectas heréticas el furor del martirio, y lleva á unos á buscar la muerte amenazando con

ella á quien no los mate, y á otros á renovar con más frecuencia y ferocidad que nunca las mutilaciones horribles de los Coribantes. La confusion en tanto y la mal formada amalgama de religiones y creencias, venidas las unas de la India, de la Persia otras, y otras nacidas en la Grecia, en el Egipto ó en la Siria, fermentan en el imperio, y dan ser y vida, ya á la sublime constancia de Epicteto, ya á la endemoniada locura y á la no ménos sublime inconstancia de Peregrino, que pasa por todas las sectas, que se inicia y reniega sucesivamente de todas las religiones, y acaba por quemarse vivo por su propia voluntad en los juegos olímpicos y delante de toda la Grecia. Junto á la hoguera de Peregrino oirémos las burlonas carcajadas de Luciano, y al par de las oraciones santísimas de los solitarios de la Tebaida, los gritos feroces de los asesinos de la hija de Teon. La fraternidad humana habrá sido, sin embargo, proclamada en el mundo por tan clara é inaudita manera, que la falta misma de antecedentes históricos mostrará palpablemente el orígen divino y revelado de tan nueva doctrina. Y esta doctrina hará mejor la condicion del esclavo, de la mujer y del hijo, y ciudadanos de la misma ciudad de Dios al persa y al griego, al romano y al godo. El antiguo órden de la sociedad caerá por tierra para dar lugar á otro nuevo órden ; en

el mismo momento temeroso en que verá la humanidad sepultarse para siempre una gran civilizacion, despuntará la aurora de otra más grande: y si los magníficos templos serán arrasados y rotas las estatuas hermosísimas, el monje Telémaco pondrá término con su martirio á los combates de los gladiadores. Entre tanto los bárbaros del Norte, empujados los unos por los otros desde las fronteras de la China, y guiados como por un destino misterioso, se precipitan y caen sobre el imperio romano; le destruyen, y cruzando su raza vigorosa con la raza gastada por la antigua civilizacion, engendran las modernas naciones europeas, dominadoras del mundo. Áun ántes de salir de las sombrías selvas de la Germania y de las llanuras desiertas de la Scitia, el agua del bautismo habia templado en muchos de estos bárbaros el ardor rudo de la sangre y la nativa crueldad de la naturaleza. La pintura que hizo de aquellos pueblos el Sr. Castelar, ya siguiendo á Tácito, ya á Jornandes, ya á los poetas é historiadores latinos de la misma edad, los cuales los miraron y describieron con la viveza y con la poesía del espanto, fué un trozo de elocuencia bello, acabado y sublime. El público le aplaudió con legítimo entusiasmo, y nosotros le aplaudimos entónces, y ahora le aplaudimos, porque la pompa de las palabras, la riqueza de las imágenes y el fuego de la

expresion se ajustaban allí con la terrible majestad del asunto.

Pero, como ya hemos dicho, y más claramente se desprende del rápido bosquejo que acabamos de hacer, es tan grande, tan complicado y tan fecundo en cuestiones de la mayor entidad y trascendencia, el plan que el Sr. Castelar se propone seguir en el curso de sus lecciones, que miéntras más lo reflexionamos, nos parece más árdua la empresa y más difícil el darle dignamente cima en las veinticuatro lecciones que podrá tener el año académico del Ateneo. Suplicamos, pues, al señor Castelar que dé á este asunto todo el espacio y el estudio que requiere; que si no puede, como no podrá, tratarle en un año ó en dos, que le trate en cinco ó en seis; que se limite en el presente á explicarnos la historia del primer siglo; que estudie con detencion toda la semana ántes de presentarse á explicar; que suprima imágenes y que acumule ideas y hechos que vengan en apoyo de estas ideas, y que resuelva con valor, con originalidad, y firme y decididamente, aunque despues de un profundo exámen, todas las cuestiones que brotarán á cada paso de esas ideas y de esos hechos, conforme los vaya exponiendo á su auditorio. Entónces creerémos que el señor Castelar hará, no una serie de odas en prosa, sino una grande obra de enseñanza, de lo cual es muy

capaz, si la impaciencia y la desidia no lo impiden.

Para nosotros no vale el argumento de que en este siglo se vive muy depriesa. Esta es una de esas muchas sentencias falsas ó sin sentido, que á fuerza de repetirlas llegan en el dia á pasar por axiomas. En nuestro siglo se vive tan despacio como en cualquiera otro, y por lo mismo que hay más medios y facilidad de aprender, y mucho escrito sobre todo, se puede y se debe exigir del que enseña que estudie y medite concienzudamente, y que si no dice algo nuevo, diga al ménos, refutando las opiniones contrarias, terminante y despejadamente la suya.

Así demostrará el Sr. Castelar con la misma portentosa elocuencia, pero con más claridad y órden que en la primera leccion, que el cristianismo, léjos de ser contrario al progreso humano, es causa eficacísima de este progreso, que singularmente efectúan las naciones de Europa iluminadas por la luz de la fe. Porque hizo notar el señor Castelar que entre los antiguos pueblos no hubo esta idea de progreso; esto es, no se tenía conciencia de él; más no probó que el cristianismo viniese á darnos esa conciencia. Obra ha sido ésta de la reflexion y de la moderna filosofía; y la doctrina que de ella ha dimanado no se ha de creer que se funde en la revelacion por huir del

extremo de los que suponen que de todo punto es contraria á ella. Nuestro Señor Jesucristo dijo, á la verdad, en el sermon de la montaña: *Sed perfectos como vuestro Padre, que está en el cielo;* pero se dirigia al individuo, al hombre interior, y no hablaba de la sociedad entera y del progreso que material y exteriormente puede hacer ésta realizándose de un modo más ó ménos imperfecto en este *valle de lágrimas*. El fin de la perfeccion que Cristo proponia á los hombres está fuera de este mundo. El fin del progreso moderno está en el mundo mismo. La aspiracion que Cristo hacía nacer en los corazones, era una aspiracion infinita. La aspiracion del progreso moderno, cuando es infinita tambien, está en oposicion con la doctrina de Cristo, y, no ya los neocatólicos, sino los católicos deben reprobarla. Al morir Cristo, murió con él el viejo Adam y nació un Adam nuevo, lo cual ha de entenderse en sentido místico, como San Pablo lo entendia. Progreso vale tanto como ir de la imperfeccion á la perfeccion, y mal podia ser progresiva en su esencia una doctrina que desde luégo era perfecta, y por consiguiente incapaz de progresar y de mejorarse. Ni aún suponiendo que el progreso estaba en la propagacion de esta doctrina por todas las naciones, se ha de suponer que se equipare y univoque con el progreso, tal como se entiende aho-

ra. Si el Señor dijo: *Ite et docete omnes gentes*, no fué con el propósito de que instruyesen los Apóstoles al mundo y le preparasen para fundar la nueva Jerusalen en la tierra, sino para que hiciesen de modo que, al dejar la tierra esas gentes, pudiesen ser en el cielo ciudadanos de la nueva Jerusalen; por eso el profeta Isaías llamó á Cristo *Padre del siglo futuro*.

Pero como el cristianismo es un gran elemento civilizador, áun prescindiendo de su poder sobrenatural y á un fin sobrenatural ordenado, los hombres, siguiéndole, serán más dichosos, si bien no puede deducirse de aquí que el cristianismo fuera en los primeros tiempos causa conocida de progreso. El fervor de los cristianos no se avenia, ni debia avenirse, con el pensamiento de hacer de una religion tan espiritual y tan mística, y de un Dios, cuyo *reino no era de este mundo*, instrumentos del desarrollo de la prosperidad y de la grandeza humana en este mundo mismo. En resolucion, ni los cristianos de los cinco primeros siglos, ni los cristianos de muchos siglos despues, ni aún los cristianos despues, fueron ni son progresistas por el hecho de ser cristianos. Tal vez los gentiles fuesen más deliberadamente progresistas, porque pensando mucho en esta vida y poco en la otra, se debian inclinar á hacerla mejor, y del deseo de lograrlo habia de nacer en ellos la creencia de que

lo lograban. Sin embargo, así como la idea de la inocencia primera, de la primera culpa y de la edad patriarcal, limita entre los cristianos la doctrina del progreso, así la limitaba entre los gentiles la idea de la edad de oro, no pudiendo decir en un rapto lírico el más progresista de ellos sino

Jam redit et virgo, redeunt Saturnia regna.

Puede sostenerse, con todo, que la doctrina del progreso, con tal de que éste se encierre dentro de los límites de la decaida é imperfecta naturaleza del hombre, y no se prolongue del modo infinito en que algunos le entienden, ya que no se apoye en el cristianismo, no le repugna tampoco.

Aun muchos racionalistas del dia, siendo liberales, niegan el progreso, y ven en los pueblos bárbaros ó selváticos, no el gérmen de una civilizacion futura, sino la degradacion ó el olvido de una civilizacion pasada. El sabio Bailly imaginó un pueblo primitivo civilizado en el Norte de Asia ; no pocos historiadores y etnógrafos modernos suponen una nacion misteriosa, que allá en los tiempos antehistóricos vivió en las faldas del Himalaya, y que tenía una intuicion clarísima de las verdades divinas y humanas, las cuales propagó despues y difundió por todo el mundo en

diferentes y consecutivas emigraciones ; Salverte prestó á los pelasgos y á las naciones antiquísimas del Oriente extraordinarios conocimientos, que se perdieron entre el vulgo y dieron luégo orígen á las ciencias ocultas y á los misterios de Egipto, de Samotracia y de Eleusis ; y los escritores gentiles nos hablan con asombro de la cultura moral é intelectual de los habitantes de la Atlántida, de los turdetanos y de los hiperbóreos. Zalmoxis era geta, scita Abaris y tracio Orfeo. En los poemas que se conservan de los bárbaros que vinieron del Norte á acabar con el imperio romano, en el Edda y en el Kalewala, se notan, al traves de mil fábulas monstruosas por la forma, una razon filosófica y una doctrina trascordada, como recuerdo confuso y oscuras tradiciones de una época luminosa. Y quizás sea más verosímil atribuir el fundamento de estas fábulas, y el de las griegas y orientales, á vagas reminiscencias de ideas de otra edad que á presentimiento instintivo de futuras y más levantadas ideas. En todo lo cual hallan razones y argumentos los modernos apologistas del cristianismo para defender la creencia en una revelacion primitiva.

Nada más dirémos de la primera leccion del señor Castelar, que no hemos leido, sino oido solamente. Las lecciones que vaya dando en lo sucesivo las examinarémos con mayor cuidado, y nos

aprovecharémos para ello de su publicacion, si es que se publican íntegras en algun periódico. Nos complacemos en esperar que no serán dignas de censura, porque el Sr. Castelar tiene buen deseo, y sólo de su buen deseo depende el que sean tales sus lecciones que no baste á encarecerlas nuestra alabanza.

DE LA DOCTRINA DEL PROGRESO

CON RELACION

Á LA DOCTRINA CRISTIANA.

I.

Hemos visto reproducido en *La Discusion* nuestro artículo sobre las cátedras del Ateneo, en el cual procuramos poner en su punto el notable mérito del Sr. Castelar, y las dificultades de la empresa que piensa llevar á cabo; dificultades que, léjos de arredrar la constancia del Sr. Castelar, y de anublar el íntimo y claro convencimiento que ha de tener de su aptitud, deben servirle de estímulo y poderoso incentivo. Si entre tantas maravillosas prendas de orador como reconocimos en

el Sr. Castelar, tuvimos que censurar algunas faltas, bien se desprende de todo el contexto de nuestro artículo que lo hicimos en la inteligencia de que, criticando á una persona de tan superior capacidad, nos debian servir de norma y punto de comparacion el ideal del arte en que esa persona se ejercita, y el último extremo de lucidez á que puede y debe llegar en el asunto de que trata. Para concebir estas excelencias del arte, y para imaginar esta lucidez, basta tener un mediano entendimiento; mas para realizarlas, como queremos y deseamos nosotros que el Sr. Castelar las realice, se necesitan las más poderosas facultades. Por donde comprenderán nuestros lectores dos verdades, para nosotros muy importantes: 1.ª, que nos atrevimos á juzgar al Sr. Castelar sin atribuirnos sobre él superioridad en nada; y 2.ª, que nuestro juicio, si no ha sido favorable, pues el Sr. Castelar merece todo elogio, tampoco ha sido adverso, como hay quien lo pretenda.

El único escrúpulo que pesa sobre nuestra conciencia, y el que nos obliga á hacer aquí estas aclaraciones, es el haber intentado, sin prévio aviso, y lo que es peor, sin ser conocidos y estimados del público, criticar fria é imparcialmente al Sr. Castelar, desechando el tono hiperbólico y extremado que, tanto en la censura como en el elogio, suele por lo comun usarse en España. En

este sentido se puede decir que nuestro artículo ha sido una *salida de tono*, y ha dado ocasion á que muchos vean en él un ataque á la reputacion literaria de la persona criticada. El Sr. Castelar, sin embargo (y lo sabemos á ciencia cierta), no ha visto esa hostilidad en nuestra crítica, sino la apreciacion desapasionada de los merecimientos que hasta ahora tiene, el vivo y sincero deseo de que éstos sean mayores, y la profunda conviccion de que habrán de serlo.

No creemos, por consiguiente, que al decir *La Discusion*, como ha dicho, que se propone refutar algunos de los asertos de nuestro artículo, salga á la defensa del Sr. Castelar, á quien en tanto estimamos. Sólo creemos que *La Discusion* pueda y quiera entrar en polémica con nosotros en lo tocante á la doctrina del progreso; y temiendo el fallo de los redactores de tan ilustrado periódico, nos ha parecido conveniente, sin aguardar á que se publique la impugnacion de nuestro artículo, aclarar aquí lo que sobre dicha doctrina dejamos en él ligeramente apuntado.

Dijimos en primer lugar que tenemos fe en el progreso. El progreso es para nosotros una creencia, no una ciencia. El progreso en que creemos está limitado por la misma condicion del hombre y del mundo; y de esta suerte, ya que no se funde en la doctrina cristiana, no se opone á ella tampoco.

Pero suponiéndole ilimitado, como le supone Pelletan en sus dos famosos libros, *Profesion de fe del siglo* XIX y *El mundo marcha*, el progresismo es anticristiano, y es tambien anticientífico, pues aunque se pueda demostrar por la historia que en todo y de contínuo hemos progresado hasta lo presente, áun será difícil deducir de esta premisa que progresarémos siempre en lo futuro.

De la naturaleza íntima del hombre tampoco se puede deducir la doctrina del progreso, porque no conocemos cumplidamente esa naturaleza íntima. Y en cuanto á las ideas fundamentales que hay en la mente humana, si unas sostienen la doctrina del progreso, otras le rechazan, al ménos como infinito ó ilimitado.

La idea de Dios puede en cierto modo considerarse como causa de progreso, porque la idea de Dios es el término de perfeccion y el ideal de nuestra especie en las diferentes edades. La idea de Dios, aunque de un modo vago, está preconcebida en la mente con anterioridad á cualquiera idea, y es como fuente de todas las ideas. Pero nuestro flaco entendimiento no comprende, ni en la mente divina, la existencia de esta idea (la idea que tiene Dios de sí mismo), á no limitar la omnipotencia y la grandeza de Dios dentro de su infinita sabiduría. Á no ser así, nos parece que ésta no podria abarcarlas. ¿Cómo, por lo tanto, ha

de comprender y desenvolver esta idea nuestra mente finita, á no ser por abstraccion, negacion y oposicion? Si esta idea, aunque en gérmen, estuviese en nuestra mente de un modo positivo, su eterno desarrollo constituiria el eterno progreso, porque esta idea que en la mente de Dios concebimos desenvuelta y completa, jamas llegaria por un órden sucesivo á desenvolverse y completarse en la mente de la humanidad. Mas nosotros no acertamos á comprender lo infinito y lo perfecto sino por abstraccion de lo imperfecto y finito, y áun así lo comprendemos mal, pues oponemos á esa infinidad y perfeccion algo que las descabala y amengua.

Estas consideraciones nos inclinan á pensar que la idea de Dios no puede ser el gérmen del progreso, tal como se entiende en el dia, sino el gérmen de una aspiracion infinita, que hallándose en contradiccion con lo imperfecto de los medios que naturalmente tenemos para llegar á realizarla, nos induce y obliga á buscar el último fin por medios sobrenaturales.

Las religiones todas se han llevado como propósito y mira principal la resolucion de este problema. Y como los hombres entendiesen que habiendo en el corazon humano un infinito deseo, sólo en un bien infinito podria el corazon aquietarse, columbraron asimismo, hasta con la sola

luz de la razon, que habia otra vida, y pusieron en ella ese bien deseado que no podian hallar en la presente. San Agustin censura á Varron porque al pintarnos en esta vida al bienaventurado, reune y pone en él multitud de calidades imposibles en un solo hombre, como son: larga vida, claro entendimiento, ciencia, hermosura, salud, robustez, bienes de fortuna, tranquilidad de espíritu y conciencia limpia de culpa. Por eso dijo el P. Fr. Luis de Granada que si Marco Tulio suponia que, siendo tantas las cualidades que habian de concurrir en el orador para que fuese tolerable, era casi imposible más de uno en cada siglo, con más razon se debia suponer la imposiblidad de hallar en el mundo bienaventurados como los de Varron. Pero áun dando por sentado que en un solo hombre concurren estas perfecciones, no podemos, con todo, imaginar en él la bienaventuranza en esta vida, y el término y satisfaccion de su deseo, y la plenitud del sér que esta satisfaccion presupone. Lo cual, fuera de la religion, y bien considerado por los racionalistas, ha de tenerse por fin imposible de alcanzar, y segun la doctrina de Cristo, ha de creerse obra de la gracia ó de la potencia divina, y ha de considerarse como un milagro. El hombre puede elevarse á ese fin, no por desenvolvimiento, sino por renovacion; no natural, sino sobrenaturalmente; no apoyándose en la vida an-

terior, sino en un principio más alto que nuestro propio sér y nuestra propia vida. En lo esencial de la religion cristiana no cabe, por consiguiente, la idea del progreso tal como se entiende ahora.

No es esta cuestion tan profunda y tan árdua que tengamos que recurrir para resolverla al estudio de los Santos Padres y de los grandes teólogos: basta con que citemos el Catecismo. Allí aprendemos á considerarnos como *hijos de Eva, desterrados en este valle de lágrimas:* allí aprendemos cuáles son las bienaventuranzas. *Bienaventurados los que lloran. Bienaventurados los que padecen. Bienaventurados los pobres de espíritu.* De todo lo cual se deduce que este mundo es un lugar de destierro y de prueba, y que la perfeccion que á él trajo el cristianismo, si bien no es contraria á la que pretende traer consigo el progreso, es del todo diversa. Desde luégo se nota que la perfeccion moral que da el cristianismo á sus bienaventurados no implica la intelectual, y mucho ménos la física. La más cuitada persona del mundo puede ser un bienaventurado y áun unirse con Dios en esta vida, llegando al último ápice y extremo de la perfeccion. Lo cual parecerá extraño á los incrédulos; pero es á la par tan poético y sublime, que no puede ménos de causarles maravilla y espanto. La simplicidad llega al conocimiento de las más sublimes verdades, y

la ignorancia llega á confundirse y á estrecharse con la ciencia misma, no por desarrollo y progreso del razonamiento, sino por la aniquilacion ó suspension de las potencias y sentidos, y por tan alto menosprecio de estas facultades, que muchos grandes santos han procurado pasar por simples á los ojos del mundo. Léanse si no las vidas de San Francisco de Asís, de San Pedro Alcántara, de San Felipe Neri, y de tantos otros, los cuales sin ser simples por naturaleza, vinieron á serlo por gracia. Para la perfeccion que la bienaventuranza requiere, no es en manera alguna indispensable la agudeza y claridad del ingenio. Para conocer y servir á Dios de nada sirve ni vale la humana sabiduría. *Quia enim in sapientia Dei non poterat mundus per sapientiam cognoscere Deum, placuit Deus per stultitiam prædicationis salvos facere credentes.* En donde se nota, no ya consonancia, sino discordancia entre la sabiduría del cielo y la del mundo, y en donde se confirma aquella otra sentencia del Apóstol : *Quod stultum est Dei, sapientius est hominibus ;* porque el fin de la sabiduría mundana y de la mundana prudencia está en este muudo, y el de la sabiduría divina en el otro, sin que la humana por sí sola pueda llegar hasta él.

Siendo, pues, infinito el término del deseo del alma, y teniendo por principal objeto el cristia-

nismo la satisfaccion de este deseo, no es posible que ordene los medios que tiene para lograrle á otro fin que por fuerza ha de parecer mezquino al verdadero cristiano. Aun el que no lo es aprecia en poco este fin, con tal que tenga un ánimo levantado que no se contente con la satisfaccion de los groseros apetitos de la carne, ó con el triunfo de una pueril vanidad, que se envanece de la escasísima y oscura ciencia que podemos adquirir en esta vida. No se opone, con todo, el cristianismo á los adelantos y mejoras en las cosas temporales; mas no se ha de creer que ponga en ellos la mira teniéndola fija en más alto y santo objeto. No se opone á ellos, porque sólo pudiera oponerse en nombre de un ascetismo exagerado, y el Apóstol condenó este ascetismo, diciendo: *Caro concupiscit adversus spiritus adversus carnem;* y sentó como un hecho verdadero, y estableció como regla de conducta, que nadie aborrece ni debe aborrecer su propia carne. Lo que el cristiano debe aborrecer en ella son los desordenados instintos y la debilidad consiguiente á nuestra naturaleza, decaida por el pecado. Mas la carne, lo mismo que el espíritu, son obras de Dios, y son, por lo tanto, buenos en su esencia, y no sólo el espíritu, sino la carne tambien, aunque purificada y transfigurada, ha de gozar de la gloria.

El mundo es asimismo bueno y hermoso, y si

la doctrina cristiana le tiene por uno de los enemigos del alma, es en otro sentido diverso del que aquí le damos. Pero ni el mundo, ni cuanto en él se encierra, bastan á satisfacer el amor y la inspiracion del corazon cristiano, desasosegado miéntras en Dios no se reposa. Por lo cual no queremos ni debemos gozar del mundo y de las cosas que en él hay, sino usar de ellas en esta peregrinacion de la vida como de un vehículo y de una escala para encaminarnos y elevarnos á su orígen y al nuestro, el cual es tambien nuestro fin, y no lo efímero y caduco. Y sustentamos aquí estas ideas, porque así como nos aflige y repugna el neocatolicismo que absuelve y canoniza las maldades de los tiranos, áun nos aflige y repugna más el neocatolicismo que ve hasta en las más sangrientas y espantosas revoluciones un desarrollo legítimo de la idea cristiana. El uno coloca en los altares á Torquemada y á Felipe II; el otro á Marat y á Robespierre.

No ha de imaginarse, con todo, que el cristianismo no mejoró la sociedad. Ántes creemos (y ya en este breve escrito, y en el artículo sobre las cátedras del Ateneo lo dejamos consignado) que el cristianismo cambió favorablemente las relaciones del esclavo, de la mujer y del hijo con el señor y el padre de familia; que abolió los espectáculos sangrientos, y, en una palabra, que mora-

lizó y santificó á los hombres. Las mismas virtudes con que gloriosamente resplandecieron algunos emperadores paganos, como, por ejemplo, Marco Aurelio y Alejandro Severo; y la misma filosofía de los alejandrinos neoplatónicos, en lo que tiene, tanto en la moral como en el conocimiento de Dios, de más bello y completo que la antigua filosofía, lo atribuimos nosotros al cristianismo, de cuya doctrina se aprovecharon aquellos filósofos para contradecirle é impugnarle.

Nuestro intento ha sido sólo demostrar que el cristianismo, aunque causa de renovacion, y aunque no se opone á la doctrina del progreso, con tal que se crea que éste no se levanta sobre la flaca, pecadora y decaida condicion humana, no podia ser progresista segun lo que esta palabra significa y vale en nuestra época.

Luégo que Nuestro Señor Jesucristo predicó su santísima doctrina, la moral no pudo avanzar más en la teórica, porque nadie habia de completar ó corregir lo que Cristo hizo; y no avanza en la práctica, porque ahora no hay hombres más santos y excelentes que los apóstoles, los mártires y los anacoretas de los primeros siglos de la Iglesia. Desde entónces tenemos á la vista el ideal de la perfeccion cristiana, y no hemos menester, para verle, de nuevas ciencias y de progresos intelectuales. Cristo nos dijo: «Tomad la cruz,

y seguidme. El que me siga no se perderá en las tinieblas. »

Si en la plenitud de los tiempos se extenderá tanto el cristianismo que hasta los judíos se conviertan á él, no por eso estará el linaje humano dentro del gremio de los fieles. Aun habrá ateos, incrédulos, blasfemos y sectarios del Ante-Cristo. En el seno mismo de la Iglesia vivirán muchos réprobos, como en el arca los animales inmundos.

En cuanto al progreso de la ciencia, el cristianismo no le reprueba, pero tampoco se le propone como objeto importante é inmediato, á no ser con el fin de elevar la mente humana á un superior conocimiento de Dios, y de crear en nosotros al verdadero *gnóstico* que describe San Clemente de Alejandría. En este sentido comprendemos progreso en la filosofía cristiana; pero sobreentendiéndose la fe como requisito esencial de este progreso, y faltando á muchos en el dia, caen éstos miserablemente en el panteismo y en el materialismo. Así es que, en vez de progresar, reniegan del bien supremo, y miéntras más tierna y enamorada tienen el alma, y más levantado el pensamiento, más honda es la desesperacion y más negro el hastío que los domina. Los ferrocarriles, los telégrafos eléctricos, la fotografía, el alumbrado de gas y las constituciones más

ó ménos democráticas, no bastan á consolarlos.

Este progreso, que casi podemos llamar mecánico, parte principalmente de descubrimientos materiales, que no presuponen el cristianismo. Tales son la invencion de la brújula, la de la imprenta, la de la pólvora y la aplicacion del vapor á las máquinas. La preponderancia y el mayor valer político de las naciones cristianas de Europa nacen en gran parte de estos inventos y de la fecunda manera con que se han aplicado á las necesidades y exigencias de los pueblos. Y si los de Europa se adelantan en cultura, en riqueza y en espíritu mercantil, industrial y belicoso, á los demas del mundo, no es solamente porque son cristianos. Grecia y Roma no lo eran, y vencieron, y dominaron, y civilizaron á las otras naciones. Las razas que pueblan la Europa, ya sea por influencia del clima, ya por otras causas que no nos incumbe investigar, han sido en todos tiempos, al ménos desde que empezó á escribirse la historia, más pujantes y más despiertas y activas que las demas razas. Si la primera civilizacion vino del continente asiático, es porque aquella parte del mundo fué la cuna de la humanidad, y porque allí quiso Dios hacer sus revelaciones.

Esto es, aunque desordenada y confusamente dicho, cuanto tenemos que decir ahora para explicar y corroborar los asertos que promete im-

pugnar *La Discusion*, y esto nos servirá de punto de partida cuando repliquemos al mencionado periódico.

II.

El Sr. D. Emilio Castelar contestó ya en *La Discusion* del 24, no sólo á lo que dije, sino tambien á lo que pretende que dije al hablar del progreso en mi artículo sobre las cátedras del Ateneo. No acuso al Sr. Castelar de no haberme entendido en parte. Quizás fuese mia la falta; quizás yo no me explicase con la claridad debida. Con este recelo, y á fin de defenderme de graves inculpaciones, tendré ahora que ser prolijo para no ser confuso.

Bien claramente expresé, sin embargo, en el artículo á que nos referimos, que deseaba que el Sr. Castelar demostrase de una manera evidente *que el cristianismo, léjos de ser contrario al progreso humano, es causa eficacísima de este progreso, que singularmente efectúan las naciones de Europa iluminadas por la luz de la fe.* Al expresarme así, no ponia yo en duda la influencia benéfica del cristianismo, que ha venido á darnos el conocimiento del verdadero Dios, y á proclamar

entre todas las gentes y naciones aquella ley que dice: *ama á Dios sobre todas las cosas, y á tu prójimo como á tí mismo;* ley en que se encierran todas las leyes y preceptos, y donde está por alta manera el gérmen de todo verdadero bien en este mundo y en el otro. Lo que sí ponia yo en duda era y es que este progreso de ahora esté de acuerdo con esa ley divina; y más aún, que esa ley divina nos haya sido dada con el fin de cumplir este progreso; y por último, mucho más aún, el que esa ley divina, ordenada principalmente á un fin más alto, hubiese sido para los primeros cristianos *causa conocida* de un progreso desconocido entónces para ellos. De aquí deducia yo que el cristianismo no era progresista, si bien el progreso y los progresistas podian ser cristianos, lo cual necesita y merece una explicacion detenida.

Si por progreso hemos de entender vagamente el movimiento de la humanidad, que *el mundo marcha*, como se dice ahora, no habrá motivo de discusion entre el Sr. Castelar y yo; el cristianismo será progresista, lo serán el islamismo y el budismo, y todos serémos progresistas; cristianos, judíos, mahometanos é idólatras. ¿Quién ha de negar verdad tan evidente, ni cómo, por muy aficionado que yo fuese á sostener paradojas, habia de ponerme á sostener una tan absurda? El mundo marcha, pues, y en este sentido hay un

progreso que nadie contradice. Y como nadie contradice tampoco que somos imperfectos, ni nadie, á no ser malvado, quiere el mal de sus semejantes, todos desean, y no pocos esperan, que, en vez de ir de la imperfeccion en que estamos á otra más honda, nos levantemos algo hácia la perfeccion. En este sentido son tambien progresistas todos los hombres, cualquiera que sea su religion, y cualquiera que sea su política. Calomarde era progresista en este sentido. Es, por consiguiente, necesario determinar y definir cuáles son las principales clases que hay de progreso, porque si seguimos usando la palabra sin definirla de antemano, se refugiará nuestro discreto antagonista en la significacion vaga y general de ella, y creerán los inexpertos que nos vence cuando se retira.

El progreso se puede entender (no digo que sea) de tres modos principales. El que está en armonía y es una consecuencia del cristianismo, y éste es el que el Sr. Castelar sigue y defiende, segun afirma: el que es contrario al cristianismo y malamente se llama progreso; y el que es ajeno al cristianismo, aunque el cristianismo no le reprueba.

El primer modo de progreso no falta quien sostenga que se cumplió y terminó mucho tiempo hace. Anunció el Señor y anunciaron sus discípu-

los que la santa palabra del Evangelio se extenderia por toda la tierra, y se extendió, en efecto, ya que por donde quiera ha sido predicada. «Así, »dice el P. Fr. Luis, se acabó de henchir la tier»ra del conocimiento de Cristo. Mas despues, »añade, creció la prosperidad, y con ella la am»bicion, y la envidia, y las delicias, y el avari»cia, raíz de todos los pecados, y creciendo los »vicios, se fué disminuyendo la fe, porque éste »es el principal azote con que Dios los castiga, »como él mismo lo amenaza en el Apocalipsi, »avisando á sus Iglesias que se encomienden y »hagan penitencia, so pena que vendrá contra »ellas y les quitará el candelero de su lugar. Este »candelero es la lumbre de la fe.» Por donde se puede conjeturar que la Iglesia se acrecentó y floreció en otros tiempos; mas que, por desgracia, no se acrecienta ni florece como ántes en los tristes que alcanzamos; en los cuales es punto incontrovertible que en vez de acrecentarse ha venido á estrecharse considerablemente, en justo castigo de los pecados de los hombres. Porque apareció primero la secta de Mahoma, la cual dió por tierra con la cristiandad, que estaba floreciente en muchas provincias y regiones de África y de Asia; y luégo ocurrió el cisma, y dividió á la Iglesia griega de la latina, y Lutero y los de su parcialidad predicaron despues la llamada reforma, y lo-

graron separar del gremio de la Iglesia á várias de las más nobles é inteligentes naciones del mundo; vino, por último, la moderna filosofía, que empieza en Descártes y termina en los neohegelianos, y vinieron con ella la incredulidad, la indiferencia en materias de religion y el *egoteismo* y el *antiteismo*, que son las más perversas doctrinas que ha habido nunca, las cuales cundieron entre los hombres como la zizaña y como toda mala simiente: por manera que muchos en el dia no son cristianos sino en el nombre y la apariencia. Y aunque todo puede esperarse de la infinita bondad de Dios, todavía no hay razon fundada para creer, sobre todo si continúan las gentes en el camino que llevan ahora, que vaya la cristiandad acrecentándose.

La doctrina de Cristo ha sido predicada y es conocida en toda la tierra, y con esto quedan cumplidas las profecías. Si los hombres no la siguen, es porque Dios no les quita la libertad, ni los fuerza á seguirla, aunque los induce y mueve á ello con inefable y maravillosa dulzura; pero esta es cuestion altísima de la gracia y del libre albedrío en que nosotros, legos y profanos, no nos atrevemos á entrar. Baste saber que muchos conocen á Cristo, y no se vuelven á él; ántes reniegan de su nombre y de su doctrina; y como siguen otras enteramente contrarias, no buscan el

bien verdadero, sino un bien aparente y engañoso, y poniendo la mira y propósito en un fin limitado y mezquino, olvidan y menosprecian el único fin digno del hombre, el cual no sólo fué criado á imágen, sino tambien á semejanza de Dios.

Yo no he negado, ni Dios permita que niegue nunca, su providencia paternal y santísima; pero sin negarla, puedo afirmar la existencia y permanencia del mal sobre la tierra. Sabido es asimismo que, en el sentido más cristiano, más filosófico y más comprensivo á la vez, el mal no existe sino con relacion al bien absoluto; porque todas las cosas, con relacion á sus condiciones y naturaleza limitada, son perfectas, y no puede caber en ellas mayor perfeccion de la que tienen. Todas salieron de las manos mismas de Dios, que no puede hacer nada malo, y todas fueron creadas por su voluntad, que no se complace sino en lo perfecto y acabado, segun su género y especie. Por lo cual, las criaturas todas están ordenadas con un órden sapientísimo, y van encaminadas á un fin no ménos grande y excelente, del cual sólo columbramos lo bastante para adorar á Dios y darle gracias, y no para sustituirle y suplantarle en su providencia, cuyo complemento y justificacion entenderémos en la otra vida, y no en la presente que vivimos. Y así se puede decir, sin temeridad, que es difícil, cuando no imposible, que todos los

hombres se hagan unos santos y vengan á realizar en el mundo la doctrina de Cristo, y á reproducir el dechado maravilloso que en sí propio les dió Cristo, para que de él sacasen las muestras de todas las virtudes de que es capaz la naturaleza humana, ayudada de la gracia. Ántes bien se puede sostener, y yo sostengo, que distamos mucho de encaminarnos en el dia á esa perfeccion, y que tal vez nos apartamos de ella volviendo la espalda á Cristo, que es su dechado y arquetipo. Y no se ha de presumir que hácia la consumacion de los tiempos llegue ese progreso á cumplirse, porque no es posible olvidar las palabras del apóstol á Timoteo: « Has de saber, le dice, que en los postreros dias sucederán tiempos peligrosos. Porque vendrán los hombres á ser muy amigos de sí mismos, codiciosos, altivos, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, desagradecidos, malvados, sin afeccion, sin paz, malsines, deshonestos, crueles, ajenos de toda benignidad, traidores, protervos, hinchados, y más adoradores de los deleites que de Dios, mostrando en lo de fuera una imágen y apariencia de religion, y estando muy ajenos de ella. »

Por el contrario, el segundo modo de progreso, el que malamente se llama progreso, el que es enemigo del cristianismo, vemos que en efecto se va realizando en el dia. Las malas doctrinas se

han extendido considerablemente, y si nos espantan, por un lado, la inmoralidad y la irreligiosidad que encierran, no podemos ménos de admirarnos tambien, porque tambien se admira lo malo, de la sutileza y profundidad de la razon humana, que tan sublime Babel de errores y de absurdos ha llegado á levantar por sí sola. No se ha de decir, con todo, que este desventurado progreso, que viene en contra del cristianismo, sea el que nos quiere hacer pasar el Sr. Castelar, no ya como en armonía con el cristianismo, sino como una emanacion, como una consecuencia de él, como el cristianismo realizado, y como el fin que los cristianos todos se propusieron y proponen.

El tercer modo de progreso es el que hemos llamado ajeno al cristianismo; esto es, el que nada tiene que ver con la doctrina de Cristo, sino en cuanto á la intencion moral con que puede hacerse. Claro está que Dios no queda inerte, ni ajeno á este progreso, porque lo esté el cristianismo. Dios que nos ha criado, y que nos conserva y mantiene, mantiene y conserva tambien ese progreso, que es obra inmediata nuestra y mediata suya, puesto que Dios es causa de todas las cosas. Y como el Señor nos hizo á su imágen, por donde entienden los teólogos que el alma es capaz de comprender á los demas seres y de modificarlos hasta cierto punto, el alma puede valerse de estos

seres y darles nuevas formas y condiciones, y poner en ellos ciertas potencias y virtudes agradables ó provechosas. Todo esto se efectúa de un modo naturalísimo, valiéndose el hombre para ello de sus facultades naturales; las cuales son tan imprescriptibles, que, por muy dejado que esté de la mano de Dios, las puede el hombre conservar. Y así es que hasta los mismos réprobos las conservan en el infierno, y el alma de ellos, segun afirman doctos teólogos, no deja de ser imágen de Dios, aunque esté ardiendo en vivas llamas. Lo que pierde el alma es la semejanza con Dios, y la pierde por el pecado. De aquí viene á entenderse que es una asercion completamente desprovista de fundamento el tener por realizacion y consecuencia del cristianismo esas obras meramente humanas, y esas primorosas invenciones en nuestra época, que en gran parte constituyen lo que se llama progreso. Ménos extraño sería que algun descontento de todos esos adelantos, porque tambien hay ó puede haber quien los condene, los atribuyese á inspiracion directa del demonio. Ello es lo cierto que no dimanan del cristianismo; esto es, que no tienen por orígen una revelacion sobrenatural. Dios nos dió facultades naturales para hacerlos, pero no nos reveló la manera y forma en que habian de hacerse, encomendando ese cuidado á la espontánea fuerza y energía del ingenio del hombre; el

cual, ya sea chino, ya europeo, ya monje, ya seglar, ya protestante, ya católico, ya réprobo, ya santo, puede, en nuestro entender, haber inventado la imprenta, la brújula, la pólvora, los ferro-carriles y cualquiera otra máquina, artificio ó sistema.

En suma, y como deduccion legítima de todo lo expuesto, creo que se puede asegurar que el primer modo de progreso no se verifica en el dia; esto es, que, en digno y merecido castigo de nuestras culpas, no hay ahora progreso cristiano, y que los que se verifican son el anticristiano, malamente llamado progreso, y el que es ajeno al cristianismo, y podemos llamar mecánico ó ingenioso. Pero estos dos modos de progreso que se verifican en el mundo, el uno, léjos de llevarnos al bien, nos aparta de él, y no conduce sino á la perdicion de las almas, y el otro sólo nos puede llevar á un bien engañoso y efímero, porque no hemos de imaginar que en las cosas perecederas y contingentes, y tan sujetas á mudanza y decaimiento, como lo están las de esta vida, pueda cifrarse el sumo bien, en lo cual convienen con nosotros hasta los filósofos paganos.

Hechas ya estas aclaraciones, y suplicando á quien me lea que recuerde lo que dije en mi primer artículo que publiqué el 19 con el mismo título que el que éste lleva, voy á tratar de since-

rarme de aquellas acusaciones del Sr. Castelar, de que no creo estar aún, con lo que llevo dicho, justificado y absuelto.

En primer lugar se me dirá que ademas de ese progreso mecánico, que es el único bueno ó indiferente, cuya existencia admito en el dia, se ha de contar con el progreso que se ha realizado, se realiza ó ha de realizarse en las instituciones políticas y sociales por influjo del cristianismo. En cuanto al que se ha realizado, ni le niego, ni le he negado nunca ; mas por lo mismo que soy, ó quiero ser buen católico, no le llamo ni debo llamar progreso, sino regeneracion y redencion. Quédese el llamarle progreso para el Sr. Augusto Comte, *filósofo materialista de la extrema izquierda hegeliana*. La idea de progreso implica el tránsito gradual y natural de un estado á otro ; y como ya indicamos en otra parte, el cambio que produjo el cristianismo en la sociedad y en el hombre, *no fué por desenvolvimiento, sino por renovacion; no fué natural, sino sobrenaturalmente; no fué apoyándose en la vida anterior, sino en un principio más alto que nuestro propio sér y nuestra propia vida*. Considerar el cristianismo como un progreso vale tanto como tenerle por una invencion humana. Llegada la humanidad, dicen los que tal piensan, á un nuevo período de desarrollo, dió de sí el cristianismo, como los árbo-

les dan el fruto. Para no caer en error tan espantoso, llamo yo al cristianismo regeneracion y redencion. Veamos ahora de qué manera podrá entenderse que el cristianismo es causa de progreso.

No pudo ser causa conocida de progreso para los primeros cristianos; esto es, los primeros cristianos no pudieron ser progresistas, porque el progreso es uno de esos modernos é ingeniosos descubrimientos de que hemos hablado ya, y que no se conocian entónces; por manera que mal se podia ver en el cristianismo la causa de un efecto desconocido. Como en el mundo se ha escrito mucho y yo he leido poquísimo, no me atreveré á asegurar que no hubo autor, de los primeros siglos de la Iglesia, que hablase de que progresamos, en el sentido que esto se entiende ahora. Pero sí aseguraré que la creencia más vulgar, y más difundida y acreditada, era entónces, y ha sido mucho despues, enteramente contraria, sin que los que tal pensaban y creian dejasen por ello de ser buenos, y áun mejores cristianos que nosotros. ¿Cuántas veces los cristianos no han tenido por muy inmediata la profetizada fin del mundo? Y esto se ha creido y temido no sólo en la Edad Media, cuando tal espanto se apoderó de las naciones, creyendo que se acercaban los tiempos apocalípticos, sino muy recientemente, y

hasta el año pasado, como sucedió entre pueblos, ó mas cándidos que el nuestro, ó más vivos de imaginacion; por ejemplo, en Alemania. ¿Qué idea ha habido de progreso hasta el tiempo de los enciclopedistas? ¿Ántes era acaso verdad conocida que progresábamos? ¿No era, por el contrario, error popular, y muy arraigado, que el mundo estaba viejo? ¿Feijóo no le combatió en España, y en otros países otros autores? Áun en el siglo pasado, ¿se tuvo, por ventura, una idea exacta del progreso? ¿En qué diccionario castellano ó frances, ó de cualquiera otra lengua, se hallaba el sustantivo *progreso*, ó su equivalente, en la acepcion que tiene ahora? El verbo *progresar*, ¿no es tan neologismo, que cualquier purista, áun ahora, se desdeñaria de emplearle? Y si la palabra no existia, ¿era por otra razon sino porque no existia la idea? Voltaire, en el siglo pasado, se contentaba con creer que vivia en un tiempo luminosísimo; mas ponia en la Edad Media las tinieblas palpables, de suerte que no entendia el progreso. Rousseau juzgaba que la verdadera felicidad y perfeccion estaba en la vida selvática; y Helvetius decia que *l'esprit des lois* era de *l'esprit sur les lois*, porque Montesquieu habia entrevisto, en las instituciones, leyes y costumbres de los pueblos de la Edad Media, algo de razonable, y hasta si se quiere, de progresivo. Bailly y Salver-

te inventaron, por último, sistemas enteramente contrarios á la doctrina del progreso. De donde se deduce que esta doctrina es hija legítima de la época en que vivimos, y que Pelletan intituló, con sobrada razon, el elocuente libro en que la explica, *Profesion de fe del siglo* XIX. No podia, por consiguiente, el cristianismo haber sido para los cristianos causa conocida de un progreso, de un efecto que no conocian. ¿Fué, empero, el cristianismo causa recóndita y misteriosa de este progreso recientemente puesto en claro?

Cuestion es ésta sutilísima y complicadísima, y para resolverla sería menester escribir libros enteros, no ya un artículo de periódico. Yo no trataré, por lo tanto, de aclarar, distinguir ni resolver aquí circunstanciadamente todos los términos de la cuestion, la cual toma diferentes aspectos y se decide de diferentes modos, segun el punto desde donde se mira. Pero confiado en la inteligencia y buena fe de los lectores, y depuesto el recelo de que no me entiendan, ó finjan no entenderme, para echarme en cara opiniones é ideas que no son las que yo presento y defiendo, voy á tocar ligeramente, y por estilo conciso, los principales modos que hay de responder á la cuestion; modos que todos concuerdan, á mi ver, en una idea más alta, la cual más fácilmente se concibe que se expresa. Tal al ménos me lo parece á mí,

que, si alguna virtud sintética tengo en el entendimiento, confieso con humildad que no tengo ninguna en la palabra.

Desde luégo, si consideramos el cristianismo como un gran hecho histórico de inmensa trascendencia, no podemos ménos de creer que ha ejercido y ejerce un influjo proporcionado á su trascendencia y á su grandeza; influjo que, miéntras fuere inmediato, será excelente y benéfico, porque no desvirtuará ni perderá su orígen y carácter divinos; influjo que, cuando fuere mediato, esto es, modificado y combinado con otros principios, pasiones é ideas de orígen humano, podrá desnaturalizarse y torcerse, y producir el mal. En este mal, sin embargo, no verán el verdadero cristiano, ni el hombre de juicio, aunque no lo sea, el influjo directo y responsable del cristianismo, y todo lo atribuirán á la malicia y flaqueza del hombre. La penitencia que hace Teodosio es una consecuencia inmediata del cristianismo. El cristianismo prescribe una ley moral, y la sanciona con una pena. Teodosio infringe la ley, y recibe y acepta el castigo. Aquí la consecuencia es tan inmediata, tan clara, tan patente, que la malicia humana no ha podido torcerla y corromperla, y la luz y la bondad del cristianismo resplandecen santa y suavemente en este hecho. El establecimiento de la Inquisicion, las

matanzas del dia de San Bartolomé, y hasta si se quiere, la revolucion francesa, son para algunos consecuencia mediata del cristianismo, ya que, sin presuponer el cristianismo como hecho histórico, no podrian explicarla. Mas del principio santo y divino sacó aquí la razon humana una consecuencia dañada y perversa, y la responsabilidad de esta consecuencia no está en manera alguna en el principio, sino en la serie de deducciones por donde ha venido á caer el entendimiento en consecuencia tan espantosa y absurda.

Bien se nota, por poco que se reflexione, que la influencia inmediata no es progresiva, y que sólo la mediata lo es. Al decir que la inmediata no es progresiva, no queremos decir que existiese en un tiempo y que no exista ahora. Ésta es permanente en nosotros, es obra milagrosa y sobrenatural de la gracia, es dón del Espíritu Santo, es lumbrera eterna que ilumina nuestras almas, y que ilumina las sociedades donde la religion subsiste, las sociedades que no han vuelto las espaldas á Nuestro Señor Jesucristo, y que no han renegado de su santo nombre y doctrina. ¿Pero qué sujecion á una ley progresiva puede haber en esa gracia, en ese resplandor celestial, en esa energía para el bien que nos hace semejantes á Dios? ¿Acaso el Espíritu Santo reparte ahora sus dones con más abundancia que los repartia cuando los

apóstoles andaban por el mundo, cuando llenaban las soledades multitud de piadosos anacoretas, cuando hubo tantos mártires, vírgenes y confesores gloriosísimos?

En la influencia mediata sí cabe progreso; pero tal vez se progresará alejándose del principio para llegar á las consecuencias extremas. Tal vez llegarémos hasta el último punto que esa luz del cielo alumbra con sus fulgores, y queriendo ir áun más adelante, perderémos de vista esa luz, y caerémos en las tinieblas. Por eso es prudente decir que de las consecuencias, buenas ó malas, que podamos sacar de la religion, es responsable la razon humana. Si son buenas, la religion, que nos hace semejantes á Dios, que nos une á él, que nos da su gloria, nada tiene que envidiar á la razon por ese vano, pequeño y efímero triunfo. Y si las consecuencias y deducciones son malas, ó de incierta bondad, ¿por qué ha de ser el cristianismo responsable de ellas? Doctrinas, leyes, instituciones y costumbres hay ahora en el mundo que se combaten unas á otras, que forman diferentes partidos, y cuya bondad ó malicia distan mucho de estar demostradas. Así es que, si las considerásemos como consecuencias lógicas y exactas del cristianismo, le identificariamos con ellas, pondriamos en tela de juicio su bondad ó su malicia, y le hariamos asunto de nuestras frívolas disputas.

Donoso Cortés creia que la teocracia, que la incapacidad de la razon y su incompetencia para decidir las cuestiones más importantes, que el derramamiento de sangre humana, que el transformar en sacerdocio el oficio de verdugo y en altar el patíbulo, y que la obediencia pasiva de los pueblos, y el poder real limitado sólo por la penitencia que pudiera imponer un San Ambrosio, eran todas consecuencias legítimas del cristianismo. Yo, aunque *impar congressus Achilli*, aunque débil para luchar con aquel monstruo de ingenio y de elocuencia, traté, sin embargo, de refutar sus errores. ¿Cómo, pues, si he de ser imparcial y consecuente conmigo mismo, no condenar una doctrina que procede por el mismo órden que la del Sr. Donoso, aunque viene á parar á término distinto? ¿Cómo deducir de la religion de Cristo, y creer que por ella ha de realizarse en el mundo el sufragio universal y la milicia ciudadana; la reclamacion de todo derecho, cuando la perfeccion cristiana está en la devocion y el sacrificio; y los opíparos milagros de la economía social, cuando el cristianismo predica la pobreza y la abstinencia?

Pero se me dirá que ademas de esa influencia inmediata y permanente de la inspiracion, y ademas de esa influencia por medio de duducciones y raciocinios, hay otra influencia que es la que

consiituye el progreso legítimo, bueno é infalible. El cristianismo, se me dirá, se ha apoderado de la voluntad, ha compenetrado los entendimientos y se ha infiltrado en todas las ideas, fecundándolas y poniendo en ellas un gérmen, que debe desenvolverse y crecer, florecer y fructificar de un modo alto y soberanamente benéfico en las instituciones, en la vida, en las costumbres, en las ciencias y en el arte.

Y esta idea cristiana, que lo vivifica y fecunda todo, no sólo se desenvuelve entre los pueblos católicos, sino que se ha unido tan estrecha é íntimamente á la humanidad, y la ha transformado por tal arte, que aunque la humanidad reniegue de Cristo, no por eso se marchitará y agostará aquel gérmen en sus entrañas; el cual, ya que no dé frutos dignos del cielo, podrá, independientemente de la gracia, y por virtud propia y especialísima de la misma idea, producir bienes, limitados, sí, pero inconcebibles é inexplicables sin presuponer el cristianismo.

De esta suerte sí debe creerse que el cristianismo ha sido causa de progreso; mas ántes de afirmarlo decidida y terminantemente, y ántes de decir cómo es este progreso, y por qué órden y forma se ha ido realizando en la tierra, conviene hacer del asunto un detenido y concienzudo estudio en un artículo aparte. Su grandeza así lo requiere.

III.

Dijimos en el artículo anterior que el tercer modo de influencia del cristianismo en la sociedad debia ó podia tenerse por progresivo; mas no podemos concederlo sin prévio exámen, porque las opiniones más extrañas y los errores más peligrosos han nacido de esta creencia. Cada uno entiende el progreso á su manera, y por consiguiente, cada uno ha entendido á su manera el cristianismo, resultando de aquí tantos falsos ó incompletos *cristianismos* en la conciencia humana, cuantas opiniones políticas, científicas ó artísticas pueden caber en ella.

Los novísimos apologistas del cristianismo, con la mejor intencion sin duda alguna, han dado á este punto más importancia de la que relativamente se merece; porque, viendo que se habian enfriado la caridad y la fe en los corazones, han querido traer de nuevo á los hombres á la religion, no por la excelencia esencial de ella, ni por amor púro y desinteresado hácia Dios, ni siquiera por deseo de su gloria y por temor del infierno, sino predicándoles que el cristianismo es causa de progreso, á fin de que le amen por amor del pro-

greso. Éstos han dicho que el cristianismo es liberal, para que los liberales sean cristianos; aquéllos, que es absolutista, para que los absolutistas lo sean; y esotros, que la Vírgen, la Magdalena, los santos y los ángeles son más á propósito que los dioses del paganismo para poemas y cuadros, y que los templos góticos son más sublimes, cuando no más hermosos que los templos griegos, á fin de que tambien se conviertan los aficionados á la poesía y á las bellas artes. Pero ninguno de ellos consideró sobre cuán frágiles cimientos levantaban el edificio de sus conversiones. El así convertido no es verdadero cristiano; no es cristiano sino en el nombre, y hasta en el nombre dejará de serlo el dia en que se le antoje que el cristianismo no es liberal, si él lo es, ó que el cristianismo es liberal, si él es absolutista; el dia en que imagine que las tragedias de Sófocles valen más que los dramas de Calderon; el dia en que piense que el Partenon era más hermoso que la catedral de Búrgos; el dia en que crea que el Padre Santo y las comunidades religiosas son retrógrados, y él sea progresista; ó el dia en que, siendo él moderado, se dé á cavilar y suponer que la igualdad, la fraternidad y la libertad que predicó Nuestro Señor Jesucristo son idénticas á las que se predican ahora.

Nacerá tambien otro mal gravísimo de atribuir-

lo todo al cristianismo de esta manera inconsiderada é indistinta; porque todos sostendrémos nuestras opiniones económicas, administrativas, políticas ó artísticas, como si fuesen otros tantos artículos de fe, y nos excomulgarémos, si no nos convenimos, lo cual será lo más probable. Cada cual tomará la religion santísima por arma de partido, y la profanarémos, si es que ya no la estamos profanando.

Cuentan de cierto ciudadano frances que se presentó en la barra de la Convencion, seguido de unos carros cargados de cálices y de otros sagrados objetos de oro y plata, robados á los templos, y que, despues de llamar la atencion de los diputados hácia los objetos susodichos, exclamó con irreverente y blasfema prosopopeya: «Sús, »santos y santas y bienaventurados de la córte »celestial; id á la Casa de la Moneda, y dadnos »en esta vida la felicidad que nos prometisteis »en la otra.» Un católico sincero y desinteresado ¿no podria decir que el hombre político que se vale de la doctrina de Cristo para autorizar y hacer triunfar sus ideas y su partido, se parece en extremo á este ciudadano?

Yo no sigo activamente ningun partido, no soy hombre político, como ahora se dice; mas si lo fuera, procuraria la realizacion de mis doctrinas y el triunfo y ascension al poder de mi partido,

no valiéndome para ello de la religion, sino sólo con la razon y el discurso que Dios naturalmente me hubiese dado; y no me atreveria á interpretar en mi favor, tal vez torcidamente, la doctrina de la Iglesia. Y aunque soy hombre de poca fe y de ménos virtud, pervertido y viciado, como otros muchos, por los malos libros de filosofía que ahora corren de mano en mano, deseo y espero que la fe vuelva á mi alma; mas no quiero que se funde en que la catedral de Búrgos es más linda que el Partenon, ni en que el cristianismo es progresista, y en que, siéndolo yo, debo ser cristiano, para seguir en armonía con el progreso; sino quiero que se funde en el amor mismo de Dios, y en el deseo de unirme á él, y en mi firme persuacion de que su providencia y su omnipotencia y su bondad son infinitas, y de que este mundo es finito, defectuoso y perecedero. «Volví los ojos, »dice San Agustin, á las otras cosas que están »debajo de tí, Señor, Dios mio, y hallé que ni »del todo son, ni del todo dejan de ser. Algo son »por el sér que tú les diste, y no son, porque no »son lo que tú eres.»

De este menosprecio del mundo, tan distante de lo que en el dia se entiende por progreso, están llenas las Escrituras Sagradas y los libros de los Santos Padres: «Aquí no tenemos ciudad per»manente, dice San Pablo; buscamos la que está

»por venir.» Y en otro lugar, explicándose de un modo más claro, exclama: «Porque muchos »andan, de quienes otras veces os decia (y ahora »tambien lo digo llorando) que son enemigos »de la cruz de Cristo, y su fin es la perdicion, y »su Dios el vientre, y su gloria para confusion »de ellos que aman lo terreno. Mas nuestra mora- »da está en el cielo, de donde tambien esperamos »al Salvador Nuestro Señor Jesucristo, el cual »reformará nuestro cuerpo abatido para hacerle »conforme á su cuerpo glorioso, segun la ope- »racion con que puede sujetar á sí las cosas »todas.»

Yo no negaré, sin embargo, que, si prescindimos, aunque es mucho prescindir, de las diferentes calidades de la doctrina cristiana y de la moderna doctrina del progreso, espiritualista la una, y materialista la otra, ésta contando con una perfeccion y una felicidad ultramundanas, y aquélla fingiéndose esa perfeccion y esa felicidad en esta vida, no concuerden y se armonicen ambas en la esperanza de una gran felicidad y de una gran perfeccion. Tertuliano, San Agustin y todos los Padres de la Iglesia han prometido esa felicidad y esa perfeccion á los justos; y San Gregorio de Nyssa ha llevado á tal extremo la magnitud de la promesa, y ha dilatado por tal arte, inflamado del amor divino, la infinita esperanza que agita las

entrañas de la humanidad desde que se proclamó la Buena Nueva, que muchos interpretan sus palabras en un sentido heterodoxo ó muy atrevidamente cuando ménos. San Gregorio, dicen, no considera el mal sino como una negacion, como el no ser, y espera que el mal tendrá fin con el fin de los tiempos. Ven tambien en la doctrina del Santo Padre un idealismo algo parecido al de Schelling, y suponen que Dios y el alma humana existen para él, y que lo demas no existe verdaderamente. Todos los fenómenos, las propiedades todas, toda la hermosura de la creacion, vendrán á parar al alma humana, rica y completa con sus ideas, y guardándolo todo en sí. Entónces se acabará el mundo; entónces se enrollará el cielo como un libro, porque la sustancia material, la sustancia que no es inteligente ni inteligible, desprovista de los atributos, que no son sino en cuanto por nosotros son percibidos, no puede ménos de volver á la nada. Tal será el último término de la educacion de la humanidad, y tal el fin del mundo. Entónces, dicen los que así interpretan al Santo Padre, fenecerá tambien toda la malicia, y hasta los demonios se convertirán á Dios de nuevo.

Tomada esta doctrina en un sentido general y vago, es por excelencia la doctrina del progreso; progreso completísimo que termina en la aniqui-

lacion del mal y en la concentracion de todo lo creado en el alma humana, y del alma humana en Dios Señor Nuestro. Pero considerados los medios para llegar á este término, y áun distinguiendo bien el término mismo, se ha de confesar que no hay en el progreso cristiano nada de comun con el progreso que se proclama ahora. La nueva ciudad que buscan los progresistas está en la tierra, y la industria humana ha de levantar sus muros y sus alcázares. La nueva ciudad que busca San Pablo, es sobrenatural y *sobresensible*, y los ángeles, no los hombres, han de levantar sus alcázares y sus muros. El juicio del hombre es el que ha de llevarnos al término del progreso moderno. El del progreso cristiano se cumplirá el dia del juicio final, y Dios será quien juzgue. Lo más conveniente para el cumplimiento del progreso moderno es que el hombre viva en el mundo, y trabaje, material ó intelectualmente, en bien de la sociedad y del mundo en que vive. Lo más conveniente para el cumplimiento del progreso cristiano es la vida solitaria, contemplativa y penitente. «¿Por qué vives en el mundo, le dice San Jerónimo á Heliodoro; por qué vives en el mundo, hermano mio, cuando eres mayor que el mundo entero? Mortifica tu carne, haz penitencia, abrázate con la pobreza, huye de los deleites, y cuando suene la trompeta y llegue el dia del juicio, tú, que

eres rústico é ignorante, te regocijarás, y te reirás de todos los sabios de la tierra, á quienes no valdrán los argumentos de Aristóteles: el necio de Platon y sus discípulos te inspirarán lástima.» Tambien dice el mismo santo á Rústico, monje: «Nadie más dichoso que el cristiano á quien se le promete el reino de los cielos; nadie más trabajado, pues su vida peligra de contínuo; nadie más fuerte, pues vence al diablo; nadie más imbécil, pues que se separa de la carne.»

Estos sentimientos de San Jerónimo, que son asimismo los de todo cristiano en cuanto considera su doctrina como doctrina religiosa, en nada se oponen al progreso, aunque así lo pretendan los impíos. El fin que se propone el cristianismo con estos medios, es la perfeccion cristiana y la felicidad del cielo. El fin que se propone el hombre de mundo, el cual, aunque no sea perfecto como el hombre espiritual, puede con todo salvarse por la gracia y la misericordia de Dios, es, ya que no la felicidad eterna, la mayor suma de bienes posibles en esta vida. No es extraño, por lo tanto, que sean los medios diferentes cuando lo son los fines. Así es que de la doctrina religiosa del cristianismo nacen inmediatamente tres sentimientos, opuestos en apariencia á los que favorecen la civilizacion, tal como se entiende ahora. Son estos sentimientos: 1.º, el deseo del martirio, que ex-

cluye la resistencia activa contra la tiranía; 2.° el anhelo de mortificar la carne, de vivir en la pobreza, y de tener en poco ó nada los bienes de este mundo, lo cual es bien contrario al bienestar material; y 3.°, la propension á los milagros, que se opondrian al estudio de las ciencias, si no fuese por la consideracion que ya hemos apuntado, á saber: que el milagro, como todo medio cristiano, se dirige principalmente á un fin sobrenatural, y la ciencia á un fin naturalísimo. No es esto negar que las oraciones, las penitencias y las súplicas de personas espirituales y devotas impetren á veces la intercesion de los santos y el auxilio del cielo áun para producir milagrosamente bienes materiales como son dar salud á los enfermos, librar un país de la pestilencia y conceder á la patria gran prosperidad, tanto en las artes de la paz como en las de la guerra. Sin duda que en este sentido las naciones cristianas llevan ventajas grandísimas á las que no lo son, ya que, á más de la universal providencia con que Dios mira y atiende á todas sus criaturas, pueden contar con una providencia especialísima y milagrosa. Por último, debe creerse tambien que, si el progreso de ahora es bueno, le apetecerán las personas espirituales, y apeteciéndole, pedirán á Dios que se cumpla, por donde acaso concurran eficazmente á su cumplimiento.

Concurre tambien al progreso de un modo na-

tural (pero tan indeterminado, que todos los partidos extremos ó ningun partido social ó político puede sostener en esto sus doctrinas), la infinita esperanza que conmueve las entrañas de la humanidad desde que se anunció la Buena Nueva. Esta esperanza, separada de su objeto condigno, y encaminada por una perversion, ó dígase mejor, divergencia de sentimiento, hácia un fin mundanal, nos da ánimo y confianza, y es estímulo poderoso para realizar cualquiera progreso. Lo es asimismo el sentimiento cristiano de la importancia y dignidad del hombre, no porque éste sea príncipe, héroe ó sabio, sino porque es hombre tan sólo. Mas este sentimiento está templado y casi neutralizado por la humildad cristiana y por la mansedumbre evangélica. Por eso, si se olvidan estas virtudes, degenera el sentimiento de la propia importancia en el más monstruoso egoismo. Del *magna enim quædam res est homo, factus ad imaginem et similitudinem Dei*, que dijo San Agustin, venimos á caer en el *Homo sibi Deus* de los hegelianos novísimos. El progreso por donde hemos venido á caer en esta consecuencia, partiendo de la anterior premisa, se nota claramente en la historia. ¿Pero cómo atribuirle al cristianismo, cuando dimana del olvido de muchos de sus principios y de la incompleta inteligencia y exagerada aplicacion de uno solo? ¿Cómo he de tener yo por conse-

cuencia legítima del cristianismo, el orgullo caballeresco que exclamaba: *mis fueros, mis bríos; mis pragmáticas, mi voluntad;* ni las exigencias de la democracia que desconoce toda autoridad y rompe todo freno? Y sin embargo, hay quien atribuya todo esto al cristianismo. *El Médico de su honra*, que se convierte en asesino para vengar su honor; Roque Queralt, que se hace bandolero por el mismo motivo, y Danton, que ordena las matanzas de Setiembre para que triunfe la democracia, son tipos cristianos, segun los que así discurren. La diferencia está en que, si es aristócrata el pensador neo-católico, defenderá *El Médico de su honra* y al valiente Roque, y condenará á Danton; y si es demócrata vice-versa. Ambos convendrán, sin embargo, en que son consecuencias del cristianismo el descontento y el hastío de tantos que de nada se hallan satisfechos, porque imaginan que se lo merecen todo, y que, faltos de fe para huir á los desiertos, se quedan en el mundo insultándole de contínuo y aburriendo á todos los vivientes con sus quejas y lamentaciones en verso y prosa. En suma, el personalismo monstruoso, plaga de nuestro siglo y singularmente de nuestra nacion, se considera por los que así discurren como una consecuencia de la religion cristiana. Mas aunque no soy yo de los que ménos se quejan, ni de los que ménos descontentos están, ni

de los que ménos aprecio hacen de su persona, no por eso me tengo por más santo ni por más *cristianizado*.

Hay en el cristianismo una ley moral, que es la ley del amor, y de esta ley dimanan infinitos bienes cuando se realiza en las instituciones. San Juan de Dios, San Vicente de Paul, las hermanas de la Caridad y los misioneros, entre los cuales se han de tener á los jesuitas por los más eminentes y gloriosos, no eran, sin embargo, progresistas. Pero nosotros no hablamos aquí de este punto, que ya hemos tocado en artículos anteriores. Nosotros hablamos del tercer modo de influencia del cristianismo, esto es, de la influencia que podemos llamar instintiva ó de mero sentimiento. Y así como hemos visto que el sentimiento religioso y el de la propia dignidad é importancia se pueden pervertir y se pervierten, vamos á ver ahora cómo esta ley de amor, fecunda en resultados benéficos y maravillosos cuando va unida á la fe, se pervierte y falsea considerada como instinto.

Del amor espiritual consagrado á la mujer han hecho grandes encomios los modernos apologistas, sin notar que el consagrarle á la mujer es una depravacion y una idolatría. La única excusa que tiene este elegante *fetichismo* es el dar por supuesto que se adora á la mujer como á un símbolo

ó á una imágen. En Laura adoró Petrarca á lo bello ideal, y Dante en Beatriz á la ciencia divina; lo cual no impidió que ambos tuviesen otros mil amores al uso gentílico y profano. Sólo Petrarca tuvo siete ú ocho hijos naturales, miéntras andaba suspirando por Laura. Despues hemos imaginado desterrar completamente de nuestra sociedad á la Vénus antigua, saludable aunque de mala conducta; pero ha venido á reemplazarla otra Vénus tísica y enteca, que no por eso tiene mejores costumbres, ni más recato y compostura. De Aspasia hemos pasado á la *Dama de las Camelias*. La escena se ha convertido en un hospital; la poesía lírica en los ayes de un cacoquimio calenturiento. ¿Cómo, pues, creen algunos que el cristianismo ha podido intervenir en tan abominable cambio?

Nace tambien instintivamente del sentimiento cristiano, segun estos extraños apologistas á que me refiero, un cierto linaje de lealtad anti-racional y desmedida, que si viene del mismo cristianismo es por perversion, y no de otra manera. Sancho Ortiz mata por esta lealtad al hermano de su querida, y el conde Alarcos asesina á su noble y enamorada esposa. Tales son las hazañas que nos presentan como primores del arte cristiano.

Grandes, consoladoras, dulcísimas son las palabras que Nuestro Señor Jesucristo, al ir á espi-

rar en la cruz, dijo al ladron arrepentido que estaba á su lado : *En verdad te digo que pronto estarás conmigo en el cielo.* ¿Pero cómo he de creer yo consecuencia progresiva de estas palabras, que se confie cada cual en la misericordia de Dios, y que no atienda á la moral, confiando en ella? ¿Cómo he de aprobar y llamar legítimo arte cristiano á los desafueros, infamias, insolencias y atrevimientos de los héroes facinerosos de *La Devocion de la Cruz* y de *El Condenado por desconfiado?* Los poetas que hicieron tales obras fueron eminentísimos; pero la tendencia es inmoral por todo extremo.

A todas estas cavilaciones peligrosas ha dado orígen la singular manía de hacer del cristianismo algo parecido á la idea hegeliana; idea que se va desenvolviendo fatalmente en el seno de la humanidad y produciendo el progreso; idea que destruye la crítica histórica. En virtud de esta idea, no se atiende para reprobar ó aplaudir las accio- á la belleza moral de ellas, sino al fin social ó político á que van encaminadas; fin bueno ó malo, segun la opinion política ó social del que critica. En virtud de esta idea, y como deduccion de la creencia en esta *unidad misteriosa del conjunto universal que se desarrolla eternamente*, la humanidad tiene que ser en cierto modo impecable é infatigable. Religiones falsas ó verdaderas,

leyes y costumbres y artes, todas estas cosas, si son reales, son buenas y legítimas, son otros tantos *momentos* del desarrollo de la idea. Si no desenvuelven la idea, no son reales, sino vanas apariencias. Nada es real sino lo que realiza la idea ó está en ella latente ántes de que se realice.

De la amalgama ó combinacion de la doctrina de Hegel con el cristianismo dimana el flamante progresismo cristiano. Veamos cómo éste discurre, poniendo algunos otros ejemplos. Para que del desenvolvimiento de la idea cristiano-hegeliana dimane tambien una arquitectura, ha imaginado no sé qué afinidad misteriosa entre el cristianismo y el estilo gótico. El que la escultura moderna no sea tan bella como la antigua, lo ha explicado igualmente de un modo satisfactorio, poniendo á salvo la susodicha doctrina del desenvolvimiento. Y en cuanto á la pintura, áun le ha sido más fácil la explicacion. En primer lugar, no ha hecho caso de la pintura cristiana, bizantina ó rusa, que es detestable, ni de la pintura de la Edad Media, que era bárbara, y sólo ha llamado pintura cristiana á la que empezó á florecer en la época del Renacimiento con el estudio de lo antiguo; y en segundo lugar, como ni de Apéles, ni de Polignoto, ni de Timágoras, ni de tantos otros valientes artistas griegos se conoce obra alguna, hemos supuesto gratuitamente que son mejores

las de los modernos. Así queda demostrado que Nuestro Señor Jesucristo vino tambien al mundo á enseñarnos á pintar, aunque su enseñanza pictórica haya permanecido latente y en estado de incubacion por espacio de catorce ó quince siglos.

¿Habrá permanecido tambien latente y en estado de incubacion lo que se llama ahora *cristianismo social*, hasta que por los años de 1789 salió gloriosamente del seno de la revolucion francesa? ¿Habrá el cristianismo moral y religioso desenvuelto y preparado á las sociedades para que éstas saquen, al fin, á la luz del mundo ese otro cristianismo nuevo que ahora se proclama? Todavía tenemos que decir esta vez, aunque apuremos la paciencia de nuestros lectores, que es fuerza tocar esta cuestion en un artículo aparte.

IV.

De cuanto va dicho en estos artículos, á los cuales ha dado motivo el elegantísimo y elocuentísimo del Sr. Castelar, publicado en *La Discusion* del 24 del último Diciembre, no puede ni debe deducirse que el cristianismo no haya renovado el mundo, que no haya transformado y mejorado la sociedad, que no haya hecho del matri-

monio un sacramento, que no haya declarado hermanos á todos los hombres, y que no haya consagrado como virtudes la fe, la caridad y la esperanza. Ni yo niego ni ignoro todo esto, porque ni niego ni ignoro el catecismo. Lo que ignoro ó niego es que el cristianismo, en el sentido estricto y determinado de la palabra, sea una doctrina política y social. Si esto concediera yo, y si esto entendiera, me haria inmediatamente defensor de la teocracia. De otro modo procederia con poca lógica. Pero justamente porque el cristianismo es doctrina moral y religiosa, y no lo es social y política, se ha establecido la division de los poderes espiritual y temporal que el Sr. Castelar menciona en su artículo, aunque para el señor Castelar es prueba contraproducente. Bueno será advertir, sin embargo, que áun están confundidos ambos poderes, espiritual y temporal, en no pocos Estados cristianos; y que donde el poder espiritual gobierna *temporalmente*, están los pueblos muy mal gobernados; y que donde el poder temporal se atribuye el gobierno de la Iglesia, la Iglesia está muy poco floreciente en ciencia y en virtudes. Así acontece en el Imperio ruso, donde preside *al santo sínodo permanente* un general de caballería.

Nueva demostracion de lo que dejamos expuesto es que, si bien se dice que hay política cristia-

na, y hasta se puede decir que hay asimismo economía social cristiana, esto se entiende sólo porque los autores, que de tales ciencias escribieron eran cristianos y procuraron no apartarse de la verdad católica y de la moral de Nuestro Señor Jesucristo, y no porque dichas ciencias dimanasen legítima é inmediatamente de aquella moral y de aquel dogma. Por lo cual puede darse una política ó una economía que, siendo cristiana, sea falsa; y, por el contrario, una política ó una economía que sea verdadera, al ménos en los pormenores de aplicacion, aunque no sea cristiana, por no serlo el sabio que la escribió y dispuso. Donoso Cortés, De Maistre y Bonald son cristianos, aunque absolutistas: cristianos, aunque liberales, son ó han sido Gioberti, Rosmini y el P. Ventura; y cristianos, aunque socialistas, fueron Campanella y Tomás Moro, en *La Ciudad del Sol* y *La Utopia*. No por eso el cristianismo santifica y sostiene todas estas opuestas doctrinas y formas políticas y sociales. El cristianismo está por cima de ellas, y todas caben holgadamente dentro del cristianismo, siempre que guarden y cumplan los preceptos morales y religiosos. No tiene fuerza, por consiguiente, el argumento del señor Castelar de que *el cristianismo no puede ser de peor condicion que todas las religiones antiguas, las cuales han engendrado su forma políti-*

ca y social. Precisamente por ser las religiones antiguas de peor condicion, engendraban en apariencia esa forma. Mas no era la forma la que se ajustaba, y entraba, y se inscribia en aquellas religiones falsas y de mera invencion humana, sino las religiones las que se amoldaban y vaciaban en la forma social y política. No eran Mitras, ni Júpiter Capitolino los que hacian al hombre á su imágen y semejanza, sino el hombre el que hacia á su imágen y semejanza á los dioses. No era este *antropomorfismo* exterior solamente, sino íntimo y profundo. No era el dios de las religiones falsas el que se ponia por modelo á la humanidad, sino la humanidad la que se *objetivaba* y trasfiguraba, y se ponia por modelo de sí propia, con todos sus vicios, aspiraciones y virtudes idealizados. De esto nacia que al adelantar, ó al trasformarse, ó al perecer una civilizacion, ó la religion perecia, ó adelantaba y se trasformaba con ella; mas el cristianismo permanece inmudable, aunque se transforme la civilizacion, y la sociedad progrese ó muera.

Á más de lo mudable y progresivo, habia tambien en las religiones antiguas, y esto no puede negarse, ciertos principios permanentes y eternos, tal vez hallados con la sola luz de la razon natural, ó más bien restos de la revelacion primitiva. Pero estos principios eran idénticos donde quiera

que existian, y en manera alguna condenaban ni favorecian la forma política y social de cada pueblo; ántes bien eran lazo de union y fundamento de la moral entre todos. Por eso dijo Ciceron *que, quitada la piedad para con los dioses, se quita la fidelidad y la conjuncion del género humano y la excelentísima virtud de la justicia.* Platon, Jenofonte, Isócrates y otra multitud de autores gentiles han dicho lo propio, conviniendo la mayor parte de ellos en la unidad de Dios, y sintiendo tan alta y dignamente de la Providencia divina, que se puede decir con Minucio Félix, que en este punto, *aut christianos nunc esse philosophos, aut philosophos fuisse jam tunc christianos.* «Dios es uno, dice Pitágoras: y no existe, como algunos creen, fuera del mundo, sino dentro del mundo todo, en todo el círculo, observando todas las generaciones. Dios es el motor de todos los siglos, el autor de sus prodigios y de sus obras, el principio de todas las cosas, la luz del cielo, el padre, la mente, el alma del universo, el movimiento de todas las esferas.»

Estas y otras semejantes doctrinas eran, aunque religiosas, propias de los filósofos. La religion, por el contrario, era política. Cada tribu ó casta tuvo en el principio su Dios. Se reunieron las tribus para formar la ciudad, y se reunieron los dioses de las tribus. Se reunieron muchas ciu-

dades para formar un grande Imperio, y en el panteon imperial se reunieron asimismo los dioses de todas las ciudades. El Dios desconocido estaba por cima de todos estos dioses *políticos*. Era el Dios *humano*, entónces solamente adorado de los sabios.

Las religiones antiguas eran profundamente políticas; eran la esencia del ser de cada pueblo. Lo último que abandonaba á un pueblo eran sus dioses. El pueblo conquistador adoptaba los dioses del conquistado. La religion sostenia de esta suerte las repúblicas; pero impedia el progreso de la humanidad, haciéndose política, é *informándose*, por decirlo así, en la constitucion íntima del Estado. Para dilatar, para adelantar, para mejorar esta constitucion, era menester, por consiguiente, ponerse en lucha abierta con los dioses. Era menester cambiar los dioses ántes de cambiarla. Por esta oposicion *divina* era más lento el progreso en las sociedades antiguas. Por esta oposicion *divina* el progreso se realizaba en las esferas de la especulacion, y no en lo práctico de la vida y de las instituciones, que la religion habia invadido y petrificado. Pero vino el cristianismo, que no es doctrina política ni social, y fué por lo mismo, y es, y será, si no causa, ocasion de progreso. En todo aquello que, como doctrina moral y religiosa, consagró y reveló el cristianismo, no

cabe ya progreso alguno; pero en lo que no consagró ni reveló, se ejerce y seguirá ejerciéndose la ingenuidad humana, sin temor de luchar con Dios, que no se opone, como los dioses, á su progreso, aunque tambien sin invocar su nombre para autorizar un progreso, que acaso no lo sea.

De aquí puede deducir fácilmente el Sr. Castelar que convenimos con él en que Symmaco, como patriota, tenía razon en volver á levantar los altares de las divinidades falsas. La sociedad antigua, que él queria conservar, estaba fundada sobre aquellos altares. Pero tambien habrá de convenir el Sr. Castelar en que soy yo más liberal y más progresista que los liberales y progresistas neocatólicos: porque, no colocando yo ni fundando la sociedad moderna sobre los altares de nuestra religion verdadera, les dejo libre el campo para que la cambien, trastruequen ó renueven, sin ponerlos en oposicion con Dios, á no ser que falten á la moral cristiana, ó desconozcan la verdad católica, lo cual no es de temer del Sr. Castelar, que es tan piadoso y honrado. Pero de decir yo: cambiad la sociedad, que si es conveniente el cambio, yo le aprobaré y aplaudiré; á decir: cambiadla, porque el cristianismo quiere estos cambios, los manda, y no se realiza de otro modo, hay una notabilísima y gravísima diferencia, que es la que espero haber hecho notar á mis lectores.

Antes de pasar adelante debo advertir aquí que Symmaco tuvo tambien otro motivo ó pretexto para restablecer el culto de sus falsos dioses, y era que, creyéndolos, ó fingiendo que los creia verdaderos, reconocia su particular providencia. *Di multa neglecti*, dice, *dederunt Hesperiæ mala luctuosa*. En lo cual el Sr. Castelar y yo, como buenos cristianos, y tratándose de nuestra santa religion, hemos de estar más que de acuerdo con aquel ilustre patricio, sin que altere en lo más mínimo el estado de nuestra cuestion la creencia que ambos tenemos de que conviene dar culto á la divinidad para hacérnosla propicia.

Hay otro punto y otro texto que cita tambien el Sr. Castelar en contra mia; pero que bien examinados no se oponen en manera alguna á cuanto llevo expuesto; ántes lo afirman. «El dogma, dice el Sr. Castelar, en cuanto divino, es eterno, en cuanto eterno, absoluto; en cuanto absoluto, no admite progreso. Tal es el sentir de la Iglesia. Pero el dogma, *al sujetarse á las condiciones históricas de todas las ideas*, al ser mejor comprendido en un siglo que en otro, se puede asegurar que en cierto sentido, sin embargo, progresa. No soy yo quien dice esto; lo dice Bossuet, á quien el mundo ha llamado el último Padre de la Iglesia. *Por ser constante y eterna la verdad católica*, dice, *no deja de tener tambien su pro-*

greso, que es conocida en un lugar más que en otro, en un tiempo más que en otro; más clara, más distinta, más universalmente.» Pero el señor Castelar no notó que el dogma, hablando severa y lógicamente, no puede ni debe *someterse á las condiciones históricas de todas las ideas.* Llamemos si se quiere *idea* al dogma; pero llamémosle *idea excepcional.* La razon es la primera que decide y debe decidir soberanamente de todas las ideas. Para decidir acerca del dogma está siempre la autoridad muy por cima de la razon. *In reliquis disciplinis omnibus primum locum ratio teneat, postremum auctoritas; theologia tamen una est, in qua non tam rationis in disputando, quam auctoritatis momenta quærenda sunt*, como dice Melchor Cano.

Esto no obsta con todo para que en teología, por lo que esta ciencia tiene de humano, que es el discurso de que nos valemos para aprenderla, haya ó pueda haber progreso; mas tambien hay decadencia, y más que decadencia extravío, siempre que la razon, alzándose del humilde lugar que le corresponde, desconoce las siete autoridades que están por cima de ella. No ha de concederse, por lo tanto, que la teología pueda equipararse á las demas disciplinas, ni que progrese á la manera que pueden progresar las demas. Creemos tambien que las palabras de Bossuet deben entenderse en

este sentido, ó bien debe entenderse, que si la verdad católica es una y eterna, Dios puede dar su gracia y su luz sobrenatural á este ó aquel individuo, á esta ó á estotra nacion, ahora ó ántes ó despues, para que más clara, más distinta, más universalmente conozcan lo que tuvo á bien revelarnos. Lo cual sería absurdo que lo sujetasen los modernos filósofos á una ley progresiva.

Tambien se diferencia la ciencia teológica de las otras en que es más trascendental y espantoso el extraviarse en ella, que el extraviarse en cualquier otra ciencia ó disciplina. Nada peor que la corrupcion de lo excelente. Nada más terrible que la herejía y los herejes. De ellos dice el apóstol San Juan: *Antichristi facti sunt; ex nobis exierunt, sed non erant ex nobis; nam si fuissent ex nobis, mansissent utique nobiscum.* Los herejes no son, por lo tanto, cristianos, y ántes bien deben llamarse anticristianos. Y así, no es temerario asegurar que los herejes han retardado ó extraviado en todos los siglos la marcha de la civilizacion. Los herejes concurrieron tanto ó más que los bárbaros á la caida de la civilizacion antigua y del Imperio ya cristianizado. Los herejes, tanto ó más que los bárbaros, hicieron horrible y espantosa aquella época. Los herejes llamaron en su auxilio á los bárbaros, y como los donatistas en Africa, y los arrianos en muchas partes de

Europa, les entregaron y vendieron las más civilizadas y florecientes regiones. Por lo demas, ¿qué bárbaros más feroces podia haber que los que tenian por doctrina el asesinar gritando: *alabado sea Dios:* qué bárbaros más bestiales que los que se mutilaban, ó forzaban á los demas hombres á que los matasen: qué bárbaros más estúpidos que los que nada comian sin remordimiento; ni qué bárbaros más obscenos que los que se reunian en conciliábulos secretos para entregarse á los más asquerosos deleites, y vencer la carne por tan extraña manera?

Es necesario, pues, una autoridad permanente é infalible para evitar ó condenar tales errores, y esta autoridad es la santa Iglesia católica, apostólica, romana.

La libertad civil y política, y la más adelantada civilizacion, no bastan á contrarestar estas doctrinas que llevan á los hombres á la demencia; ni la escasez de luces, y el yugo poderoso y enérgico de la autoridad temporal, bastan á extinguirlas.

En uno de los pueblos más libres é inteligentes del mundo, y en el pueblo más atrasado y sumiso de Europa, se dan igualmente, y se renuevan y retoñan las absurdas herejías de que acabamos de hablar al presente. Nadie ignora los delirios é inmoralidad de los *mormones* y de los *perfeccionistas* en los Estados-Unidos; y cuantos han estado

en Rusia algun tiempo saben lo trabajado que está aquel Imperio por las sectas más monstruosas. Allí los *flagelantes*, que despues de azotarse, caen rendidos y se revuelven promiscuamente, cometiendo lo que llaman el *pecado de la caida*. Allí los que adoran á un hermoso jóven desnudo, á quien llaman *verbo divino*. Allí los que imitan á Orígenes, y forman congregacion de millares de hombres como los antiguos *valesianos*. Allí los que renuncian al noble dón de la palabra, y no hay quien logre hacerlos hablar, ni áun en medio de los más rudos tormentos. Allí, en fin, otras muchas sectas no ménos feroces, ridículas ó groseras. Si todo esto concurre á la civilizacion y al progreso, menester es una inteligencia muy sutil é ingeniosa para explicar cómo concurre.

La que sí concurre, verdadera y eficazmente, es la Santa Iglesia católica, apostólica, romana, dentro de la cual reducimos y limitamos lo que hasta ahora hemos llamado vagamente cristianismo; pero esta autoridad concurre al progreso, no dando reglas infalibles sobre lo político y social, sino atendiendo á que el dogma no se corrompa, y á que las costumbres no se relajen, y en lo demas dejando libre al ingenio humano para que descubra, averigüe, invente, mejore y perfeccione cuanto pueda y quiera.

Sobre estos puntos de la moral y de la fe debe

velar y tiene jurisdiccion la Iglesia. Contra ella no prevalecerán las puertas del infierno, y con ella estará el Espíritu Santo hasta la consumacion de los siglos. Pero en cuanto al poder político que la Iglesia se atribuyó y tuvo en otro tiempo, y que áun en el dia puede atribuirse, ni el Espíritu Santo la ilumina, ni es infalible la Iglesia. En la Edad Media los Papas, los prelados y el clero eran los más sabios, no sólo en las cosas espirituales, sino en las temporales tambien, y por eso fué entónces legítimo y provechoso su poder político. En el dia tal vez no lo sea, y tal vez por eso todos los liberales y progresistas aborrezcan la teocracia. Mas no porque hayamos despojado á la Iglesia de su poder temporal, hemos de despojarla asimismo del espiritual, y, manejándole á nuestro antojo, servirnos de él para nuestros fines temporales. Esta sería entre todas las herejías la más espantosa. Sería imaginar que nos llevábamos al Espíritu Santo á los clubs y á las redacciones de los periódicos. Y no porque mucha parte del clero trate de conservar aún antiguos privilegios y su influencia ó poder político, sirviéndose malamente de la religion para conservarlos; ni porque muchos legos y seglares, aconsejados, más por el propio interes que por la piedad, traten de apoyar en la religion el absolutismo y mil rancios abusos, podemos nosotros tener excusa ó

motivo para apoyar en la religion, como por vía de represalias, nuestras opiniones democráticas, malas ó buenas, y el *progreso*, tal como nos plazca entenderle. A mi ver, es tan de lamentar el que haya neocatólicos y teocráticos absolutistas, como el que los haya demócratas, hegelianos y *humanitarios*.

Por estas consideraciones, y reconociendo yo en el señor Castelar un entendimiento elevado, buena fe, entusiasmo sincero, no comun erudicion, y, en suma, las buenas prendas todas que constituyen á un orador eminente; y temiendo al propio tiempo que caiga en el deplorable error del neocatolicismo democrático, he escrito estos artículos, que, si algun mérito tienen, es la sinceridad y recta intencion, y el afecto con que están escritos hácia la persona que ha sido ocasion de ellos. Yo no repugno que el Sr. Castelar sea demócrata, liberal, progresista y católico ferviente, todo á la vez: ántes lo aplaudo y me complazco en ello. Lo que sí repugno es que haga ó propenda á hacer una síntesis ó combinacion peligrosa de todas estas doctrinas, sosteniéndolas todas, ó haciéndolas dimanar de la santa doctrina de Nuestro Señor Jesucristo. Lo que sí repugno es que el Sr. Castelar pueda ser tenido por discípulo de Lamennais, de Huet, de Bordas-Desmoulins, de Bouchez ó de Mazzini. Estos son los más famosos

apóstoles de lo que apellidan ahora cristianismo ó catolicismo social y *humanitario*, y que yo nombro, y toda persona juiciosa nombrará conmigo, la más temerosa y disolvente de las herejías. Mazzini fué quien acabó de dar á esta doctrina una forma popular y completa. Tanto él como Bouchez habian ya borrado de las tres palabras de la bandera republicana, *libertad*, *igualdad* y *fraternidad*, la palabra libertad, sustituyéndola con la palabra *devocion*, que se avenia más con el espíritu cristiano y con las miras políticas de ambos. Por último, en 1850, cuando ya la revolucion habia sido vencida, escribió Mazzini un maravilloso discurso para confortar á sus correligionarios, y en él, con elocuencia y fuego dignos de mejor causa, expone las doctrinas del cristianismo humanitario. Hé aquí un párrafo de este discurso, y dígase en que se parece esto al verdadero cristianismo que hemos profesado hasta ahora.

«Hemos caido como partido político, volvámonos á levantar como partido religioso. El elemento religioso es universal é indestructible; está en todo, y en todas partes; generaliza y enlaza, y toda gran revolucion lleva su sello. El elemento religioso brilla en el comienzo ó en el fin de toda revolucion, y bendice sus primeros movimientos, ó santifica sus últimos resultados. De él nace la asociacion; de él la síntesis que la

formula; de él el mundo, que no puede regenerarse sino por la síntesis. Iniciadores de un nuevo mundo, sepamos comprender sus destinos. En ellos está escrita nuestra mision, mision grande y hermosa: grande como el mundo, hermosa como la verdad. Porque debemos construir la unidad moral; porque debemos fundar el catolicismo humanitario. Vamos á descubrirlos con la santa promesa de Cristo en la mano. Busquemos el nuevo Evangelio, del cual, poco tiempo ántes de morir, nos legó Cristo la inmortal esperanza, el nuevo Evangelio, desarrollo del primero, que no es sino el gérmen primitivo, como el hombre es el gérmen de la humanidad. Saludemos con Lessing ese porvenir inmenso, cuya palanca partirá de su punto de apoyo, la patria, para conmover el mundo, que es su término; época gigante en la cual el eje del universo terrestre irá de Dios hasta la humanidad. Por el camino que cincuenta generaciones de mártires han sembrado con sus santos cadáveres, mártires nosotros, y prontos á morir como ellos, marchemos hácia el pacto de los pueblos, que formularán los pueblos mismos cuando llegue la hora de Dios, cuando todos acudan á confirmar de comun acuerdo su obra en lo pasado, su mision en el porvenir, la mision que cada uno de ellos representa en la asociacion general, un Dios

para todos, una ley para todos. Trabajemos para sentar los cimientos de este pacto, manifestacion sublime del espíritu religioso; trabajemos en apresurar el instante decisivo del levantamiento de los pueblos: entónces la revolucion convocará la convencion grande, verdadero concilio general, cuyo primer acto será un acto de fe. Seamos, pues, hombres de fe. Sea nuestra guerra una santa cruzada. Resplandezca Dios sobre nuestra bandera, como resplandece sobre nuestros destinos. Reanudemos nuestras síntesis parciales á la gran síntesis; que por cima de todas las ruinas del mundo antiguo se levante un terreno sagrado sobre el cual puedan los pueblos quemar el incienso de la reconciliacion; y si alguno se atreve á preguntarnos: *¿De dónde venís? ¿En nombre de quién predicais?* Sepamos contestarle: *Venimos en nombre de Dios y de la humanidad.*»

¿Quién más que yo, que soy entusiasta y algo poeta, podrá admirarse de este discurso como obra de arte? ¿Quién como yo, si hiciese abstraccion del fin, que es diabólico, calificaria con más sinceridad esa elocuencia de divina? Pero ¿quién, por entusiasta que sea, podrá unimismar la doctrina de Mazzini con la del verdadero catolicismo? ¿Quién no ve en Mazzini á un espantoso pseudo-profeta? ¿Quién no conoce su perversa intencion

de prestar á las pasiones políticas todo el encono, todo el fanatismo, toda la acritud irreconciliable (á pesar de la reconciliacion que nos ofrece sobre las ruinas), y toda la fiereza maniaca de las pasiones religiosas? ¿Cómo, pues, no he de censurar yo, que tan alto aprecio hago del Sr. Castelar, que se incline un poco hácia las doctrinas de Mazzini? Sea el Sr. Castelar verdadero católico, y sea demócrata racional y no místico, y entónces le aplaudiré y le celebraré por católico y por demócrata al mismo tiempo. De todos modos, y á pesar del atrevimiento con que me he adelantado á censurarle, bien sabe el Sr. Castelar que soy uno de sus muchos admiradores y mejores amigos.

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

DEL

ROMANTICISMO EN ESPAÑA,

Y DE ESPRONCEDA.

I.

Estudios de erudicion no falta hoy quien los haga en España, sobre cosas de España; pero miéntras que la historia y la literatura nacional se cultivan con buen éxito, áun se nota entre nosotros, fuerza es decirlo, un lastimoso y muy notable atraso en otras ciencias y doctrinas. Nuestros sabios y nuestros periodistas apénas hacen más que imitar, copiar y traducir las ideas de los libros franceses; y alimentados y criados en la leccion y consideracion de estos libros, toman, sin querer, hasta su lenguaje, desvirtuando la her-

mosura y empañando el esplendor del nuestro. Y no queremos dar á entender que no haya en España profundos economistas, matemáticos sutiles y entendidos, médicos doctos, y políticos de altas miras y despejado ingenio; sino que áun no tenemos autonomía y movimiento propio: esto es, una política española, una escuela filosófica española, un sistema científico cualquiera que se pueda llamar nacido en España. Solos dos hombres gloriosos, muertos por desgracia temprano, y de cuya fama *adhuc sub judice lis est* (porque acaso la envidia sea como el amor, más fuerte que la muerte); sólo dos hombres gloriosos, Valdegamas y Balmes, han intentado dogmatizar sin apoyarse servilmente en una autoridad extranjera. Sus libros han recorrido en triunfo la Europa. Lo que por sí solo probaria, aunque no hubiese otras pruebas, que ni de la inspiracion filosófica, ni de la inteligencia de los asuntos elevados, ni de la voluntad perseverante y firme en la meditacion, carecemos los españoles; y que aquella esterilidad ó pereza nuestra de que ya nos acusaba Scalígero, diciendo *aliqui Lusitani docti, pauci Hispani*, proviene de otras causas; las mismas, sin duda, que dan orígen á nuestro atraso en la industria, en el comercio y en la agricultura; atraso que más que ninguna otra cosa, por ser tan grosero y materialista el siglo en que vivimos, nos echan

en cara las naciones extrañas, sin considerar que áun somos ricos de más perfecta riqueza; la cual, aunque ofuscada y oculta, todavía está en nosotros, y ha de salir con el tiempo á dar luz y brillo. Porque á pesar de las discordias civiles y de las malas pasiones que han tomado cuerpo y vigor entre los que tratan de gobernarnos, la antigua virtud renace, y las aspiraciones sublimes se despiertan; y ya que no puedan realizarse en el mundo, adquieren forma y vida fantástica en la poesía.

Por eso hay una poesía española y poetas españoles con sér propio y no hijos de los extranjeros, como el filósofo español, que es hijo de Kant ó de Cousin, y el economista español que nos traduce y copia á Say ó á Bastiat. Sabido es que en las ciencias no se puede, como en poesía, fantasear ni inventar contínuamente; pero tambien sabemos que, cuando no se hace sino repetir, casi no hay objeto ni motivo para escribir libros, en que sólo la frase, si acaso, sea nueva. Y en muchas ciencias y doctrinas, repito, que no somos en el dia sino meros imitadores y copistas. Lo contrario sucede en la poesía; porque despues de haber dejado, por una feliz revolucion literaria, la senda fatal de imitacion de los clásicos franceses, y despues de haber renegado del Apolo de peluquin con polvos que tenía por Dios, volvió á to-

mar en el romance y en el drama sus antiguas y originales formas, y dió frutos sabrosísimos y preciosos.

El romance es nuestra poesía indígena, nacida entre nosotros, sin que nada le deba á la poesía griega, ni á la latina, ni á la italiana, ni á la francesa, que sucesiva ó simultáneamente han imitado, y siguen imitando los poetas académicos. Y del romance, de esa poesía popular, ha nacido nuestro teatro, el más rico, el más vário y el más sublime del mundo.

El romance es nuestra poesía, ó por lo ménos el gérmen de nuestra verdadera poesía: y cuando ésta decae y no muere, es porque en el romance se conserva viva, y el vulgo la sigue cantando en las ciudades, y los rústicos en las aldeas y despoblados; y ya la cantan en coplas, ya en jácaras, ya relatando historias tan picantes como la de Gerineldos; ó tan tiernas y delicadas como la de aquella condesa que va peregrinando en busca de su esposo. Lo que Iriarte decia irónicamente al oir cantar al ciego, *aun hay en España poesía*, yo lo hubiera dicho de buena fe, si hubiese vivido en su tiempo. En los de decadencia y mal gusto se ve á los poetas olvidar sus extravagancias y ser grandes, ó por lo ménos ingeniosos, cuando escriben romances ó cosa parecida. Góngora, prevaricador del buen gusto, detestable en las *Soledades*

y en el *Polifemo* y mediano poeta en sus canciones endecasílabas, como, por ejemplo, en la de la Armada invencible, es discretísimo, ameno, amoroso y divertido en los romances.

Los españoles há tiempo que no somos devotos de la docta antigüedad. Poco nos ha molestado y corrompido el gusano roedor del abate Gaume. Saber griego entre nosotros era un prodigio, y saber latin punto ménos, pues el poco que se aprendia en las escuelas se procuraba olvidar en seguida. Hay, sin embargo, regulares traducciones de algunos clásicos; pero nadie las lee, ó ya porque están hechas por eruditos las más, y poquísimas por poetas, ó ya porque al pueblo no le divierten los griegos y los romanos. Á los españoles, á pesar de las sátiras, de los preceptos, y de los ejemplos de D. Leandro Moratin, nos han gustado y nos gustan más las comedias de capa y espada que las de Terencio y Molière; y los romances y las coplas más que las odas. Añádanse á esto las frialdades insulsas de Vénus y de Cupidillo, que de la corta inteligencia de los clásicos y del vano deseo de imitarlos sacaban nuestros poetas académicos la compresion intelectual en que viviamos y la pobre y rastrera filosofía francesa del siglo pasado, que los liberales oponian al fanatismo de los frailes y al despotismo del gobierno, y se comprenderá la situacion de ánimo

en que nos sorprendieron de consuno la muerte del rey, la guerra civil, la vuelta de los emigrados, la nueva aurora de libertad, la revolucion política, y la literaria del romanticismo. Las ideas tomaron nuevo giro; se pudo hablar y escribir; se entendió mejor lo que pasaba en el mundo y el adelanto de las otras naciones; deseamos alcanzarlas en su movimiento progresivo, y en literatura pensamos abrir nueva senda más original y más ancha. La secta de los románticos, que vino de Francia, como vienen todas las modas, se amoldó perfectamente á nuestras inclinaciones y carácter, y se hizo tan española como si hubiera nacido en España; porque si la palabra romanticismo quiere decir algo, no hay país más romántico que el nuestro. Con todo, el romanticismo tuvo al principio mucho de ridículo, de pueril y de exagerado; y á pesar de los grandes poetas que siguieron la nueva secta, hicieron de ella los clásicos mil burlas merecidas. Pero de la misma contienda nació poco á poco una filosofía del arte más perfecta y comprensiva; las distinciones desaparecieron, y se llegó á entender que de lo bello y de lo feo, de lo ingenioso y de lo rudo, es de lo que se debe ocupar el crítico, para admirarse de lo que naturalmente es hermoso, y desechar y condenar lo que, por moda ó convencion, suele, en un momento dado, parecer bello al vulgo.

El romanticismo, por lo tanto, no se ha de considerar, hoy dia, como secta militante, sino como cosa pasada y perteneciente á la historia. El romanticismo ha sido una revolucion, y sólo los efectos de ella podian ser estables. Entre nosotros vino á libertar á los poetas del yugo ridículo de los preceptistas franceses y á separarlos de la imitacion superficial y mal entendida de los clásicos, y lo consiguió. Las demas ideas y principios del romanticismo fueron exageraciones revolucionarias que pasaron con la revolucion, y de las cuales, áun durante la revolucion misma, se salvaron los hombres de buen gusto.

El romanticismo que veinte años há apareció, ó si se quiere resucitó entre nosotros, habia aparecido en Alemania durante las guerras contra Napoleon, no sólo como secta literaria sino como doctrina filosófica y patriótica, que sacaba la Edad Media de su sepulcro y que armaba á sus guerreros católicos contra el pagano Emperador de Francia. Nosotros, que no teniamos necesidad de evocar espectros para luchar con Napoleon, y que conservábamos vivas en el alma las ideas patrióticas, conservamos asimismo, en medio de aquel levantamiento contra los franceses, un respeto ciego por sus preceptos literarios, y hasta un amor decidido y un anhelo particular de seguir en todo sus ideas filosóficas. Así es que Quintana,

el gran poeta lírico, es el poeta más pagano que ha habido en España; y aunque por el sentimiento es sublime, las ideas que populariza son las más vulgares de la filosofía francesa del siglo pasado.

Cuando por medio de los franceses, y con las obras de Chateaubriand, Víctor Hugo y Madame Stael, llegó á nosotros el romanticismo, llegó combinado con tan nuevas ideas, que los dos Schlegel que le proclamaron en Alemania no le hubieran ya reconocido. Los franceses le habian añadido mucho de su propia cosecha, y habian tomado por romántico cuanto era aleman, aunque no fuese romántico, ni por tal pasase en Alemania. Nosotros hicimos lo mismo; y, como los franceses, añadimos á estos elementos del romanticismo, no sólo cuanto nos pareció romántico en nuestro propio país, que no fué poco, sino otro romanticismo venido de un país diferente, y que por sí solo imprimió un carácter singular á la nueva literatura. Hablo de las obras de lord Byron, ingenio poderoso y originalísimo, y de las de Walter Scott, no ménos original, aunque no tan grande. Nos pintaba el primero las cosas presentes con el hastío de la vida, las tinieblas de la duda, los ayes de la desesperacion ó la risa del sarcasmo, y Walter Scott las cosas pasadas con una verdadera y maravillosa segunda vista, y con

los colores más brillantes y poéticos, aunque con una prolijidad á veces enojosa.

Los trastornos y revueltas por que hemos pasado, y lo extraordinario y nuevo de muchas cosas presentes, han despertado en los hombres gran vigor y agudeza de comprension para las remotas, así en el tiempo como en el espacio; y de aquí nace (á par de las relaciones de viaje y de las historias *ad narrandum non ad probandum*, en las cuales no se omite menudencia alguna por microscópica que sea), ese amor y cuidado con que se procura conservar en el dia, en toda obra de arte, lo que llaman color local. Verdad es que este color suele ser falso, y en tratándose de la Edad Media lúgubre en demasía. Muchos poetas góticos huelen á cementerio; y lo que es más, tienen una extraña predileccion por lo deforme y por lo feo ideal. Afirman algunos impíos alemanes que esto proviene de que el cristianismo les *diabolizó* la naturaleza, que ellos habian divinizado; pero si verdaderamente la divinizaron cuando eran gentiles, fué tan sin ninguna gentileza y con tanta barbarie, que á poca costa se les volvian diablos los dioses, aunque ántes no lo fuesen. No así Vénus, Apolo, Minerva, las Musas y las Gracias. Nunca el cristianismo los ha convertido sériamente en Diablos; y si han dejado de ser dioses, continúan siendo ficciones divinas. Goethe, príncipe de los

poetas de este siglo; Goethe, á quien los románticos españoles y franceses pusieron entre sus maestros, y que en el sentido estricto de la palabra, no puede pasar por romántico, fué pagano, pero del paganismo griego, y no del aleman. Este egregio poeta prestó y añadió una idea peregrina al romanticismo, á saber, la de la poesía trascendental. Así como pensaron sus compatriotas en hallar la ciencia trascendental, así Goethe procuró poner esta ciencia en poesía; y en la poesía, lo creado, lo increado, y el por qué y el cómo de todo ello. Esta fué la última faz con que se presentó entre nosotros el romanticismo. Veamos ahora que carácter y fisonomía tuvo desde luégo.

El romanticismo podia ser católico ferviente, incrédulo y blasfemo, amoroso y blando, terrible y endemoniado, y todo á la vez. El toque para ser romántico consistia principalmente en renegar de las divinidades del Olimpo, en hablar de Jehovah, ó en no hablar de Dios alguno; y en poblar el mundo, no ya de semidioses paganos, sino de ondinas, huríes, brujas, sílfides y hadas ó en dejarle vacío de toda apariencia que no fuese natural y conforme al testimonio de los sentidos.

En cuanto á la forma, los románticos la desatendian, presumiendo de espiritualistas y poniendo la belleza en lo sustancial y recóndito. El poeta no escribia ni debia escribir por arte, sino

por inspiracion; su existencia debia tener algo de excepcional y de extravagante; hasta en el vestido se debia diferenciar el poeta de los demas hombres; y el universo mundo le debia considerar como un apóstol, con mision especial que cumplir en la tierra. Víctima de su mision y de su genio, no comprendido por el vulgo, el poeta debia ser infeliz, debia ser una *planta maldita con frutos de bendicion*. En sus amores debia aspirar el poeta á un ideal de perfeccion que nunca se realizase en el mundo, ni por asomo se hallase en mujer alguna; y sin embargo, amar á una mujer con delirio, imaginando ver en ella á la maga de sus sueños, á la paloma del diluvio y á la rosa de Jericó; mas al cabo debia *palpar la realidad*, conocer lo vulgar del objeto de sus amores, maldecirle y menospreciarle y *llorar sus ilusiones perdidas*, ya blasfemando de Dios y de sus santos, ya echándose á los piés de los altares y entonando plegarias á la Vírgen y á Jesucristo. En fin, ya estuviese enamorado, ya desengañado, ya hastiado, ya fuese incrédulo, ya creyente, todo poeta romántico debia hablarnos siempre de sí mismo. Pero esta manía autobiográfica la disculpo yo y hasta la alabo, pues no sólo proviene de lo reflexivo del siglo en que vivimos y de los sistemas de filosofía que ahora privan, todos ó casi todos psicológicos, sino que es ademas muy cristiana y no desdice de la

humildad evangélica. Un pagano no hablaba de sí mismo sino cuando, despues de haber hecho grandes hechos, tenía razon para creerse un prodigio de ingenio, de valor ó de doctrina; y áun así hablaba poco. Cuando Marco Aurelio escribió, ya el cristianismo estaba en todos los corazones. Á un cristiano, con ser hombre le basta, *magna enim quædam res est homo, factus ad imaginem et similitudinem Dei;* así es, que llena el mundo de sus quejas, tribulaciones y esperanzas. ¿Y por qué no ha llamar á sí la atencion del mundo, cuando llama constantemente la de Dios, y le interesa y enamora hasta el extremo de hacerle tomar carne mortal y morir por amor suyo?

Otra de las ideas capitales de los románticos, presentada de mil maneras diferentes, consecuencia de la agitacion y malestar de los espíritus, y presentimiento del socialismo, era la idealizacion de los hombres patibularios, y la creencia de que sus crímenes se debian imputar á la sociedad mal organizada y á la grandeza de sentimiento de los tales héroes, á quienes esta mezquina sociedad venía estrecha. Pero si los poetas románticos suelen tomar por héroes de sus escritos hombres criminales, no hacen amar á estos hombres por sus crímenes, sino hacen que nos admiremos de las virtudes que, á pesar de los crímenes, hay en ellos. Si éste es un defecto, existen aún más en

la gran poesía clásica, y nunca la poesía moderna tuvo héroes tan tremendos y de tan fieras é indomables pasiones como los de la familia de Atreo, como Medea, y como Mirra. El destino inflexible ó alguna divinidad malévola los impulsaba al crímen. El héroe romántico es libremente criminal, y justiciable del crímen que comete. En nombre de la ley moral se le puede condenar, y le condenamos. Su única excusa, esto es, el único motivo porque le compadecemos, es porque alguna virtud muy alta mal dirigida, ó alguna idea grande mal interpretada, ó alguna pasion noble, le extravian. Si entendemos á veces que la sociedad mal organizada es parte en algunas maldades del individuo, como la ley moral está más alta que el organismo social, siempre queda salvo el derecho de imponer una pena en nombre de esta ley, aunque el crímen que se castiga no sea todo del castigado. La sociedad puede ser cómplice, y como la sociedad somos todos, todos solidariamente somos tambien cómplices en aquel delito ; y la perturbacion que causa el crímen en la sociedad, nos sirve de castigo. El médico de su honra, por ejemplo, y Roque, el bandido generoso y valiente, que hace prisionero á D. Quijote, son de los que perdonamos, y cuyos crímenes caen sobre la sociedad y las preocupaciones del siglo en que vivieron. Y no por creer en esta imperfeccion social, y

en la perfectibilidad de la raza humana es nadie socialista. La poesía romántica tiene, á no dudarlo, algo de socialismo; pero de un socialismo más alto, que áun está por venir. La poesía es todo aspiracion y vaticinio. La magia fué ántes de los ferro-carriles, del gas y del magnetismo; Séneca profetizó el descubrimiento de América; Esquilo, en Prometeo, la Redencion, y Virgilio adivinó mucho del sentimiento moral del cristianismo, y hasta el progreso civilizador de Europa, extendiendo por toda la tierra sus costumbres, su poder y su ciencia:

—erit altera quæ vehat Argo
Delectos Heroas: erunt etiam altera bella,
Atque iterum ad Trojam magnus mittetur Achilles.

No pretendo yo negar que haya habido autores que por medio de sus obras poéticas, del teatro y las novelas principalmente, hayan querido propagar ciertas ideas, no ya de un socialismo que está por venir aún como doctrina, sino de ese socialismo que ha amenazado desquiciar la sociedad hace pocos años; pero esto no prueba sino que la poesía, que por sí misma y en sí misma tiene un nobilísimo fin, cual es la creacion de la belleza, puede, á veces, rebajándose y desdorándose, servir de instrumento á otros fines. No negaré tam-

poco el mal gusto de algunos, que buscando solamente para sus dramas argumentos enmarañados y lances estupendos y terribles, los han buscado, ya en las gacetas de los tribunales, ya en las antiguas crónicas, sin dar realce sino á lo feo y lo malo. Pero como lo malo y feo, feo y malo se queda, sin que estos dramaturgos y novelistas puedan ni quieran hacerlo pasar por hermoso y por bueno, aunque los acusemos de prosaismo, porque pintan las cosas como han sido y como son, y no como debieran ser, no me parece, con todo, que los podamos acusar de inmorales. Los hombres que son buenos no se enamoran de la maldad aunque la vean sobre las tablas ó en una novela salir triunfante de la virtud; porque en este mundo, real y positivamente estamos viendo esto muy á menudo sin necesidad de recurrir á ficciones; y los hombres que son malos no aprenden nada que ellos ya no sepan sobre la maldad.

El saber, ensanchando el círculo de nuestras ideas, puede ser causa ocasional de nuevas virtudes, que de aquellas ideas se alimenten y vivan; pero no de nuevos vicios, porque el mal es cosa limitada, y fácilmente se llega con la inteligencia á su último término; y el bien es infinito, y miéntras más campo abarca la inteligencia, más bien descubre á donde llegar con la voluntad. Lo que sí puede dar el saber son los medios para co-

meter la maldad; pero nadie va á buscar estos medios en los libros de entretenimiento.

El verdadero y más notable defecto de los románticos ha sido la verbosidad, que ellos llaman vaguedad; porque la pompa y majestuosa armonía de las palabras no encubre lo vacío de sentido. Nuestra lengua puede expresar los pensamientos con toda la concision deseable, y muchos poetas españoles suelen ser concisos; los romanceros, sobre todo, y los mismos poetas románticos cuando escriben romances. Pero cuando escriben odas ó se dan á filosofar, como á menudo no saben siquiera lo que van á decir, ni entienden lo que dicen, arman una gerigonza y estruendo hueco, que acaso halague los oidos, pero que siempre se resiste á la traduccion en una lengua extranjera, y hasta á una traduccion en prosa y gramatical, hecha en nuestra misma lengua castellana. Muchos poetas románticos, cuando se sienten inspirados, van poniendo palabras unas en pos de otras, sin atender al sentido ni á los preceptos, que encierran con seis llaves, incluso los de la gramática. «No solamente (dice uno de estos poetas, y cuenta que es de los mejores), no solamente encerramos con seis llaves la gramática, sino que procuramos olvidarnos hasta de su existencia.» La gramática, segun él, es un código convencional inspirado por la senectud.

De la aficion á las palabras sonoras nace tambien lo falso, monótono y prolijo de las descripciones, que no están sacadas de la naturaleza misma, sino arregladas con palabras y frases ya usadas, y áun desechadas por otros poetas, y que sirven en todas ocasiones, vengan ó no á propósito: v. gr. *esponjado tulipan*, *ágil y pintado colorin*, *negro capúz*, *lúgubre són*, *fúnebre ciprés*, *flotante tul*, *pliegues del viento y raudo torbellino*.

Otro defecto del romanticismo español es la hipocresía; porque finge la fe que no tiene. Los versos místicos del dia no valen, por lo sentidos, fervorosos y verdaderos, un villancico de los *Pastores de Belen*, de Lope. Compararlos con los versos de Leon, de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz, sería blasfemia.

Falta, por último, á la poesía romántica de España aquella majestad tranquila, y aquel mirar sereno, que áun en los momentos de más grande pasion ostentan y tienden sobre las cosas y las ideas la verdadera poesía clásica y la de Goethe y de Leopardi.

Nuestros poetas románticos han sido y son desaliñados por ignorancia ó por descuido; llorones por moda, ó porque en España no ha habido en mucho tiempo sino motivo de llorar; y muy á menudo, hinchados, palabreros y vacíos de senti-

do. Mas á pesar de todo, yo entiendo que los debemos absolver por la inspiracion y entusiasmo que suele haber en sus poesías; y porque muchos de ellos, que comenzaron á escribir cuando nada sabian, han ido despues aprendiendo y corrigiéndose hasta llegar á un término razonable. Ni faltaron algunos, que, nunca ó rara vez, se apartasen en este razonable término; ya porque tuvieron la dicha de hacer mejores estudios, ó de estudiar algo ántes de echarse á poetas; ó ya porque el claro entendimiento que tenian los alumbraba para que del camino derecho no se apartasen, y la buena voluntad les ponia estímulo para que se instruyesen.

Enumerar aquí uno por uno todos los poetas dignos de memoria, que últimamente ha habido en España, sería demasiado prolijo; y enumerar los malos y ménos que medianos poetas, que han ganado fama, y la popularidad efímera que nace del capricho y del espíritu de partido, sería tan cansada como desagradable tarea. Baste considerar que no quedó ciudad de provincia donde no se estableciese un liceo, ó tertulia literaria con visos de academia; y allí el mayorazgo, el escribiente, el empleadillo y el estudiante, en fin, todo jóven de cualquiera condicion que fuese, y no pocas muchachas, solian tomar los ensueños amorosos y melancólicos de la juventud por estro y vocacion

poética, y se subian á la tribuna, y cantaban coplas de pié quebrado, y versos puntiagudos al empezar y al concluir, y gordos por el medio, y otras novedades más curiosas que entretenidas. Pero al són de este concierto universal, y cuando la furia del romanticismo se paseaba triunfante por toda la Península, descollaron tres ingenios tan altos y tan fecundos, que otros como ellos no habian venido á nuestro suelo, desde que murió Calderon.

II.

El primero de estos tres grandes ingenios es el Duque de Rivas, que abandonando la escuela clásica francesa ántes que el romanticismo pasase á España desde Francia, imaginó un romanticismo español sacado de nuestros romances antiguos; y no imitándolos servilmente, sino tomando de ellos la forma y sabor, en cuanto de su propio estilo no se apartaban ni desconvenian, compuso sus preciosos romances históricos. Escribió tambien várias leyendas, canciones y dramas, y áun continúa escribiendo y coronando sus gloriosos blasones con el no ménos glorioso laurel de poeta.

En todas las obras del Duque se admira prin-

cipalmente la espontánea lozanía de la imaginacion, sin que se descubra el más leve indicio de que ha sido violentada. *El Moro expósito*, leyenda histórica de extraordinaria belleza y grandes dimensiones, parece dictada por el Duque en un solo dia, y escrita por un taquígrafo miéntras que el Duque la dictaba. Y de esta espontaneidad nace, sin duda, que el Duque tenga, más que otro alguno de nuestros poetas modernos, lo que se llama estilo propio. En el Duque el estilo es el hombre, y cuando habla y cuando escribe, siempre el Duque es el mismo; lo cual no acontece, por lo comun, en los demas autores; que ya toman para escribir una manera artificiosa, y totalmente se desvian de la naturaleza, ó ya despojándose de la individualidad propia, se ajustan y ciñen á cierta pauta, y entran á formar parte indistinta de un género cualquiera.

El Duque es más bien un poeta de inspiracion que un poeta reflexivo; pero á veces su inspiracion es tan alta y profunda, que sin quitar á sus obras la frescura de lo instintivo, les presta ideas y pensamientos que parecen hijos de la reflexion más detenida. Y donde esto se ve más claramente es en su admirable drama *Don Alvaro*. El sino ó la mala estrella, es decir, un conjunto de circunstancias fortuitas, ponen á D. Alvaro en ocasion de cometer delitos que su mismo honor le manda

que cometa, sin que por eso su voluntad se tuerza é incline al mal. Antes al contrario, los lectores todos y los espectadores del drama hallan en su conciencia, que D. Alvaro no hace mal en matar á sus enemigos y en matarse despues; y no sólo le absuelven, sino que le condenarian si no se matára. Si D. Alvaro, con las manos llenas de la sangre que ha debido derramar y con el recuerdo reciente de la muerte de la mujer amada, se volviese al convento y á sus penitencias, el público le silbaria. Don Alvaro tiene, por consiguiente, que suicidarse; y sin embargo, el Duque no ha pensado en hacer la apología del suicidio, ni en recomendarle en algunas ocasiones; ni tampoco ha pensado en presentarnos el juicio del hombre en contradiccion con el juicio divino.

La concepcion del *Don Alvaro* vale más que la ejecucion; pero hay en este drama pormenores bellísimos. La escena final, sobre todo, es un cuadro terrible, maravillosamente pintado; y las dos escenas del aguaducho y del meson de Hornachuelos, dos cuadros de costumbres, llenos de verdad y del más gracioso colorido.

Se nota, por último, en las obras del Duque, y singularmente en los dramas, aquella elegancia perfectísima, aquella delicada cortesanía, y aquella primorosa compostura, que resplandecen en las damas y galanes de nuestras antiguas comedias,

y que rara vez se descubren en las comedias de ahora; en las cuales, por huir de lo campanudo y culto, se suele caer en el extremo contrario de lo inculto y plebeyo; y se sacan á las tablas duquesas y marquesas, que no hablan sino de perejil y de rábanos y que hacen mil *gaucheries*, cuando presumen de finas.

Zorrilla es otro de los corifeos del romanticismo, y el más fecundo de todos. Poeta de más imaginacion que sentimiento y gusto, es incorrecto y descuidado á veces, y á veces elegante, como por instinto. Florido, pomposo, arrebatado, sublime, vulgar, enérgico y conciso, desleido y verboso, todo lo es sucesivamente, segun la cuerda que toca; pero siempre simpático y nuevo, siempre popular y leido con placer y aplaudido y querido con frenesí de los españoles.

Á par de los mayores defectos, hay en las obras de Zorrilla verdadera hermosura. Si el crítico más severo fuese descartando y condenando al olvido todo lo que Zorrilla ha escrito de incomprensible, de demasiadamente prolijo, de falso y de vulgar, y áun suponiendo que todo esto formase las tres cuartas partes de sus obras, siempre nos quedaria otra cuarta parte, que pondriamos nosotros sobre nuestras cabezas, y que como joyas riquísimas y divino presente de las musas, conservariamos en el Narthecio de la memoria.

Las mismas composiciones de Zorrilla, en que la inspiracion desfallece, en que apénas sabe el poeta lo que quiere decir, ó en que no dice nada sino palabras huecas, tienen tal encanto de armonía y de gracia para los oidos españoles, que nos complacemos en oirlas, y las repetimos embelesados sin meternos á averiguar lo que significan y áun sin suponer que signifiquen algo. El amor de la patria, sus pasadas glorias, sus tradiciones más bellas y fantásticas, y las guerras, desafíos, fiestas y empresas amorosas de moros y cristianos; todo vaga y confusamente se agolpa en nuestra imaginacion cuando leemos los romances, leyendas y dramas de Zorrilla; y todo concurre á dar á su nombre una aureola de gloria que no se ofuscará nunca, aunque la fria razon analice y ponga á la vista mil faltas y lunares.

El otro eminente poeta y corifeo del romanticismo ha sido Espronceda. Espronceda, ménos fecundo que Zorrilla y que el Duque de Rivas, pero más apasionado. Sus versos, cuando son de amores, ó cuando la ambicion ó el orgullo le conmueven, están escritos con sangre del corazon; y nadie negará que este corazon era grande. En él se abrigaban pasiones vehementísimas y sublimes. Espronceda,

> con pensamientos de ángel
> con mezquindades de hombre,

hubiera sido más que Byron, si hubiera nacido dónde y como Byron nació. Espronceda no podia escribir para ganar dinero, alumbrado por una vela de sebo y en una mesa de pino. Como todo hombre de gran ser, que camina por el mundo sin la luz de una esperanza celeste, necesitaba Espronceda vivir, gozar y amar en el mundo; y los deseos no satisfechos pervirtieron y ulceraron su corazon, que era bueno, y el abandono de su juventud y los extravíos consiguientes llenaron su alma de ideas falsas y sacrílegas. Mas á pesar de todo, la bondad nativa, la ternura delicada de su pecho y el culto y la devocion respetuosa con que se inclinaba Espronceda ante lo hermoso y lo justo, y con que adoraba y se confiaba en la amistad y en el amor, brillan en sus acciones como en sus versos.

Dicen los envidiosos que Espronceda no hace sino imitar á Byron. Yo confieso que le imita en algunas digresiones de *El Diablo Mundo*, en el canto del *Pirata*, y en la carta de doña Elvira, de *El Estudiante de Salamanca*, que es casi una traduccion de la de doña Julia. Pero estos envidiosos no comprenden ó no quieren comprender que D. Félix de Montemar no está tomado de Byron y vale tanto ó más que los héroes de Byron; así como doña Elvira vale más que Medora y que Gulnara, cuando va, loca de amor, provocando en

el jardin al traidor que la olvida, y cuando muere de dolor entre los brazos de su madre, bendiciendo aún la mano que la ha herido de muerte.

Doña Elvira es una creacion admirable. ¿Quién no ha soñado con doña Elvira en sus ensueños de amor? Por lo general me parece cierto lo que dice el poeta italiano de que en las frentes estrechas de las mujeres no cabe el concepto del amor,

L'amorosa idea
Che gran parte d'Olimpo in se racchiude

pero cuando esta idea penetra en el alma de la mujer, y la baña con la luz de su gloria, la mujer la acoge y la acaricia, y la alimenta en su corazon, más vivo y más enérgico para el amor que el del hombre. Y estos riquísimos y delicados misterios, nadie mejor que Espronceda los sabe entender y descifrar, porque sólo explica bien el amor el que sabe sentirle é inspirarle.

Doña Elvira es una mujer que vive y ama, y la vemos vivir y amar. En ella nada hay de fantástico sino la grandeza ideal, que debe poner el poeta en todas sus creaciones. Doña Elvira, como todos los personajes de Espronceda, aunque parezca extraña la comparacion, es una potencia que tiene por raíz exacta la verdad. No así los personajes de Zorrilla, en cuya grandeza suele haber

algo de sofístico. Los mismos caractéres ya creados por el vulgo y engrandecidos por otros poetas, no llega á engrandecerlos Zorrilla sino desfigurándolos. Para dar una idea tremenda de don Juan Tenorio le hace apostar en una taberna, como un truhan fanfarron, que matará á setenta ú ochenta hombres, y que seducirá á cien ó doscientas mujeres en un año. De esta laya de idealizadores son aquellos rabinos, que, para ensalzar á Dios, le dan no sé cuantas leguas de corpulencia, como si lo infinito cupiese en el tiempo y en el espacio, y se redujese á número y medida. ¡Cuán diferente del D. Juan Tenorio de Zorrilla es el don Félix de Espronceda. Don Félix es más terrible que D. Juan, y le gana la apuesta y le mata, sin necesidad de poner por cuenta en un papel las mujeres seducidas y los enemigos muertos. Le basta á D. Félix seducir á doña Elvira y matar á su hermano; porque esta mujer y este enemigo valen por un millon de los que apuntaba el otro en su lista.

En lo fantástico del cuento del Estudiante hay ademas una tan prodigiosa fuerza de imaginacion, y una melancolía tan profunda y lastimera, que en vano se buscará más superioridad en la una, y más hondo sentimiento en la otra, ni en el Manfredo, ni en el Lara, ni en la Novia de Abydos, ni en el Giáour.

En los versos en que habla Espronceda de sus amores, de su desesperacion y de sus desengaños, cada palabra es una lágrima ; y toda aquella melodía interior é inefable del espíritu,

— Memoria
Acaso triste de un perdido cielo,
Quizá esperanza de futura gloria,

se deja oir al traves de lo armónico de su diccion poética ; la cual, salvo pocos lunares, es perfectísima y como de hombre que entiende la hermosura. Sirvan de ejemplo, y de objeto de admiracion, á quien los lea ó recuerde, el canto á Teresa, y los versos á Jarifa.

En fin, Espronceda, verdadera encarnacion del romanticismo, en cuyo genio excéntrico, y en cuyas pasiones tempestuosas nada habia de adaptado sólo á la poesía, sino que todo en su vida real se mostraba vivamente, murió de muerte temprana, víctima acaso de sus desórdenes.

Nos dejó Espronceda un poema no acabado, cuyo título es *El Diablo Mundo*, en el cual, á la manera, ó por más alta manera que Goethe en el *Fausto*, pensaba el poeta encerrar y explicar todo lo creado é increado, y legar á la posteridad un monumento más grande que *La Ilíada* y que *La Divina Comedia*. Esta pretension de escribir un vasto poema humanitario, la han tenido muchos

en nuestro siglo ; y así en España como en el Extranjero, la han tenido en vano ; pero los que, cómo Espronceda, no sólo tuvieron esta pretension, sino que fueron dignos de tenerla, merecen que se diga de ellos lo del filósofo : *Yo amo á aquél que desea lo imposible.*

Imposible es el propósito de Espronceda ; y por eso *El Diablo Mundo* forma un conjunto monstruoso, si bien, por lo mucho que el poeta valía, el poema es bellísimo mirado por partes. Desgraciadamente no es Espronceda el único que ha querido escribir de esos poemas magnos. Otros mil poetas menores, descontentos ya de ser hombres de los que pasan por ingeniosos y discretos, y no contentos áun con ser apóstoles, y tener mision especial, se han convertido en genios y númenes, y han deseado producir su verbo, y encerrar en él todos los seres, como en el huevo de la Noche. De aquí proviene un nuevo linaje de romanticismo científico-nebuloso, digno de reprobacion.

III.

Miéntras más se dilata el círculo de nuestras ideas, más difícil es abarcarlas todas en una. El cristianismo, más grande que el paganismo, no

ha tenido un poema que sea más grande que el de Homero. Hubo un tiempo en que el poema católico (digo católico en toda la extension de la palabra) pudo nacer. Este tiempo pasó, y no volverá nunca. Hubo un tiempo en que la teología imperó sobre el mundo con imperio absoluto; gobernó lo temporal y lo eterno, y fué grande y maravillosa como de orígen divino. Entónces pudo darse el poema, y no se dió, porque Dante llegó tarde. Marco Polo habia ya viajado por Oriente; Santo Tomás, Scotto, San Buenaventura, San Bernardo, Abelardo, etc., habian escrito; y los judíos, los árabes y los griegos nos habian transmitido la ciencia y la incredulidad antiguas. Lo sublime y vário del argumento no cabe ya en la *Divina Comedia;* y el poeta, sin atreverse á tratarle directamente, le trata de una manera sujetiva, haciéndose el centro del poema, é introduciendo en medio de toda aquella grandeza, sus pequeñeces, miserias, rencores y disgustos; los cuales, si bien nos interesan, porque somos hombres y compadecemos, y porque el poeta es altísimo é interesante, todavía no se ha de negar que disminuyen, si no aniquilan la *comprensibilidad* deseada.

Vino despues el Renacimiento, vino la reforma, y se rompió la unidad. Volvieron los Dioses del Olimpo á luchar con el del Calvario. La razon

empezó á analizar y á desenterrar las antiguas doctrinas. Luégo descubrió nuevas filosofías, y la imprenta, y otros continentes en la tierra, é infinitos espacios en el cielo, y estrellas, y soles, y mundos sin fin. Y engreida, orgullosa y alucinada con esto, rechazó de todas partes la presencia inmediata y enérgica de Dios, y se puso á explicar humanamente las leyes del movimiento, de la vida y de la armonía cósmicas. Á Dios le dejó allá muy léjos, y le redujo á una abstraccion inerte; pero bien pronto conoció que Dios le faltaba, y se puso á buscarle, sin la luz de la fe, hacinando sistema sobre sistema, y cayendo en un cáos de confusiones, difícil de poner en órden en prosa, é imposible en verso.

Áun existe otra imposibilidad grandísima para escribir el vasto poema, á saber: un asunto que circunscriba, y en el que encajen y se amolden bien tantas cosas; porque ponerlas en digresiones sería hacer principal de lo accesorio. El Duque de Rivas sostenia una vez, con mucha gracia y juicio, que el *Don Juan*, de Byron, era un cuento verde, ménos divertido que *El Baroncito de Faublas*, y atestado de discursos impertinentes al asunto. Espronceda, aunque en las digresiones le imita, y hasta le copia, en lo esencial se separa de él, y le vence y sobrepuja; y es anglomanía y falta de patriotismo, creerle tan inferior á Byron,

porque á veces le toma por modelo. Nada hay de Byron en la introduccion del *Diablo Mundo*, y, sin embargo, es admirable; acaso lo mejor que se ha escrito en verso castellano. El gigante de fuego es estupendo y magnífico, miéntras llora y calla; y bien se le puede perdonar si cuando habla, salvo el buen lenguaje y las flores retóricas, se parece un poco á un dómine que explica filosofía á los muchachos del colegio. Espronceda no era muy filósofo, ni ya la filosofía cabe en verso.

El elemento de que la poesía se sirve es la palabra, y la palabra contiene clara y determinadamente todas las ideas y sentimientos humanos, de lo que resulta que todos ellos son objeto de la poesía; mas el único fin de este arte, así como de los otros, es la belleza. Porque, ¿quién negará la belleza, primor, elegancia y perfeccion del *Orlando?* Y sin embargo, ¿no se le puede decir al poeta lo que se cuenta que le preguntó el Cardenal de Este: *Messer Ludovico, dove avete pigliato tutte queste?*..... ¿Hay alguna sustancia filosófica en todo aquello? No hay más que la belleza, que vale tanto y más que la verdad científica.

En los tiempos primitivos, cuando la princesa Nausicá iba á lavar la ropa, la filosofía, las leyes, la religion y la economía social se confundian en una sola ciencia, y se encarnaban en una sola per-

sona, que era á la vez legislador, poeta, profeta, guerrero y sacerdote. Entónces se pudo exclamar: *Dictæ per carmina sortes, et vitæ mostrata via est.* Mas ahora, con esta nueva torre de Babel, ha venido la dispersion de las doctrinas, y cada una anda por su lado, y hay en ellas, como en la industria fabril, lo que llaman los economistas division del trabajo. Y la poesía debe y puede encargar al buen gusto que escoja y se aproveche de estos trabajos para formar con ellos hermosas composiciones; pero no para meterse á bachillera, y mucho ménos para poner en verso la enciclopedia por medio de símbolos y figuras. Con esta comprensibilidad y simbolismo vendriamos á parar de nuevo á una especie de arte egipciaco, á fabricar esfinges é ídolos con mil caras multiformes, y feas, y misteriosas, que no darian gusto, y darian acaso ménos ciencia que el *Caton cristiano*, ó el *Libro de los Niños.*

Cuando todos los hombres eran niños, tenian razon los poetas de meterse á pedagogos, y los pedagogos á poetas. Orfeo, Museo, Lino, Hesiodo, Minos, Tales, Pitágoras y otros mil, pues sería nunca acabar enumerarlos, dieron lecciones en verso á la humanidad, y lecciones poéticas; porque en la Edad de oro la poesía y la ciencia iban unidas.

Verdad es que áun hay una poesía que se ape-

llida didáctica ; pero, ó no es didáctica, ó no es poesía. Plutarco está conmigo, y no cree en la poesía que no es fabulosa y embustera. Aristóteles afirma lo mismo, y añade que Empédocles no tiene de poeta sino el haber escrito en verso. Y si hubo, por el contrario, algunos que, escribiendo poemas didácticos, se conservasen muy valientes poetas, fué porque el verdadero fin que se proponian era deleitar y no enseñar ; porque atendieron más al primor y belleza que á la verdad de lo que decian. Los diez años que pasó Virgilio corrigiendo las Geórgicas, no fueron para añadir observaciones sábias sobre el cultivo y demas zarandajas campestres, sino para tocar y retocar las palabras, de modo que quedasen cada vez más bellas, armoniosas y bien arregladas. Ademas, que áun en tiempo de Virgilio no era la ciencia tan prosáica como ahora, y se combinaba sin esfuerzo con la fábula. La multitud de poemas filosóficos griegos, no dudo yo que á veces se harian perdonar la filosofía, con las mentiras ingeniosas en que iba envuelta ; y siento que estos poemas se hayan perdido los más. Pero los griegos mismos, á pesar del buen gusto natural en ellos, cuando trataban de escribir algo de parecido á nuestros vastos poemas, componian un poema tenebroso, como llamaban á la *Alejandra*, de Licofron.

Horacio, poeta y entusiasta, se va á veces del

seguro, y se atreve á sostener que Homero (no para su época, sino en general) enseña mejor la moral que Crisipo; pero éstas son invectivas rabiosas contra los estóicos, los cuales eran asimismo harto insolentes, y despreciaban la poesía, suponiendo que sólo el sabio es poeta, y los poetas locos. Y lo sustancial del caso es que la poesía, aunque no enseña, conmueve, inclina al bien, enternece y levanta el corazon con su calor, inspiracion y hermosura. El poeta, fiel enamorado de esta hermosura, debe por ella echar la enciclopedia á un lado, y libre de este bagaje incómodo, montarse en el hipógrifo, y volar al país de las hadas, como Wieland en busca de Oberon.

La ciencia posee una pasmosa energía antipoética, y donde no llega para afirmar, llega para negar. Con todo, el poeta, que en el terreno propio de la ciencia se expone á perderse, tiene facultad y poder de pasar más allá, á campos áun no explorados y apénas descubiertos. Por allí podrá pasearse, como D. Pedro de Portugal por las siete partes del mundo; conversar con seres nuevos y nunca vistos ni oidos, que se le aparezcan y nazcan de repente por natural virtud de la tierra ó del aire, como los duendes del padre Fuente de la Peña; y estudiar las ciencias ocultas con sabios y mágicos más prodigiosos que los de Faraon y que el famosísimo Escotillo. Pero todo esto ha

de decirlo por chiste, y el poeta romántico no es chistoso, ni quiere serlo, sino en las digresiones. Volvamos á la poesía séria y á *El Diablo-Mundo*.

He dicho que el gigante de fuego es estupendo, porque no sólo simboliza el genio del hombre, como figura alegórica, sino que es ademas un diablo colosal, y pintado á lo vivo, aunque se convierte en catedrático cuando habla. Para ser diablo no es mucho lo que sabe, y hasta en sus dudas se muestra poco profundo. Miéntras más sabe el hombre, van sabiendo ménos los demonios. Comparad al de Sócrates con el de Espronceda. Espronceda reconoce la ignorancia del suyo, y no le pregunta nada al verle delante de sí. Dante preguntaba é indagaba cuanto habia que indagar y que preguntar, de ángeles, condenados y santos.

El conciliábulo diabólico se desvanece al fin sin motivo, porque se juntó sin motivo, y sólo para que Espronceda le viese. Mas no se ha de negar que fué soberbia vision, y áun mejores las que tuvo en sueños D. Pablo. Nada hay en poesía más rico y espléndido que las pompas de la inmortalidad de Espronceda, que bien se puede llamar la suya, pues por ella será inmortal. Los cantos posteriores no responden ya á la grandeza del primer canto, ni responderian nunca como no se dilatase el espíritu del poeta por toda la prolongacion de

los tiempos, ó traspusiese, al ménos, dos ó tres mil años más allá de la fin del mundo.

Justamente en la indicada remotísima época comienza el prólogo del *Ashaverus*, de Quinet. Á Dios (Él me perdone las blasfemias que no hago sino compendiar), fastidiado de verse solo con los elegidos, se le antoja crear otro mundo. Llama á los próceres del Empíreo y los consulta sobre sus planes. Dios va á publicar una nueva edicion corregida y aumentada de sus obras; y para que se juzgue y pondere bien el mérito del drama humano-divino-mundial, le pone en escena delante de aquel ilustre senado. Este drama que se titula *Ashaverus*, y que está en prosa (para que se cumpla en él la palabra de Kant de que los poemas en prosa son prosa en delirio), contiene en sí toda la historia natural, metafísica y política; y hablan en él los montes, el Océano, las estrellas, las ciudades, Cristo, Leviatan, las vírgenes, las malas mujeres, los diablos, las sirenas, las pirámides de Egipto, los silfos, los titanes, el peje Macar, el pájaro Vinateyna, y hasta el todo y la nada. El tal poema es una borrachera temerosa y solemne; y en punto á su moralidad y á su afirmacion filosófica, averigüelo quien pueda, yo hasta ahora nada he podido averiguar. En *Fausto* ya se trasluce algo..... ¡la redencion por el amor! Margarita se lleva á Fausto al cielo, como Bea-

triz á Dante, Laura á Petrarca y Eloisa á Abelardo; aunque ésta más bien le envia que se le lleva, puesto que Abelardo murió ántes. En el *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla, hay la misma tramoya, imitada del *Don Juan de Marana*, de Dumas, que la tomó del *Fausto* de Goethe. Ello es que esto de convertir á una bonita y nada desdeñosa muchacha en escala de Jacob para subir al cielo, ha de parecer, por fuerza, mucho más agradable que los medios que antiguamente nos daban de mortificar la carne con ayunos y penitencias, y de estar siempre en conversacion interior.

Todos los modernos poemas humanitarios se dan cierto aire de familia. Fausto y D. Pablo *debutan* leyendo y renegando del saber humano: ambos se renuevan ó se remozan; y Ashaverus y Adan tienen la misma duracion que el mundo. Pero Goethe y Quinet tuvieron una muy feliz ocurrencia que Espronceda no tuvo, acaso por ser más arrogante que ellos. Hablo de que buscaron un personaje tradicional, hijo y amigo del vulgo, para hacerle centro de sus poemas. El nuevo Adan es nuevo del todo, y nadie le conoce. Al Judío errante y á Fausto los conociamos tiempo há, y de antemano nos interesaban. Ashaverus vive en las leyendas de la Edad Media, y encierra un profundo sentido alegórico. Se diria que estaba

pidiendo un poeta que le diese más perfecta vida. Es la desesperacion y el hastío eterno de quien por orgullo reniega de Dios. Fausto es igualmente popular y simbólico. Es el sabio del Renacimiento que por la ciencia pierde la fe; que busca la belleza y para hallarla resucita la antigüedad clásica; que se casa con la hermosura (con Elena), y engendra en Elena á Euforion, símbolo de la moderna poesía. Si no recuerdo mal, ó si no entendí mal, en Goethe todo se resuelve en Dios; y áun los diablos más feos y tiznados se tornan hermosos y santísimos como los serafines, y van á perder la individualidad y á identificarse y á embeberse en el Bien Supremo.

Lo que es del Adan de Espronceda no sabemos hasta ahora sino que anduvo en cueros por Madrid y tuvo amores con una manola. Los caractéres de Adan, de la Salada y del tio Lúcas, son verdaderos y bien entendidos; las aventuras que les van sucediendo tienen grande interes; y las descripciones y disertaciones, que el poeta hace, no pueden ser más bellas; pero todo ello corresponde poquísimo al primer canto, á la introduccion, y al intento atrevido y magnífico del poeta.

El poeta ha de escribir para deleitar y no para enseñar, y acaso, escribiendo así, halle por inspiracion alguna nueva verdad, ó en la misma belleza de su poema se acrisolen, abrillanten y pu-

rifiquen verdades ya conocidas, que áun están oscuras y envueltas en la escoria del error. El poeta no ha de ser el eco de los filósofos, sino la voz de la conciencia instintiva de la humanidad; ha de decir grandes cosas por una iluminacion súbita, sin conocer ni reflexionar que las dice. Homero y Dante pronunciaron oráculos, que en el dia los filósofos desentrañan é interpretan. Si Dante y Homero leyesen estas interpretaciones, no las entenderian, y saldrian poniendo de embusteros á los tales filósofos, ó admirándose de haberlo dicho, como Mr. Jourdain de hablar en prosa. Y sin embargo, lo dijeron; y hé ahí lo que se llama inspiracion. Busca el poeta lo bello, y al encontrar lo bello, encuentra la verdad y la bondad, que en la esencia de lo bello están sustancialmente. El hombre virtuoso hace una buena accion, y en esta accion hay hermosura; porque el triunfo de la ley moral es hermosísimo. El sabio descubre una nueva verdad, y esta verdad ha de ser infaliblemente buena y hermosa. La verdad, la bondad y la hermosura, son accidentes de la misma sustancia. Si pudiéramos conocer esta sustancia, y elevarnos á ella inmediatamente, no habria necesidad ni de ciencia, ni de virtud, ni de poesía: las tres se confundirian en una sola, y nosotros en la sustancia infinita.

La ciencia, en la moral y en la estética, puede

ocuparse de lo bueno y de lo bello científicamente: y la poesía puede alabar y cantar la bondad y la ciencia, como objetos poéticos. En cuanto á la virtud, no hay duda alguna de que resplandece más si la poesía y la ciencia la adornan. Y aunque un hombre solo puede ser á la vez, por especial favor y benéfico influjo de los cielos, poeta, y virtuoso, y sabio, nunca se unificarán en él estas tres cualidades. Lo que se llamaba ciencia, en los tiempos primitivos, no era más que poesía; y por eso los poetas fueron sabios, legisladores y filósofos. Hoy, que entendemos lo que es la ciencia, nos es imposible desconocer que no se aviene con la poesía. La ciencia es reflexion y empirismo; la poesía, instinto y revelacion interior. La forma, por lo tanto, inmortaliza á los grandes poetas; porque el asunto de sus poemas no es sino el eco armonioso de las creaciones populares. El pueblo es el verdadero poeta creador. Aquiles habia crecido, tan grande como es, ántes que Homero le diese fama eterna en sus versos. Antes de *La Divina Comedia*, inventó el pueblo leyendas que sirvieron de modelo á Dante, y hasta le señalaron su itinerario fantástico. Antes de Ariosto, se inventaron todas las locuras de Orlando y todas las hazañas de los doce Pares. Antes de Virgilio, la mente popular habia creado todos los portentos de la historia primitiva de Roma. Y

ántes de Hesiodo y de Esquilo, estaba ya nacida la mitología entera, con su Olimpo, dioses y semidioses.

Por último (y concretándonos á nuestros modernos poetas románticos), ántes que el Duque de Rivas y ántes que Espronceda escribiesen las dos leyendas, *El Moro Expósito* y *El Estudiante de Salamanca*, las cuales, por muy diferente estilo y manera, vienen á ser ambas lo mejor que se ha escrito en España desde Calderon acá, los personajes más importantes de estas leyendas, sus aventuras, grandeza y caractéres habian sido creados y ensalzados por el pueblo.

(*Revista Española de Ambos Mundos.*)

SOBRE LOS CANTOS DE LEOPARDI.

I.

Cuanto el hombre quisiere ser más espiritual, tanto le será más amarga la vida, porque sentirá mejor, y verá más claros los defectos de la corrupcion humana. Al decir estas palabras el autor de LA IMITACION DE CRISTO habla sólo de la vida presente, y presupone una vida futura, en la cual será satisfecho este deseo infinito que ahora nos atormenta, y que lo infinito sólo puede satisfacer. Y esta pasion de ánimo, y estas extraordinarias aspiraciones han dado sér á los místicos discursos y alimento á las almas de los santos; almas inquietas y anhelantes por lo infinito, que sólo en lo infinito se pudieron aquietar, y que apetecieron la muerte para vivir mejor y más dichosa vida. *El amor de Dios es la muerte de quien*

vive, y la vida de quien muere, decia Lulio; y Santa Teresa exclamaba: *¡Señor! ó padecer ó morir. Muero porque no muero;* esto es, muero porque no logro libertarme de esta cárcel oscura de mi cuerpo, que me impide ver la Divinidad de que mi alma es imágen; de que mi alma misma está llena. Si libre mi alma de los lazos que la sujetan y retienen, pudiera dilatarse y extenderse más allá del tiempo y del espacio, mi alma se confundiria con Dios, y comprenderia á Dios en su esencia. Si el alma pudiera ensalzar ilimitadamente todas las perfecciones que en sí concibe y reducirlas luégo á una perfecta unidad, el alma concebiria á Dios, y se reposaria en él con eterno reposo.

De estos deseos que nacen y se arraigan profundamente en algunos corazones, vienen á engendrarse en ellos el disgusto y el menosprecio del mundo y áun de los hombres, por tal arte, que muchos filósofos impíos han culpado al cristianismo, y le han llamado doctrina enemiga del género humano. Mas no consideraron ni notaron bien estos filósofos que el cristianismo, léjos de aumentar ese ódio á la humanidad, si así quiere llamarse, le condena y aniquila, y que sólo aumenta y da objeto efectivo al amor inextinguible del alma; la cual, si por desgracia pierde la fe y con ella el objeto digno de su amor, se consume

dentro de sí misma en un amor desesperado y sin objeto. Porque este menosprecio de las cosas perecederas y este amor de lo infinito y eterno están en las almas ántes del cristianismo, por naturaleza y no sobrenaturalmente; y el modo que el cristianismo tiene de hacernos amar á los hombres es por ese mismo amor que fuera del cristianismo nos hace despreciarlos y aborrecerlos. Dios ama á los hombres con grande amor, y por amor de Dios nosotros los amamos. Nunca un poeta católico hubiera dicho, como Juvenal:

Terra malos homines nunc educat atque pusillos:
Ergo Deus, quicumquem adspexit, ridet et odit.

Aquí el poeta y el dios por quien habla el poeta sienten un aborrecimiento y un desprecio artísticos por el hombre; porque así le acontece al artista, que ve que su obra no responde á la idea que de ella ha preconcebido; y porque, á no dudarlo, el hombre real es una caricatura con respecto al tipo ideal que el poeta tiene del hombre en su mente. Con respecto á ese tipo ideal que el hombre quisiera ver realizado en sí, uno mismo, por más que le ciegue el amor propio, se considera tan mezquino y tan bajo, que acaba por despreciarse; y miéntras más sublime y más alto es el ideal de perfeccion que imagina, más pro-

fundo es el menosprecio en que se tiene; el cual, si va acompañado de la fe y de la esperanza de una rehabilitacion por medio de la penitencia y de la gracia, es humildad cristiana; pero, si no va acompañado de estas virtudes, es como la desesperacion de Júdas. Y el grito de esa desesperacion que en nuestro interior levanta la conciencia, si por dicha se ahoga en los deleites sensuales y en el agitado devaneo del mundo, no por eso deja, á veces, de oirse temeroso y solemne. Hasta el poeta más jovial y libertino entre los poetas paganos suele caer, en medio de sus placeres, en esa desesperacion melancólica, y así es que le dice á Lesbia:

Soles occidere et redire possunt:
Nobis, quem semel occidit brevis lux,
Nox et perpetua una dormienda.
Da mi bassia mille, deinde centum;

esto es, ahoga y hazme olvidar con tus caricias este pensamiento triste de la efímera vanidad de nuestra vida.

El Universo con todas sus pompas y con toda su hermosura es un cáos para el hombre sin fe; y este mundo en que vivimos, que para el cristiano es un valle de lágrimas, por el cual camina á un término dichoso, es para el hombre sin fe un valle de lágrimas áun más amargas, y que

sólo se secan y fenecen con el sér propio suyo, que vuelve á perderse en los elementos de donde ha salido.

Y no hay que pensar que esta pasion de ánimo, que nos hace aborrecer y despreciar las vanidades del mundo, á nosotros mismos y á los demas hombres, sea una enfermedad que nos aqueje principalmente desde que el cristianismo se propagó; ni que tampoco se origine de la complicada, exquisita y defectuosa civilizacion de los tiempos modernos; porque ántes se ha de creer que el cristianismo es un remedio eficacísimo de esta enfermedad para las almas enérgicas y grandes, que áun tienen la dicha de conservar la fe, y que la civilizacion, con todos sus defectos, es asimismo un remedio y un consuelo para ciertas almas no muy inteligentes ni de muy elevadas aspiraciones; las cuales se dan por contentas de los goces mundanos y de lo que llaman progreso, y tienen por cosa averiguada que la especie humana se va mejorando cada dia; que el siglo de oro está en lo porvenir y no en lo pasado, y que, si bien cada hombre de por sí es infeliz y malo, sumando y uniendo muchas infelicidades y maldades de éstas, por una prodigiosa y harto sutil manera, que áun está por descubrir, aunque ya tiene nombre, se podrán formar una felicidad y una bondad generales, perfectas á maravilla.

Esta creencia y esta esperanza suplen la creencia y la esperanza en Dios, que faltan á algunas almas vulgares; pero nada hay que supla la esperanza y la creencia en Dios, cuando carece de ellas un alma enamorada, grande y de soberana inteligencia. Y sin embargo, esta alma persevera en el amor infinito de un infinito vago y fantástico, porque no tiene objeto; y este amor hace brotar en ella el hastío y la desesperacion más horrible. El alma del estupendo poeta italiano Leopardi es una de esas almas; y sus cantos, de que ahora vamos á ocuparnos, la expresion más sincera, elocuente y hermosa de los tormentos que esa alma llena de amor y falta de fe ha padecido.

II.

En el hastío y la desesperacion de Leopardi no cabe duda que entraba por poco el mal estado de su salud. Desde la edad de veinte años padecia Leopardi atrozmente de los nervios y de las entrañas; pero la energía de su voluntad era tan invencible, y la claridad y despejo de su inteligencia tan grandes, que no se ha de imaginar que su voluntad se amilanase, ni que se ofuscase su in-

teligencia por el mal físico ; así como tampoco ni los bienes ni los goces pasajeros de este mundo las hubieran nunca satisfecho. El alma de Leopardi, aunque encarcelada en tan triste y dolorosa prision como la de su cuerpo, estaba siempre exenta y libre de alteracion alguna, que por influjo de su cuerpo pudiese modificarla ; y ni en los escritos ni en el discurso de la vida del poeta se nota una vez sola que su dolor ó su alegría proviniesen de causas fantásticas ; quiero decir, de esas alucinaciones que suelen tener las personas nerviosas y enfermizas. Y como ademas era incrédulo hasta el ateismo, ni Dios se dignó nunca conducirle por sus caminos, ni el diablo quiso nunca perder su tiempo con palabras escondidas, ensueños místicos y elevaciones maravillosas. Imposible, pues, el alma de Leopardi, ó casi imposible, al dolor físico, porque supo resistirle, y á los goces físicos, porque ni los buscó ni los tuvo, y no movida ni agitada por causa alguna sobrenatural, buena ó mala, entiendo que sólo á una causa filosófica se han de atribuir sus movimientos y agitaciones. Y esta causa no fué otra que el deseo inextinguible de una felicidad suprema, y la negacion absoluta de esta felicidad por el entendimiento. De aquí la lógica y serena desesperacion de Leopardi, que presta tanto brío á sus versos.

Los versos de Leopardi no sólo son apasionados, amorosos y tristes, sino elegantísimos y perfectísimos de hermosura; la cual veia Leopardi escasa, confusa y fugitiva en el Universo, y en el arte, purificada, limpia y permanente. Por eso amaba tanto la forma, y llegó á dársela tan admirable á sus versos. Con la forma, esto es, con el conjunto armónico, misterioso y singular de ciertas palabras, se expresan vagamente mil ideas inefables, que con las mismas palabras, por no hallarse apropiadas para ello, en vano se pretenderia expresar; por donde acontece á menudo, que en una sentencia poética haya dos sentidos que entender y desentrañar: el expresado por las palabras, y basta el entendimiento para comprenderle; y el expresado por el conjunto singular de las palabras, que sólo el sentimiento puede comprender. De esta manera (y no como en la música, que despierta en nosotros ideas que no están en la música misma); de esta manera, repito, declara la poesía y está en la poesía aquello que las palabras por sí solas no alcanzan á encerrar y á declarar. De lo que resulta que los que pretenden y logran, con este intento, la perfeccion de la forma, son eminentísimos artistas; y los que los acusan de retóricos sin alma, ó no la tienen ellos, ó no saben lo que se dicen. En la prosa es conveniente el bien concertado adorno en la frase,

pero no necesario, sino para hacerla inteligible, miéntras que en la poesía es de todo punto necesario. La poesía casi se puede decir que ha de emplearse en cosas más que inteligibles; y esto me parece que daba á entender el célebre Carlysle al sostener que sólo se debe cantar lo que no se puede hablar; ello es que en la forma, construccion y organismo, por decirlo así, del estilo de los grandes poetas, como Leopardi, hay un espíritu que se pone en comunicacion con el espíritu del lector, si el lector le tiene, y le dice cosas indecibles por otro medio. Pero ni de ese estilo, ni del espíritu que hay en él, podemos nosotros ponderar el valor, apreciar los quilates, ni percibir la hermosura, si no es por el sentimiento. Analizarle sería buscar en un cuerpo muerto la vida y el alma. Basta lo que va apuntado para que se entienda cuán extraordinaria es la mágica elegancia de los cantos de Leopardi, y lo que se puede penetrar con su lectura en el recóndito y tenebroso abismo de la conciencia del poeta. Allí se concibe lo infinito, el deseo de lo infinito y la infinita desesperacion de no conseguirlo.

Por lo que hace al sentido exotérico de los cantos de Leopardi, Leopardi es tan terminante y tan claro, que sólo dejarán de entenderle los que carezcan de entendimiento; y si bien el poeta no tuvo nunca el mal gusto de querer enseñarnos

filosofía en sus versos, todavía se puede formar con ellos un sistema de filosofía moral, la moral de la desesperacion, como la llama Gioberti; y áun se puede sacar por induccion la filosofía primera en que se funda esta moral espantosa.

Supone Gioberti, grande admirador de Leopardi, que la incredulidad de este poeta proviene de la escuela filosófica que seguia, que era la de Descártes; y que, así como Hume, con una dialéctica imperturbable, vino á parar en un nihilismo metafísico, última consecuencia de aquella doctrina, así Leopardi dedujo de ella atrevida y desapiadadamente su moral desesperada.

Gioberti, como buen misogalo, y sin advertir que le quita á Leopardi mucha parte de su originalidad, quiere hacer recaer los pecados de Leopardi sobre los filósofos franceses; y no se atreve á confesar que un italiano pueda ser heterodoxo, incrédulo y blasfemo sin que los franceses le hayan pervertido. Gioberti se olvida á veces de Vanini, de Bruno, de Pomponazzi y de Maquiavelo. La filosofía psicológica, contra la cual tanto se enfurece Gioberti, y que, segun él imagina, tuvo principio en Descártes, á quien por otro lado considera como metafísico de muy cortos alcances; esta filosofía existia ya ántes de Descártes, y todo lo que Descártes y sus discípulos dijeron se en-

cuentra ya con creces en las especulaciones de los antiguos sabios de Grecia y de Roma, y en las de los modernos de Italia, anteriores al cartesianismo.

Buscar de este modo la filiacion de las ideas de un filósofo en las de otro filósofo suele hacernos caer en mil errores, y es por lo general inutilísima investigacion; porque nadie puede ya concebir idea alguna que no haya sido concebida por otros anteriormente, ni pensamiento filosófico que no hayan tenido otros. Si la historia de la filosofía fuera la historia y enumeracion de estas ideas, en un pliego de papel se podria escribir. Por fortuna siempre hay novedad, cuando no en las ideas, porque el círculo de las ideas es por demas estrecho, y de difícil si no imposible salida, en la manera de encadenarlas lógicamente y de presentarlas por medio de la palabra.

En este punto Leopardi es diferente de todos los filósofos franceses; y las ideas, buenas ó malas, santas ó impías, que Leopardi expone, si son á veces las de los filósofos franceses, más es por coincidencia que por imitacion. Y ¿cómo, atendida la pobreza de nuestras ideas, no dar á cada paso en esta coincidencia? Porque, en resolucion, toda la filosofía se reduce á responder con más ó ménos ingenio, pero con poca variedad, y por lo regular poco satisfactoriamente, á

estas cuestiones que el mismo Leopardi encierra en seis ó siete versos :

L'acerbo vero, i ciechi
Destini investigar delle mortali
E dell'eterne cose ; a che prodotta
A che d'affanni e di miserie carca
L'humana stirpe ; a quale ultimo intento
Lei spinga il fato e la natura ; a cui
Tanto nostro dolor diletti o giovi ;
Con quali ordini e legge a che si volva
Questo arcano universo, il qual di lode
Colmano i saggi, io d'ammirar son pago.

Vamos á ver ahora cómo responde Leopardi á cada una de estas cuestiones ; pero ántes de pasar adelante nos importa decir que Leopardi es filósofo en sus versos á pesar suyo ; que si bien la suma de toda la filosofía es corta, es grandísima la suma de las otras ciencias, sin las cuales no se debe filosofar ; y que todo esto no cabe, ni puede caber en verso. Así es que nosotros tenemos por gran poeta á Leopardi, no por su filosofía, sino por su sentimiento, y por la forma bella y perfectísima con que sabe expresarle.

III.

Lo primero que se ocurre al pensar en Leopardi, es que, hombre tan enamorado como él, debe buscar á Dios, para aquietar en Dios su corazon; pero Leopardi no le busca, porque entiende que no le ha de hallar y que le aborrecerá si le hallare. Ni una sola vez nombra Leopardi á Dios en sus versos. Para Leopardi no hay más Dios que el destino, esto es, las leyes inflexibles de la Naturaleza; la cual, solícita del sér, pero no de la felicidad de los que son, no se cura de que vivamos felices, sino de que vivamos. Si Leopardi se apasiona y personifica este destino, es para quejarse de él é insultarle; entónces le llama

Il cieco dispensator de'casi.
Il brutto
Poter ch'ascoso a comun danno impera.

Dios no es para Leopardi sino la idea de lo infinito objetivada; creacion metafísica, que repugna á su razon, y en la cual no halla tampoco, como poeta, gran mérito ni hermosura. Los dioses del paganismo son preferibles, segun Leopardi.

Ellos personifican las fuerzas y virtudes ocultas que difunden la vida por el Universo, y son como inteligencias secretas que mueven los astros en el cielo, que dan ser á los seres, y prestan hermosura y animacion á las cosas todas. Quien crea este Olimpo, y quien crea todo lo bueno y grande es la imaginacion ; la cual con la ciencia pierde su vigor, y acaba por esterilizarse. Cuando no se entreve áun el que llama Leopardi indigno misterio, la Naturaleza se nos muestra cubierta de un velo, y habla poderosamente á la imaginacion, y la embriaga, y la esfuerza á que finja y fantasee mil creaciones maravillosas ; por eso fueron tan sublimes los antiguos poetas,

a cui natura
Parlo senza svelarsi, onde i riposi
Magnanimi allegrar d'Atene e Roma.

Hoy que el misterio indigno se va patentizando, y desgarrándose el velo, que toda la Naturaleza cubria, cuantas bellas creaciones pusimos en ella se desvanecen, y huyen asimismo para nunca volver. El mundo se achica y encoge, en vez de ensancharse, con los descubrimientos, y

assai più vasto
L'etra sonante, e l'alma terra e il mare,
Al fanciullin, che non al saggio appare.

Los dioses, las ninfas, los faunos, las regiones fantásticas é ignotas, la música de las esferas, y los genios que las agitan en arrebatada consonancia, todo desaparece,

E figurato e il mondo in breve carta;
Ecco tutto e simile, e discoprendo
Solo il nulla s'accresce.

Y en efecto, sólo se aumenta la nada. Lo infinito está dentro de la misma conciencia humana; y cuando se ignora la grandeza del Universo, ponemos en él la grandeza imaginada por nosotros, nos hacemos centro de ella, y poblamos el espacio sin límites con las riquísimas creaciones de nuestra fantasía. Entónces el hombre puede aparecer á nuestros ojos como rey de la Creacion entera. Con los descubrimientos de la ciencia, por el contrario, el hombre, aunque vea y note en el Universo una grandeza desmesurada y pueda contar millones de millones de astros, y millones de millones de leguas de un astro á otro, no por eso, por más que sume y multiplique, podrá igualar con lo descubierto la idea de lo infinito que tiene preconcebida. Ántes le sucederá que, con este nuevo conocimiento de lo que existe fuera de él, se pondrá en contradiccion consigo mismo, y dudará de lo que ántes creia hallar dentro de sí. La consideracion de la excesiva peque-

ñez de nuestro globo, de la ruindad del hombre que le habita y de la vanidad y del orgullo de este hombre mismo, que se imagina señor de todas las criaturas y hasta creador de lo creado, no puede causar sino tormentos, y no puede inspirar sino burlas sarcásticas: el cuento de *Micromegas* de Voltaire, ó estos dos versos tambien suyos:

O Jupiter, tu fis, en nous créant,
Une froide plaisanterie.

Lo que es Leopardi, más profundo y melancólico que el apóstol de la incredulidad, dice, animado de ese impío sentimiento:

Veggo dall'alto fiammeggiar le stelle,
Cui di lontan fa specchio
Il mare, e tutto di scintille in giro
Por lo voto seren brillare il mondo.
E poi che gli occhi a quelle luci appunto,
Ch'a lor sembrano un punto,
E sono immense in guisa,
Che un punto a petto a lor son terra e mare
Veracemente; a cui
L'uomo non pur, ma questo
Globo ove l'uomo e nulla,
Sconosciuto e del tutto: e quando miro
Quegli ancor più senza alcun fin remoti
Nodi quasi di stelle,
. . . . . .
. . . . . *al pensier mio*
Che sembri allora, o prole
Dell'uomo?

Y de esta contemplacion del Universo, no sólo deduce el poeta la ruindad del hombre, sino que extraviado por su mal genio, no ve en el mundo órden, ni concierto, ni fin, y niega horriblemente, cuando no la existencia, la Providencia Divina. En el canto del pastor á la luna, dice de este modo:

E quando miro in cielo arder le stelle,
Dico fra me pensando:
¿A che tante facelle?
¿Che fa l'aria infinita, e quel profondo
Infinito seren? ¿che vuol dir questa
Solitudine immensa? ¿ed io che sono?
Cosi meco ragiono: e della stanza
Smisurata s superba,
E dell'innumerabile famiglia;
Poi di tanto adoprar, di tanti moti
D'ogni celeste, ogni terrena cosa,
Girando senza posa,
Per tornar sempre la dove son mosse,
Uso alcuno, alcun frutto,
Indovinar non so. Ma tu per certo,
Giovinetta immortal, conosci il tutto.
Questo io conosco e sento
Che degli eterni giri,
Che dell'esser mio frale,
Qualche bene o contento
Avra fors'altri; a me la vita e male.

La vida es un mal para el hombre que no se contenta con la vida como fin y objeto de la vida: de suerte que, segun Leopardi, los que pueden

vivir sin trabajar para vivir, son más desgraciados que los que viven trabajando para ganar la vida; porque la vida de estos últimos tiene al cabo un objeto, aunque vano, y la vida de los otros no tiene objeto alguno. El poeta al ménos no logra descubrirle. Se le dirá quizá que este objeto es el progreso de la humanidad hácia el bien; pero el poeta contestará que este progreso no basta á satisfacer su deseo de una felicidad infinita. Primero, porque este progreso no es infinito; y aunque sea indefinido, está limitado vagamente por las mismas condiciones y maneras de ser de la naturaleza humana; las cuales no deben cambiar, y si cambiaren, la especie humana transfigurada, ó por mejor decir, trashumanada, no será ya la que es ahora, y por lo tanto, ningun lazo podrá unirnos á ella, ni habrá solidaridad entre nosotros; y segundo, porque este progreso, dado caso que exista, es más superficial que sólido y efectivo. La imprenta ha hecho que la ciencia se difunda y que toquemos y bebamos de ella todas las inteligencias vulgares:

Sceso e il sapiente.
E salita e la turba a un sol confine,
Che il mondo agguaglia;

pero no ha conseguido crear filosofos más gran-

des que Platon, ni poetas más sublimes que Homero. La civilizacion áun no ha podido acabar con la miseria ni con la esclavitud; pero entre los esclavos del dia no hay Esopos, ni Epitectos, ni Fedros. La filantropía no ha acabado con la guerra, y ésta sigue siendo cruel y espantosa. El amor á la libertad no impide que siga habiendo tiranos tan fieros y atroces como Neron y como Calígula. Lo que es los Antoninos y Trajanos há mucho tiempo que no empuñan el cetro. Á pesar de los adelantos de la Medicina, las enfermedades antiguas no desaparecen; pero en cambio aparecen otras nuevas, más terribles y asquerosas, como por ejemplo: las viruelas, la sífilis, el cólera y la fiebre amarilla. Los medios de comunicacion son más rápidos y seguros; y de ellos nos valemos para visitar lejanos países, para gozar á poca costa de las más extrañas producciones de los otros climas, para comunicarnos nuestros descubrimientos, nuestras epidemias, nuestros infortunios, bancarotas y crísis monetarias; y para enviar asimismo, con más prontitud, ejércitos que con bombas y otras invenciones admirables destruyan en un momento y reduzcan á cenizas las ciudades soberanas. Á pesar de los nuevos prodigios de la gimnástica, áun no hemos tenido un Milon de Crotona; y á pesar de la flamante ciencia ortopédica, sigue habiendo joroba-

dos, patiestevados y hombres y mujeres feísimos. Apénas tendriamos idea de la verdadera hermosura, si no se conservase aún el Apolo en el Vaticano. Dicen que el término medio de nuestra vida es ahora mas largo que nunca; lo cual, aunque sea cierto, que lo dudo, no probará en todo caso sino que tenemos más tiempo para aburrirnos, para desesperarnos y para hacer y decir tonterías. Acaso vivamos más ahora, como acaso vivan más las plantas en invernáculo que las que viven al aire libre; pero las que viven en invernáculo tienen una vida raquítica y pobre. La supersticion dicen que ha desaparecido; pero yo no lo creo, ántes bien imagino que de poética y hermosa que solia ser, se ha vuelto fea y prosaica. Los profetas y los oráculos valen más que las mesas magnetizadas y que los sonámbulos. El dios de Délfos vale más que un pedazo de madera; y no diré Isaías ó Daniel, sino el más ruin pseudoprofetilla samaritano vale más que todos los medios espiritualistas de los Estados-Unidos. Los crímenes siguen siendo tan frecuentes y atroces como en los tiempos antiguos; y aunque no lo sean los suplicios, los criminales padecen más en ellos, porque son en el dia más débiles, pusilánimes y nerviosos. En fin, de cualquier modo que uno interrogue y examine su conciencia, ve que el progreso es una mentira, y para acreditarle de

verdad tiene que recurrir al mucho algodon que ahora se teje, y á la baratura que tienen las calcetas, y á lo cómodamente que se viaja en ferrocarril, aunque sea en el de Madrid á Tembleque. Este es el progreso moderno, que no se ha de negar que tiene algo de ridículo. La ciencia de ese progreso se llama economía política; y yo no sé si ella será tambien ridícula; pero es lo cierto que el gran poeta Leopardi se atreve á ridiculizarla de este modo:

Fortunati color che mentre io scrivo
Miagolanti in su le braccia accoglie
La levatrice, a cui veder s'aspetta
Quei sospirati di, quando per lunghi
Studi fia noto, e imprenderà col latte
Dalla cara nutrice ogni fanciullo,
Quanto peso di sal, quanto di carni,
E quante moggia di farina inghiotta
Il patrio borgo in ciascun mese: e quanti
In ciascun anno partoriti e morti
Scriva il vescchio prior: quando, per opra
Di possente vapore, a milioni
Impresse in un secondo, il piano, e il poggio,
E credo anco del mar gl'inmensi tratti
Come d'aeree gru stuol che repente
Alle late campagne il giorno involi,
Copriran le gazzette, anima e vita
Dell'universo, e di savere a questa
Ed alle etá venture unica fonte!

Ni la economía política, ni los periódicos, ni to-

das las ciencias modernas podrán, segun Leopardi, lavar á los hombres del pecado original y de la condenacion que llevan escrita sobre la frente; no porque pecasen contra un Dios que Leopardi no reconoce, sino porque la Naturaleza y el destino los condena, y

> Porque el delito mayor
> Del hombre es haber nacido.

Á los que creen en el progreso moral, les responde Leopardi con esta tremenda profecía:

> *Questa legge in pria*
> *Scrisser natura e il fato in adamante;*
> *E co' fulmini suoi Volta ne Davy*
> *Lei non cancellerà, non Anglia tutta*
> *Con le machine sue, ne con un Gange*
> *Di politici scritti il secol novo.*
> *Sempre il buono in tristezza, il vile in festa*
> *Sempre e il ribaldo: incontero all'alme eccelse*
> *In arme tutti congiurati i mondi*
> *Sieno in perpetuo: al vero onor seguaci*
> *Calumnia, odio e livor; cibo de' forti*
> *Il debole, cultor de' ricchi e servo*
> *Il digiuno mendico, in ogni forma*
> *Di comun regimento, o presso o lungi*
> *Sien l'eclittica o i poli, eternamente*
> *Sarà, se al gener nostro il propio albergo*
> *E la face del di non vengon meno.*

Desgraciadamente, por lo que hoy estamos vien-

do, creo que se puede deducir que la profecía de Leopardi se cumplirá. En lo único que tienen alguna apariencia de razon los que defienden la época presente es en suponer que el fanatismo religioso se ha mitigado y que no es tan cruel como en otras épocas. Pero si verdaderamente el fanatismo religioso se ha mitigado ya, ¿dejarán por eso de existir otros fanatismos ménos disculpables y más crueles acaso? En el dia es verdad que no se sacrifican ya á los dioses, por el bien de sus pueblos, los Decios, los Curcios, las princesas vírgenes, ni los emperadores mejicanos, los cuales quedaban honrados y venerados entre los suyos, y tenian al morir este gran consuelo que las más modernas víctimas humanas de la Inquisicion no podian nunca tener, porque al par de ser sacrificadas, eran deshonradas; pero en cambio de estas víctimas del fanatismo religioso tenemos hoy más que nunca las del fanatismo político. El mismo fanatismo religioso puede renacer con las mismas formas que ántes tenía, ó con otras nuevas. «Cuando los antiguos, dice Donoso Cortés, buscaban una víctima limpia de toda mancha é inocente, y la conducian al altar ceñida de flores para que con su muerte aplacára la cólera divina, satisfaciendo la deuda del pueblo, acertaban en mucho y erraban en algo.» ¿Quién nos asegura, pues, que no acertarémos en ade-

lante de esta suerte? ¿El mismo Donoso Cortés no cree en la eficacia purificante de la sangre derramada de cierta manera? ¿No interpreta de este modo las palabras del Apóstol á los hebreos, *sine sanguine non fit remisio?* «El error estuvo solo (y continúa hablando Donoso Cortés) en creer que podia haber un hombre inocente y justificado hasta tal punto que pudiera ser ofrecido eficazmente en sacrificio por los pecados del pueblo en calidad de víctima redentora.» Por eso sin duda tuvo que sacrificarse Dios mismo hecho hombre; mas no por eso dejarán de sacrificarse muchos hombres en lo sucesivo, ó ya porque no se crea en ese divino Redentor, ó ya porque se dude de la eficacia de su redencion, ó ya porque no se juzgue completa y general esta eficacia.

Me parece que bastará lo que llevamos dicho para conocer los motivos y razones más ó ménos plausibles que Leopardi tuvo ó pudo tener para estar tan mal avenido con la vida, con el mundo, y con el destino inflexible que, no creyendo él en Dios, imaginaba que dirigia las cosas todas. La ciencia de los misterios, esto es, la religion, es la sola ciencia de las soluciones supremas; y no siendo Leopardi creyente, á pesar de su mucha filosofía, y á pesar de todas las filosofías hasta ahora imaginadas, habia de hallar mil dudas horribles, y ninguna solucion satisfactoria para ellas.

No creyendo nuestro poeta en otra vida mejor, no era posible que se contentase con esta tan mala. La consideracion de que este mal es general y necesario no basta á que un hombre de ingenio se resigne. Los tontos solamente se resignan cuando los males son necesarios, y tocan á muchos ó á los más. El proverbio castellano lo dice. Leopardi tampoco podia consolarse con la idea de que era y sería siempre parte del gran todo; ni podia creer de buena fe que estaba en él, y que él estaba en el yo universal y absoluto, que nunca fenece. Opiniones son éstas en extremo ingeniosas; pero poco consoladoras y poco comprensibles. Veamos, pues, si en medio de sus dudas, tormentos y tinieblas, habia en Leopardi alguna idea, ó algun sentimiento que le consolase ó inspirase. Veamos cuál era el orígen de su entusiasmo poético; que le tuvo, á no dudarlo, hasta el punto de ser el más gran poeta lírico de nuestro siglo.

IV.

Del inextinguible deseo de lo infinito nace el entusiasmo de Leopardi. Este deseo, aunque nunca satisfecho, aunque perpétua y constante causa del dolor del poeta, es, sin embargo, el mayor

bien que el poeta tiene, porque el poeta prefiere el dolor al fastidio; y porque ama este deseo inextinguible, que se sustenta de sí mismo, por no hallar otro sustento.

Hay en el amor de Leopardi algo del amor que Platon nos describe en el Banquete y en el Fedro: y mucho de aquel amor de que habla Esopo en la fábula maravillosa de Júpiter y Eros. Júpiter envia á Eros á renovar y á salvar el mundo y á encender en las almas escogidas y hermosas un fuego celeste engendrador de todo bien.

Los sentimientos de Leopardi eran cristianos: y para ser cristiano sólo le faltaba la fe. La caridad, en el más lato y perfecto sentido de la palabra, ardia en su pecho. El Amor divino, ese hijo de la Vénus Urania, viene personificado en los cantos de Leopardi, y es el objeto de su adoracion y de su culto; su pensamiento dominante, y la única ilusion que le queda, despues de perdidas las demas.

Ratto d' intorno, intorno, al par del lampo,
Gli altri pensieri miei
Tutti si dileguar. Siccome torre
In solitario campo,
Tu stai solo, gigante, in mezzo á lei.

Leopardi es religioso, y si no lo fuese no podria ser poeta. Su religion es el amor, su Dios el amor. Y no sólo en sus cantos despliega ese entu-

siasmo, sino tambien en sus discursos en prosa. Cuenta en uno de ellos, titulado *Historia del género humano*, que al principio tuvieron los hombres para su consuelo varios agradables y bellos fantasmas, cuyos nombres eran Justicia, Patriotismo, Gloria, Virtud, Esperanza, etc.; mas no contentos los hombres con estos fantasmas, desearon la Verdad, y la Verdad vino y arrojó de la tierra á la Virtud y á la Esperanza y á todas las demas ficciones. Sólo les quedó á los hombres el amor sensual, aunque liviano y pasajero, único alivio de sus penas. Terrible fué entónces el reinado de la Verdad, y los hombres, desesperados y furiosos, blasfemaron de ella. «Júpiter entónces (y prosigue hablando Leopardi), compadecido de nuestra suma infidelidad, propuso á los inmortales que alguno de ellos viniese á visitar y á consolar en tanto trabajo á la humana gente, y muy en particular á los que no mostraban ser, por ellos mismos, merecedores de la universal desventura, á lo cual, habiéndose callado todos los otros dioses, Amor, hijo de Vénus celeste, conforme en el nombre al fantasma así llamado, pero en virtud y en obras diferentísimo, se ofreció (pues su piedad es singular entre todos los númenes), á hacer lo que Júpiter proponia y á descender del cielo, de donde él nunca jamas habia salido ántes, por no sufrir el coro de inmortales, que entra-

ñablemente le queria, que se alejase, ni por muy corto tiempo, del trato y familiaridad de ellos.....

«..... Desde aquella ocasion, rara vez suele ya descender Amor, y poco se detiene, así por el escaso ó ningun merecimiento de la gente humana, como porque los dioses sufren molestísimamente su ausencia; pero, cuando viene á la tierra, escoge los corazones más tiernos y más nobles de las personas más generosas y magnánimas, y allí se reposa por breve espacio, difundiendo en ellos tan peregrina y maravillosa suavidad, y llenándolos de tan puros y elevados afectos, y de tanta virtud y fortaleza, que estos corazones gozan, por la gracia de Amor, de un sentimiento desconocido al resto de los hombres; no de algo parecido á la bienaventuranza, sino de su esencia misma!»

Este sentimiento beatífico que Amor puso en el corazon de Leopardi es, no sólo el manantial de su entusiasmo, sino tambien el único motivo que el poeta tiene para apreciar en algo la vida, y para preferirla á la muerte.

Pregio non ha, non ha ragion la vita
Se non per lui, per lui ch' all' uomo é tutto:
Sola discolpa al fato,
Che noi mortali in terra
Pose a tanto patir senz' alcun frutto;
Solo per cui talvolta,
Non alla gente stolta, al cor non vile
La vita della morte é piu gentile.

El pensamiento de este Amor divino reviste en un principio la forma del amor sensual, y se confunde y amalgama con él. La imaginacion entónces pone en una mujer su pensamiento amoroso; y en esta mujer toda la hermosura, y la perfeccion toda, que es capaz de concebir. Más tarde, ó ya porque el ardor de la juventud ha pasado, ó ya porque se reconoce que no existen en la mujer las perfecciones imaginadas, ese Amor divino se pone en Dios, que es su verdadero orígen, así como es su verdadero objeto y su verdadero fin. Cuando, por desgracia, se duda de Dios y no se le puede amar, se ama á este Amor como se ama á una idea: idea sin copia, ni correspondencia, ni objeto que la represente en el mundo; idea vaga que parece estar dentro de nosotros mismos, y que se fija á veces, aunque de paso, y derrama su hermosura en las cosas que vemos y que entendemos; idea que encendió en Leopardi el amor de la mujer querida, el amor de la patria y el amor de la humanidad; y que, perdidos ya, entibiados ó mal pagados estos amores, continuó siendo ella sola la causa y el objeto del amor de Leopardi. La única ocupacion séria, el único asunto de la vida, era para este místico ateo de nuestro poeta pensar, soñar y adorar en su idea, ya desnuda de toda apariencia, ya en cualquiera de sus manifestaciones fenomenales. Leopardi no

buscaba en la poesía sino formas nuevas y hermosas, donde esa idea se pudiese dignamente encarnar. Fuera de esta idea nada esperaba encontrar Leopardi digno de su amor, ni en el mundo y la vida, ni más allá del mundo y de la vida. Su desden era soberbio y horroroso, pero sublime.

Da che ti vidi pria
¿ Di qual mia seria cura último obbietto
Non fosti tu? quanto del giorno é scorso
¿ Ch' io di te non pensassi? ai sogni miei
La tua sovrana imago
¿ Quante volte mancò? Bella qual sogno,
Angelica sembianza,
Nella terrena stanza,
Nell' alte vie dell' universo intero,
Che chiedo io mai, che spero
¿ Altro che gli occhi tuoi veder piu vago
¿ Altro piu dolce aver che il tuo pensiero

Pero este mismo fantasma de hermosura, esta dama-duende, esta idea fugitiva que Leopardi amaba, se le iba muy á menudo de la imaginacion, y le dejaba solo: ó ya porque la imaginacion no tenía bastante fuerza para sostenerse con la idea querida en los espacios imaginarios, ó ya porque la razon, que nunca abandonaba al poeta, disipaba la ilusion como un ensueño. Entónces del mismo sentimiento de que habia nacido el amor nacian la desesperacion y el deseo de la

muerte. La muerte y el amor son hermanos, segun el poeta, y á ambos dedica una de sus más bellas canciones. Del amor nace todo bien, y todo mal cesa con la muerte. Cuando el Amor no puede dar todo el bien deseado, la muerte destruye e deseo, y por consiguiente el mal. El que ama verdaderamente desea morir. Con la muerte logrará, fuera de este mundo, el bien que le pinta y hácia el cual le mueve el Amor, ó dejará de desear, si es imposible y fantástico su deseo.

Este afan y adoracion de la muerte del místico ateo presenta caractéres muy semejantes, aunque por distinto camino, al empeño de mortificar la carne, de aniquilar los sentidos, de padecer el martirio, y de acabar con la vida de los místicos creyentes. La vida de Leopardi debió ser un contínuo sacrificio de la vida; y sin duda Leopardi se hubiera suicidado si las enfermedades que padecia, y que con el interno trabajo de su pensamiento él mismo acrecentó, si no produjo, no hubiesen prematuramente dado fin á su existencia. Bien se pueden poner sobre su sepulcro estos tres versos, en los cuales trata el poeta de retratar á Alfieri:

Disdegnando e fremendo, immacolata
Trasse la vita intera,
E morte lo scampó dal veder peggio.

V.

Ya hemos visto que la mujer que Leopardi amó es, como él mismo dice, «la mujer que no se encuentra.» «No se sabe si esta mujer haya nacido ya, ó deba nacer algun dia. Lo único que se sabe es que no vive ahora en la tierra, y que no somos sus contemporáneos.» La mujer, segun Leopardi la veia y comprendia, es un sér muy inferior al hombre é incapaz de percibir siquiera los sentimientos que sabe inspirar. Leopardi no podia poner sériamente su amor en objeto tan indigno; y por eso acaso (á lo ménos así lo aseguran los amigos y biógrafos del poeta) bajó éste á la tumba en el mismo estado perfecto en que pudiera un santo de los más santos é inmaculados.

En el amor de la patria no fué Leopardi mucho más feliz. La patria que él amaba no era tampoco su contemporánea; pero al ménos esta patria habia existido en otro tiempo, y el amor de Leopardi pudo alimentarse de recuerdos, y con la vista de las ruinas y con el estudio de los grandes autores y la admiracion de los héroes maravillosos que en otra época la patria produjo:

O patria mia, vedo le mura e gli archi
E le colonne e i simulacri e l'erme
Torri degli avi nostri;
Ma la gloria non vedo,
Non vedo il lauro e il ferro ond'eran carchi
I nostri padri antichi.

Todo este canto á Italia, los cantos á Angelo Mai y al monumento de Dante, y algunos otros, están inspirados por un tan doloroso, sublime y extraordinario amor de la patria, y escritos por un estilo tan bello y tan alto, que para hacer conocer el mérito de ellos sería menester citarlos todos. Yo para mí tengo que nada hay mejor en poesía; al ménos, no recuerdo haber leido poesías que me hayan hecho impresion más profunda.

Pero donde está como concentrada toda la desesperacion de Leopardi y recapitulada toda su doctrina espantosa, es en el último canto de Safo, y en el Bruto Minore.

Nosotros hemos dicho ya qué doctrina es la de Leopardi y hemos notado y hecho notar á los lectores la belleza de sus cantos. Bien se nos alcanza, sin embargo, que para comprender y apreciar toda esta belleza no bastan nuestras pobres observaciones y conviene leer con atencion al mismo poeta.

Muchos doctos italianos, Mr. de Sainte-Beuve

en Francia, y en Inglaterra *The quartely Review*, han tratado de la vida y de las obras todas de Leopardi. Nosotros sólo hemos hablado de sus cantos; y áun esto no basta para poder apreciar á Leopardi como poeta. Sus Paralipómenos de la Batracomiomaquía, poema satírico, donde, segun la confesion del crítico inglés que hemos citado, tiene el poeta la misma facilidad y gracia que Byron en el *Don Juan*, y la misma agudeza y brío que Swift en la sátira política, demuestra que Leopardi sabía tocar todos los tonos y que era siempre un altísimo poeta. Los italianos proclaman á Leopardi, como poeta perfecto, rival del Tasso; y rival de Galileo, como perfecto prosista. El asíduo y profundo estudio que hizo Leopardi de los clásicos griegos y latinos y de su propia lengua, contribuyó poderosamente á darle la felicidad de expresion, la sencillez y tersura de estilo, y la pureza, primor y armonía de lenguaje, que notamos en todas sus obras, que le hicieron digno de aquellos títulos, y que le conquistaron asimismo el de eruditísimo y sábio filólogo. Niebuhr le tenía por tal cuando áun Leopardi no pasaba de la edad de veintidos años. Leopardi conocia ya las literaturas y las lenguas griega, latina, hebrea, italiana, francesa, española, alemana é inglesa. Nosotros, exclama el crítico inglés de *The quartely Review*, nos acordamos involun-

tariamente de Hermes, del cual canta Homero:

ἠῶος γεγονὼς μέσῳ ἤματι ἐγκιθάριζεν,
ἑσπερίους Βοῦς κλέψεν ἑκηβόλου Ἀπόλλωνος.

Leopardi ha traducido los idilios de Mosco y otras muchas poesías griegas y latinas: ha escrito una obra sobre los errores populares de los antiguos, y ha comentado y anotado varios autores; todo lo cual no nos incumbe tratar en este momento. Como Leopardi amaba la forma, esto es, la belleza, hasta el extremo de creer que la virtud misma no era más que una obra de arte, y el hombre virtuoso un artista eminente, la literatura griega y la forma del pensamiento griego, por ser las más correctas, hermosas y acabadas, fueron las que él más estudió; llegando á amoldar su pensamiento en aquella forma hasta el punto de no distinguirse, cuando él queria, una obra suya de la de un antiguo poeta helénico. Así fué que su himno original á Neptuno pasó entre los más eruditos y perspicaces, por la traduccion de un manuscrito recien descubierto. Sus traducciones en prosa de Jenofonte, Isócrates y Epitecto, son más bien reproducciones que traducciones; y sus anacreónticas originales en griego parecen escritas por el mismo Anacreonte. Ademas, hay publicados de Leopardi los *Pensamientos*, los

Diálogos y la correspondencia, obras todas que son la admiracion y la gloria de Italia, y que apénas se conocen en nuestro país. La filosofía de Leopardi, en sus diálogos y sus pensamientos, es idéntica á la de sus cantos, aunque más clara y metódicamente expuesta. Leopardi, como ya hemos dicho várias veces, es un místico ateo. No le faltó más que la fe para ser cristiano, ni más que ser cristiano para ser santo; y es digno de ser estudiado, no sólo como eminencia literaria y filosófica, sino tambien como carácter extraordinario y grande. Sus extravíos, su falta de religion, creo firmemente que más fueron resultas de la naturaleza de su ingenio y de la manera y método que siguió en sus estudios, que consecuencia de sus horribles padecimientos y de su malaventurada vida. «Ántes de morir, dice Leopardi mismo, quiero protestar contra esa invencion de la debilidad y de la vulgaridad, y rogar á mis lectores que procuren destruir mis observaciones y mis razonamientos y no acusar mis enfermedades.»

(*Revista Española de Ambos Mundos.*)

OBRAS POÉTICAS DE CAMPOAMOR.

I.

Voy á hablar á nuestros lectores de uno de los más delicados y graciosos poetas, que España ha tenido en estos últimos tiempos; y como no soy amigo de inquirir vidas ajenas, no me pondré aquí á contar menudamente la suya. Sólo diré que vive aún, que se llama Campoamor, y que anda por esas calles de Madrid tan bueno y tan contento, que da gloria verle. Su melancolía (de la de sus versos hablo, pues en su conversacion es alegre como unas sonajas) tiene más de la languidez dulcísima que sucede al placer en una naturaleza sana y pagana, que de verdadera y legítima melancolía. Su misticismo no es sino el propio deleite pasado por alquitara, para extraer de él la más sublime quinta esencia. Su moral es

tan blanda, que cuando se pone serio y nos reconviene, no asusta ni á los niños de la escuela; y de todas sus sátiras no se puede sacar, por más que se expriman, ni siquiera un adarme de hiel, sino alguna sal y pimienta con que se sazona y hace más deseable el fruto prohibido.

Campoamor tiene su sistema filosófico, y hasta le ha reducido últimamente á cuerpo de doctrina, publicando un libro, del cual pienso ocuparme cuando Dios me dé favor y atrevimiento para penetrar y escudriñar aquellas profundidades. Entre tanto, baste saber que su filosofía es optimista, en consonancia con el carácter del autor, aunque él no quiera confesarlo, por seguir la moda del dia, que nos inclina á llorar y á quejarnos de todo. Pero Campoamor es cándido y natural, hasta cuando quiere mostrarse más taimado y artificioso, y deja siempre ver á las claras que está satisfecho de sí mismo y de todo cuanto le rodea, que todo lo halla dispuesto y ordenado para el bien, y que las cosas no pueden estar mejor de lo que están, pues hasta sus defectos son perfecciones, si se atiende al enlace y trabazon con que van encaminadas y convienen á la universal armonía.

Esta conclusion, á que viene á parar, á mi ver, la filosofía de nuestro poeta, ya expuesta en prosa metódicamente, ya con raptos líricos en verso,

no será nueva ni original, si se quiere; pero no se ha de negar que es originalísimo el encadenamiento de raciocinios, que no nos imcumbe examinar ahora, por donde viene Campoamor á dar en ella como en su centro; porque su centro es el optimismo. Dichoso él, que está dotado de una imaginacion risueña, de un alma excelente y de un temperamento suave. En fin, si no fuera porque se ha abusado de la expresion *buena pasta*, diciendo que la tienen los tontos, diria yo de Campoamor que la tiene bonísima, creyendo hacer de su persona el más cumplido elogio, y suponiendo, ó más bien dando por cierto y averiguado, que en él se hallan y concurren todas aquellas raras cualidades que tanto deseaba Juvenal, y que le pedia á los dioses, recapitulándolas en estas breves palabras: *Mens sana in corpore sano*.

Como esta salud superabundante, y muy singularmente en la mocedad, no cuadra bien con ciertos preceptos, las poesías de Campoamor, donde se encomian, ó si no se encomian se pintan con dulces palabras las transgresiones de esos preceptos mismos, debieron ofender y ofendieron á los hipócritas que las acusaron de inmorales. Yo que no soy santo, sino débil y pecador, si los hay, no me atreveré nunca á acusarlas como ellos; y aunque no pretenderé tampoco, como algunos

críticos visionarios, que nuestro poeta es una especie de Caton cristiano, y que no describe el vicio sino para ponerle remedio, ni descubre la herida sino para catarla, todavía diré en su abono que los vicios que pinta son tan pequeñuelos, y tan poco hondos sus pensamientos pecaminosos, excusados en parte por la ternura en que vienen envueltos, que no pueden empeorar el estado de la sociedad ni corromper las costumbres. Á lo más que contribuirán estas poesías es á dar cierto barniz de elegancia y delicadeza á las malas costumbres que ya existen, de ser inconstantes los que bien se quieren, de no saber resistir á los halagos, y de exclamar en ciertas ocasiones:

«Es imposible, Victoria,
Que haya un tormento,
Que me haga olvidar la gloria
De este momento.
No, quien dicha tan cumplida
Á ver llegó,
Ni en la eternidad la olvida:
¡Ay, no! ¡Ay, no!»

Campoamor es un poeta del amor y la hermosura, muy favorito y popular entre las damas; y no pasa de una simplicidad ingeniosa el atribuirle la mision de moralizar el mundo como si fuera algun capuchino. Se parecen los críticos que tal dicen, al reverendo padre maestro fray José de

Valdivielso que, al aprobar las novelas harto libres de doña María de Zayas, comienza así: *En este honesto y entretenido libro no hallo cosa que se oponga á la moral cristiana.* Yo, que no soy ni como el padre Valdivielso, ni como esos críticos que entienden acaso la moral cristiana de muy diferente manera, digo terminantemente que en el libro de Campoamor hallo cosas que en cierto modo se oponen á esta moral; pero creyendo yo, como creo, que la moral cristiana es más firme y duradera, y ejerce y debe ejercer en las almas mucho más influjo que cuantas poesías se han escrito, absuelvo las de Campoamor y las pongo sobre mi cabeza, no porque moralizan, y mucho ménos porque desmoralizan, sino porque son bonitas en su género. Verdad es que estas poesías pintan con colores demasiado vivos la mundana hermosura; pero la pintan tan hermosamente, que á los que la aman les prestan cierto sentimiento poético; y á los que son ascetas y mortifican sus carnes no les hacen ni les pueden hacer daño alguno. Tomar por catecismo las poesías de Campoamor ó quemarlas por corruptoras, valdria tanto como poner en los altares á la Vénus Calípiga cual si fuese una devota imágen, ó hacerla pedazos imaginando que el que la hizo tenía el diablo en el cuerpo y queria endiablarnos á todos con la vista y consideracion de aquellos encantos.

Esta diversidad de opiniones, reprobando unos un libro por infernal, y ensalzándole otros por divino, proviene de una mismísima opinion, nacida á su vez del exagerado amor propio, en el dia más que nunca subido de punto de los hombres de letras; los cuales suponen que cuanto ellos escriben, no sólo ha de divertir ó interesar á la gente, sino que ha de ejercer en la sociedad una grande influencia, ya saludable, ya funesta, y otras inocentadas por este órden. Porque, si verdaderamente hay libros que han influido de este modo, se puede asegurar que son contados; y si bien se examina, así éstos, como los más, no son sino el eco de las ideas y preocupaciones de la época en que sus autores vivieron. Lo cual es más cierto é indudable si se refiere á los libros de entretenimiento, que no suelen entretener, ni llenar por lo tanto su objeto cuando son muy morales. La humanidad está corrompida y se entretiene con la pintura poética de su propia corrupcion. Algo más libres que las poesías de Campoamor, en las cuales, al cabo, no se falta jamas á la decencia, son las de Ariosto y los cuentos de Boccacio, y están, si no consentidos, tolerados en todas las naciones cultas y religiosas.

Claro se ve que yo coloco las poesías entre los libros de entretenimiento, y que no afirmo de estos tiempos lo que Horacio de los primitivos.—

Dictæ per carmina sortes, et vitæ mostrata via est. No negaré por eso que en verso y prosa, y tanto en discursos y tratados científicos como en coplas y novelas, se pueden propalar máximas subversivas de la moral y de las leyes; pero no es éste el caso de las poesías de Campoamor, ni tampoco faltan al decoro debido, ni salen de los límites de la creacion artística para convertirse en arengas revolucionarias. Bien sabemos que hay libros que por inmorales, peligrosos é indecorosos, se deben condenar. Y para que no se diga que incurrimos en contradiccion, explanarémos nuestro pensamiento con el mismo símil de la Vénus Calípiga de que ya nos hemos servido; porque si esta Vénus, en vez de estarse quieta y tranquila sobre su pedestal de mármol, bajase de él por arte de encantamento, y, ya de carne y hueso, se fuese correteando las calles de la ciudad con el mismo traje y ademan que tiene en el Museo, en vez de ser admirada de los doctos y discretos, sería escándalo de todos y vendria á parar en una casa de correccion.

Apuntadas estas razones, quedarán convencidos los que me lean, al ménos así lo espero, de que las poesías de Campoamor, ya que no son un compendio del Lárraga, tienen á lo más una inmoralidad ligera é inofensiva, como la Vénus, que se queda sosegada en su Museo; si bien el

poeta confiesa ingénuamente que lo que es él anduvo vagando por toda España, para inspirarse sin duda:

«Haciendo el *Don Juan Tenorio*
Con doncellas de labor.»

Pasemos ahora á considerar las inspiraciones de esta Musa andariega y enamorada.

II.

Del Petrarca ha dicho otro eminente poeta que:

«*Amore nudo in Grecia, nudo in Roma,*
D'un velo candidissimo adornando,
Rendea nel grembo a Venere celeste.»

Y aunque yo soy grande admirador del Petrarca, y más áun del Dante, que, poniendo mayor espiritualismo en sus amores, llega á hacernos dudar de la existencia corpórea de Beatriz, y nos la trasforma en figura simbólica de la ciencia divina, todavía entiendo que los poetas platónicos, sucesores de aquellos dos grandes ingenios, han vuelto enclenque al amor sano y robusto de los

antiguos, á fuerza de arroparle y envolverle en velos y cendales más ó ménos cándidos.

Por otra parte, el amor platónico suele ser un lazo que se tiende á las personas incautas para hacerlas caer en otro género de amores. Léase, si no, lo que declama Byron sobre este punto, cuando ve que doña Julia cae en brazos de Don Juan, á pesar de todos sus propósitos. El amor platónico, esa adoracion de la mujer, habrá nacido, si se quiere, del cristianismo (ya que Platon poco ó nada tiene que hacer con este amor platónico, aunque le damos su nombre por ajustarnos al uso corriente); mas habrá nacido del cristianismo como nacieron de él las herejías. ¿Qué es más el amor platónico que una herejía? Sin duda que el cristianismo pone en el alma ese amor sublime é infinito; pero dedicarle á un sér finito es una profanacion y una ceguera lastimosa. Razonablemente, aunque se enfaden las mujeres, no debemos amarlas sino como se ama al prójimo, y casi nunca las amamos de otra manera; y desengáñense y entiendan que cuando ven en nuestros amores mayor vehemencia, proviene ésta de causas mucho ménos metafísicas; y crean que la vanidad ofendida y excitada por la coquetería y los obstáculos, y la terquedad y el capricho, hacen más constantes y rendidos amadores que todas las flechas de oro que dispara el hijo de la Vénus

Urania, el cual vive con los inmortales, rara vez viene al mundo, y contados son los corazones que halla dignos de sentir sus heridas.

Campoamor, á quien yo no le niego que haya sentido esas heridas, y hasta creo que en los *ayes del alma* se muestre inspirado por ellas, fingiéndose un cielo que adorar, y elevando á él sus suspiros; está, por lo general, contento de las cosas de este mundo, viéndolas al traves de mil ensueños que áun se las tornan más hermosas; y en sus versos de amor, á pesar de todos los discreteos y sutilezas con que los adorna, se descubre siempre al materialista. Cuando se encuentra poseido de un amor más santo, tiene el buen instinto de dedicársele á Dios, pidiéndole perdon de sus culpas. Mas por lo comun, ni le aqueja ese deseo de lo ideal y de lo ultramundano, ni su carácter alegre permite que los remordimientos vengan á perturbarle á menudo. Ved aquí los versos más sinceros que acaso haya escrito Campoamor en toda su vida. En ellos describe admirablemente la dichosa condicion de su alma:

« Hay almas como la mia;
Que no tienen pesadumbres,
Y pronto, cuando las tienen,
Su grave peso sacuden.
Almas felices en todo,
Que sólo sus gustos cumplen,

Siguiendo tantos placeres
Cuantos pesares rehuyen.
Almas, en fin, que no hay pena
Que felizmente no endulcen,
Próximo mal que no espanten,
Lejano bien que no busquen.
Que siempre á los serafines
Ven en los aires azules;
Junto á las verdades, sueños;
Entre las tinieblas, luces;
Flores sin fin en los llanos,
Puentes y luz en las cumbres,
En los estanques sirenas,
Y silfides en las nubes.
Dichosas almas que tienen
El delirar por costumbre,
Y siempre hermosas visiones
Con tierno afan las circuyen.
Que penetrando en el cielo
Roban osadas su lumbre,
Y luégo pintan el mundo
Con un color que seduce.»

Este mundo seductor que el poeta nos pinta es el encantado paraíso de los deleites, el cuadro en cuyo centro coloca á la mujer, y donde todo concurre á dar más realce á su hermosura; flores, árboles, aromas, céfiros, luz y armonías de la creacion entera. Campoamor es un furibundo pagano, y se podria poner muy en duda su salvacion, si, como ya he dicho, no se arrepintiese de vez en cuando de sus extravíos y pidiese á Dios perdon

de ellos humildemente. Mas por desgracia y por una singular anomalía, cuando hace por ganar la gloria del cielo con estos actos de contricion, es cuando ménos gloria poética adquiere ; y cuando más poeta se nos figura, es cuando está ménos místico y contrito. Quédense, pues, sus poesías místicas y tristes para que Dios se las pague y se las descuente de sus pecados, y hablemos nosotros de las profanas y alegres.

III.

La primera parte de las poesías de Campoamor se titula *Ternezas y Flores ;* ternezas y flores de la primavera de su vida, frescas, lozanas y escritas con toda la efusion de un alma enamorada. Aquí apénas hay arrepentimientos ni misticismos; todo es amor y alegría. La misma forma, aunque no se puede decir que Campoamor haya hecho estudios muy profundos de la lengua, es perfecta por instinto. La riqueza y espontaneidad de su imaginacion hallan sin esfuerzo alguno la manera más adecuada y elegante de expresar los sentimientos y pensamientos, y de engalanarlos con imágenes floridas. Romances hay en esta primera parte como los mejores romances amorosos que

jamas se escribieron; y quintillas tan bellas, armoniosas y dulces, como las célebres de Gil Polo. Hé aquí cómo principia la composicion titulada *El Amor de la Sierra:*

«Á tiempo que sube ufana,
Matizando el horizonte
De púrpura la mañana,
Cantando de un fresco monte
Baja una linda serrana.

»Con voz que á la alondra afrenta,
Al campo alegrando viene,
Y aunque triste se lamenta,
Mucho el oirla contenta
Por lo que de dulce tiene.

»No hay céfiro, ave ni fuente
Que con su voz no avasalle.
Por eso á su són doliente
Responden tan dulcemente
Los ruiseñores del valle.

»En su purísimo acento
Hallan los tristes dulzura,
Los tibios, grato ardimiento,
Los afligidos, contento,
Y los amantes, ternura.

»Deja el rebaño olvidado,
Y es, á mi entender, locura
Pensar que cuide el ganado
La que tan sólo se cura
De un amoroso cuidado.»

Para citar todas las bellezas que contiene esta primera parte, sería menester hacer de este artículo un libro. Me limito, pues, á aconsejar al lector que compre este tomo de poesías, lindamente impreso por el Sr. Rivadeneyra, y que lea y relea la primera parte y las *Doloras;* que si esta lectura no le divirtiere, ya puede estar seguro de que no tiene buen gusto ni aficion á los versos.

Pero ántes de llegar á las *Doloras* no me parece justo que el curioso lector salte por cima de los *Ayes del alma*, entre los cuales se encuentra tal cual *ay*, que no desdice del autor de las *Ternezas y Flores*. El ingenio al fin, aunque se empeñe en producir cosas contrarias á su índole y condicion, siempre muestra lo que vale; y singularmente cuando vale mucho, como el de nuestro poeta. Entre sus *Ayes* hay dos prolongadísimos. Es el uno un fragmento, ó mejor diré, una coleccion de fragmentos de un poema sobre el tremendo asunto del Juicio final (Dios nos le dé á todos): y el otro una leyenda titulada *El Alma en pena*, que no es tan triste como el nombre lo indica; que habla de amores y de otras aventuras más de este mundo que del otro, y que se lee con interes y está escrita con facilidad y con gracia.

Todavía ántes de llegar á las *Doloras* debemos dar otro salto. Aun están de por medio las *Fábulas*, y las hay de toda laya; políticas, filosóficas,

religiosas, morales, etc. Campoamor ha tenido ya sus disgustillos y desabrimientos (¿quién no los tiene en esta vida?), y en sus correrías por esos mundos ha recogido larga cosecha de desengaños y documentos, que ofrece en estas fábulas á la juventud inexperta. Escritas con bastante ingenio y en estilo natural y sencillo, han alcanzado ménos fama de la que merecen; acaso porque el género no está de moda en el dia. Citarémos, con todo, una de estas fábulas, para satisfacer en parte la curiosidad de los que no las conozcan:

EL ALCORNOQUE Y LA ENREDADERA.

«Nació una enredadera
Al pié de un alcornoque descarnado;
Vistióle de manera,
Que fué en la primavera,
Siendo un bodoque ruin, blason del prado.

»Como propios primores
Lucia el corcho vil ajenas galas,
Siendo con tantas flores
Envidia de pastores
Y blanco del amor de las zagalas.

»¡Oh! ¡qué árbol tan florido!
Decian: ¡qué gentil, qué primoroso!
Elogio merecido,
Pues gracias al vestido,
Por Dios que el alcornoque estaba hermoso.

» Mas llegaron sin cuento
Del otoño las ráfagas sonoras,
Y soplando violento
Dejó alcornoque el viento,
Al que el ídolo fué de las pastoras.

»*¡ Cuántas de esta manera,*
Elvira, adoran á un galan bodoque,
Y hasta que el aura fiera
Lleva la enredadera,
No advierten que han amado á un alcornoque!»

IV.

Despues de haber dado rápidamente noticia de los *Ayes del alma* y de las *Fábulas*, pasemos á ocuparnos de las *Doloras.*

Lo primero que se ocurre, al oir esta palabra, es preguntar su significacion y si es la *Dolora* algun género de poesía no conocido hasta lo presente y que por su novedad y extrañeza há menester un nuevo nombre para clasificarse y distinguirse.

A la primera pregunta sobre la significacion de la *Dolora* poco nos atrevemos á contestar. El capricho sólo movió acaso al autor á dar á sus versos este nombre, como pudiera haberles dado otro cualquiera. Quizá la señora de los pensamien-

tos del poeta, en aquella ocasion, se llamase Dolores, y en honor suyo se decidiese él á llamar *Doloras* á toda esta serie de composiciones. Quizás, por último, por sentirse herido de precoces desengaños, y con cierto dolor en el alma, llamase *Doloras* á los versos inspirados por este dolor; dando á entender que era un dolor endeble y suave, como si fuese un dolor hembra; una *dolora* y no un dolor verdadero y masculino.

En cuanto á la novedad de la composicion, que ha de justificar la novedad del título que se le ha dado, dirémos que hay en efecto alguna novedad. El poeta quiere que entre en cada una de estas composiciones algo de esa filosofía mundana, que la experiencia le ha enseñado; y pone en ellas consejos y observaciones importantes al rumbo que debemos seguir en este mar alborotado de la vida. La forma, dulcemente magistral, satírica y maliciosa; el estilo, ni muy familiar ni muy elevado; la moraleja misma de cada una de estas *Doloras*, que siempre viene á versar sobre la ciencia práctica del mundo; el ir casi todas dirigidas á alguna muchacha, que es el auditorio de que gusta Campoamor, y al que trata de adiestrar en sus filosofías; el tono ligero de las *Doloras*, que por más que se desespere en ellas el poeta, y diga horrores de la humanidad, ni nos hace mella, ni nos pone compungidos, porque

siempre vemos al traves de la máscara trágica, que la cubre, la fisonomía jovial y cariñosa del poeta, y porque se conoce que habla por hablar, y que no nos condena, sino que nos compadece, creyendo más en la debilidad que en la maldad humana, y perdonándola por consiguiente; todo concurre á justificar hasta cierto punto la pretension de Campoamor de hacer pasar sus *Doloras* por un género nuevo. Falta saber si este género es bueno ó malo. Pero algo ha de dejar el crítico por decidir, para que el público lo decida. Sólo diré que temo mucho que nadie, sino el Sr. Campoamor, haga nunca *Doloras*, y que si alguno las hiciere, y procuráre imitarle, las hará pésimas. Las de Campoamor son, sin embargo, excelentes, y algunas se pueden poner al lado de lo más selecto que hay en *Ternezas y Flores;* pues si carecen de la frescura de éstas (ya que á veces, miéntras más bellas y lozanas son las flores, más desabridos suelen ser sus frutos), todavía tienen un no sé qué de misterioso y picante, que les presta la intencion que lleva el autor, y el aire cómicamente sentencioso que toma al escribirlas. No citamos ninguna de estas *Doloras*, por estar convencidos de que el lector, despertada su curiosidad por lo que hemos dicho, va á comprarlas y á leerlas.

(*Revista Peninsular.*)

LAS ESCENAS ANDALUZAS

DEL SOLITARIO.

But ne'er didst thou, fair mount, when Greece
[was yonng,
See round thy giant base a brighter choir
Nor e'er did Delpih, when her Priestess sung
The Pythian hymn with more than mortal fire,
Behold a train more fitting to inspire
The song of love than Andalusia's maids, etc.

BYRON.—Childe Harold.

I.

Dice el discreto y originalísimo Carlysle, que si le propusieran que su patria no hubiese nunca dominado la India oriental, ó no hubiese nunca tenido á Shakespeare, elegiria sin vacilar lo primero: porque verdaderamente la posesion de la India y las ventajas todas que puede traer consi-

go, aunque no faltan economistas que las pongan en duda, habrá de perderlas al cabo Inglaterra; pero Shakespeare durará siempre. Los hombres de su misma lengua y raza que en California y en Australia, y en más remotas y apartadas regiones, si es posible, le lean en lo futuro, se envanecerán por él de ser ingleses, ó de descender de ingleses; y rota la union política, será Shakespeare símbolo de union más alta, y lazo de fraternidad entre estos pueblos. De modo que el más firme cimiento de la nacionalidad y el más seguro indicio de la duracion vital y de la grandeza de una raza, es que no sea muda, y que haya dado dignamente al mundo su pensamiento y su palabra.

Si Camoëns no fuese tan español como Lope de Vega y como Cervántes; si no le llamasen sus compatriotas mismos príncipe de los poetas españoles, y si Portugal y Castilla no fuesen España, creeriamos que *Os Lusiadas* eran el mayor obstáculo á la union futura de ambas naciones. Los pueblos tienen un alma inmortal como los individuos, y Camoëns es el alma colectiva de los portugueses. Los pueblos que no tuvieron nunca hombres así, son pueblos sin alma.

Sucede á veces, sin embargo, que este espíritu de vida, que esta inteligencia secreta de las naciones duerme, como el alma duerme en la infancia del individuo ó se aletarga sin morir en un

desmayo; pero entónces, aunque de una manera informe y vaga, se manifiesta en la poesía popular este espíritu maravilloso, y con ella deja traslucir y vaticinar su nueva encarnacion y más gloriosa epifanía.

Cuando el espíritu de España tuvo que decir su pensamiento al mundo, pensamiento de fe religiosa y de entusiasmo caballeresco, se encarnó en Calderon y en Teresa de Jesus, y en otros grandes santos y poetas altísimos. Hoy, como no tiene que decir pensamiento alguno, ni los poetas nos satisfacen, por ingeniosos y originales que sean, ni los filósofos y políticos nos parecen originales. Éstos toman, y tienen que tomar fatalmente, su pensamiento del espíritu de otras naciones; y la originalidad de aquéllos proviene sólo de lo pasado, y rara vez de lo futuro, aunque en los poetas hay, y debe haber, dón de profecía, con el que columbran lo porvenir en sus éxtasis y ensueños.

El espíritu de esta nacion anda entre tanto en busca de pensamiento nuevo, y si bien el antiguo le va abandonando, todavía anima con él al vulgo y le mueve á grandes acciones, como aconteció en la guerra de la Independencia. Por desgracia, este pensamiento antiguo está ya tan fatigado y exhausto, que apénas llega hasta las clases superiores; las cuales, por una consecuencia lógica de lo que va dicho, viven sin pensamiento propio; y

tomando pensamientos ajenos de aquí y de allí, producen nuestras mezquinas é infecundas desavenencias, sin responder nunca con su valor y energía á la energía poderosa del vulgo. Por eso el gigantesco movimiento de 1808, debiendo encontrar semidioses, casi no encontró hombres que le dirigieran, y no pudo llegar donde hubiera indudablemente llegado con una direccion digna de él.

Buscando, pues, pensamiento nuevo, y viviendo á más no poder, con los recuerdos y pensamientos antiguos, está aún en el vulgo el espíritu inmortal de la nacion española, y da de sí tibia luz en las poesías y costumbres populares. El novelista y el autor dramático se han aficionado por consiguiente á buscar y á desentrañar esta poesía y estas costumbres en el mercado y en otros sitios, donde se cantan las seguidillas de D. Preciso, y algunas mejores aún, y se leen los romances de ciego. Dicen los cortesanos que esto es de *mal tono;* pero ¿qué remedio, si en los salones ni lengua ni costumbres españolas se pueden hallar ahora? En cambio, los sainetes de D. Ramon de la Cruz son españolísimos; y muy españolas son tambien las escenas andaluzas del *Solitario*, de las cuales vamos á ocuparnos en este artículo.

II.

Andalucía es un país predispuesto naturalmente para ser el asiento de una civilizacion original. Ya desde los tiempos más remotos, los turdetanos, que (si no me equivoco, pues todo es posible) ocuparon gran parte de Andalucía, tuvieron, segun testimonio de Strabon, muy sábias leyes escritas en verso, y otros poemas y libros notables. Todas las razas que han habitado despues en Andalucía se han alzado, inspiradas por aquellas encantadoras regiones, á mayor altura de civilizacion que en otras regiones del mundo, donde ántes ó despues han vivido. Los romanos tuvieron allí á los Sénecas, á Lucano y á Silio-Itálico; los godos á San Isidoro de Sevilla; los árabes y los judíos á una pléyada inmortal de sabios, de poetas y de artistas; y en la época moderna, los mejores pintores y los líricos más sublimes de España han sido andaluces. Aquel clima de Andalucía y la benéfica influencia de aquel cielo inspirador son decididamente los más á propósito para fecundar el ingenio y producir la hermosura. ¡Cuán hermosas no son las mujeres de Andalucía! Desde Anacreonte hasta Byron, ¿qué

poeta extranjero de buen gusto no las ha celebrado en sus cantos? Acaso esta misma hermosura y bizarría de la mujer andaluza contribuya en gran manera á infundir en el ánimo de los que, por haber nacido en el mismo suelo, tienen la dicha de verlas y tratarlas de contínuo, esa ternura y ese entusiasmo que los hace poetas. Aunque bien puede ser asimismo que, encendida y arrebatada la imaginacion y enamorada el alma de los andaluces, pongan y estampen en sus hijas aquella hermosura ideal con que sueñan perpétuamente.

Ya Gauthier ha dicho que no son los artistas ingleses los que han copiado á la naturaleza en esas damas aristocráticas y elegantes, y en esas hermosas, arrobadas y pudibumdas doncellas que nos pintan en los libros de Keepsake; sino que estas damas y estas doncellas han llegado, á fuerza de ver estos Keespsakes, á ajustar y á amoldar maravillosamente sus formas y fisonomía al capricho en un principio ideal y fantástico de los dibujantes. Y yo he notado en Roma que las mujeres transteverinas se parecen en extremo á las estatuas y bustos de deidades y de matronas que hay en el Vaticano y el Capitolio; no porque conserven la contextura y semblante de sus antepasadas, que quizá sirvieron de modelo á dichas estatuas, sino porque, de puro mirar y considerar estas obras de arte, han modificado el sér natural

que ántes tenian, hasta el punto de ponerle en armonioso y perfectísimo acuerdo con la creacion del artista. De manera que se puede muy bien asegurar, volviendo á nuestras andaluzas, que son tan hermosas por ser los andaluces tan poetas, y que los andaluces son tan poetas por ser ellas tan hermosas.

¿Por qué, pues, en una tierra tan poética, algunos de nuestros poetas, verdaderamente egregios, no llegan nunca á ser verdaderamente populares? Porque á unos los inspira, como á Zorrilla, el pensamiento de lo pasado, y en otros se descubre, como en Espronceda, un no sé qué de peregrino en el pensamiento tomado del espíritu de otras naciones; desgracia irremediable de los tiempos, no falta que se deba imputar á estos dos ingenios portentosos. El mismo Quintana mezcla al entusiasmo de la libertad, y al furor patriótico contra la dominacion francesa, que le hicieron tan grande, las ligeras doctrinas de los filósofos del siglo XVIII, si ya entónces por demas vulgares en Francia, extrañas á la índole y condicion de los españoles.

Á la region andaluza, á esa tierra de la poesía, deben ir los poetas á buscar inspiraciones, y á sorprender en el seno del pueblo la vida latente del espíritu inmortal de la patria. El Duque de Rivas, en su drama de *Don Alvaro*, se siente

poseido de este espíritu, así en los cuadros populares del aguaducho, del meson de Hornachuelos y de la portería del convento, como en la parte elevada y trascendental del drama, y hasta en la fatalidad que persigue á *Don Alvaro*, fatalidad no griega, sino española; no nacida de la ira de una divinidad caprichosa, ni del destino ó del acaso, sino consecuencia providencial y lógica de una primera falta. Todo esto hace del drama de *Don Alvaro* un trasunto vivo y elevadísimo de nuestras costumbres y de nuestro gran sér, y del Duque el más español y acaso el primero de nuestros poetas contemporáneos.

El *Solitario* ha tenido razon en ponerse á considerar detenidamente este raudal de poesía que nace en su tierra (porque tambien es andaluz el *Solitario*); y de subir, ó dígase bajar hasta su oculto orígen, que es la gente menuda y plebeya de Andalucía. Esta gente es la que ha inventado ó perfeccionado esas danzas alegres del Bolero, el Ole, el Jaleo de Jerez, la Tirana, la Cachucha y el Fandango, que alborotan y regocijan los sentidos y potencias, y por las cuales nos vamos haciendo famosos, á falta de mejor fama en lo presente, allá en los países extranjeros. De Andalucía han venido, como de su centro, los mejores lidiadores de toros, de á pié y de á caballo, que se han conocido, y de que se ha espantado el uni-

verso-mundo. Y cuán menudamente y con cuánta copia de recóndita y revesada erudicion no nos refiere el *Solitario* los altos y bajos, cambios, decadencia, trasformaciones y progresos de estos bailes y tauromaquias? Leyendo al *Solitario* se ve pasar por delante de nuestros ojos *quella schiera infinita d'inmortali*, que, comenzando en Anton Boliche, inventor del bolero, llega por ahora hasta la Nena y la Petra Cámara; y que partiendo del mismo Cid Campeador, que ya toreaba en Madrid á mediados del siglo XI, se extiende hasta Pedro Romero, cantado por Moratin en una oda pindárica, y hasta Pepe-Hillo y Montes, que, no contentos de hacer mil prodigios hazañosos, redujeron ambos á reglas de arte la manera de hacerlos, *tomando ora la espada, ora la pluma.*

En Andalucía nació Manolito Gazquez, el rey de la hipérbole, el príncipe de la mentira poética y sentenciosa, que envuelve en sí más verdades que la verdad misma; y el *Solitario* nos refiere sus agudezas y dichos memorables, como Jenofonte los de Sócrates; pues si Sócrates y Manolito Gazquez no dejaron nada escrito, que se sepa, ambos son igualmente famosos por las discreciones que supieron pensar y decir á sus discípulos y secuaces.

Salieron tambien de Andalucía, y salen aún otros héroes, dignos sucesores de Rinconete y

Cortadillo y de Guzman de Alfarache, que el *Solitario* nos pinta de realce, y con tanta verdad, que no parece sino que están vivos. Notabilidades son éstas desconocidas en la córte, en el *gran mundo* y en las regiones políticas, pero de las que pensaria cualquiera que eran copia y remedo muchas de éstas más conocidas notabilidades. Puede que el *Solitario* escriba con el tiempo sus vidas paralelas, imitando las de Plutarco. En el ínterin, con cuatro rasguños y pinceladas, que no necesita más el *Solitario*, ha dado razon al mundo de quién es él, y de quiénes son sus héroes; y ahí están, v. gr., Pulpete, Balbeja y el Sr. Lipende, que no me dejarán mentir. Pocos toques de mano maestra bastan á retratar á estos insignes varones, que con ser la verdad misma, todavía están circundados de una aureola de poética grandeza.

Pero ¿qué noticias y documentos, si curiosos, importantes, y si importantes entretenidos, no nos ha dado el *Solitario* sobre los poetas y músicos populares de Andalucía, que por la gracia de Dios, y sin auxilios de academias, cantan polos, tiranas, playeras y seguidillas, como ruiseñores y ángeles del cielo? Si algun dia llegamos á tener en España grandes compositores, como los de Italia, Alemania y Francia, con estos desconocidos y humildes han de aprender á inspirarse, sin

dejar por eso de dar nueva luz y vida á esa gran música sagrada, que está como muerta, y tiene por sepultura los archivos de nuestras antiguas catedrales. Sin duda que en el siglo XVI, época de nuestras mayores glorias, tuvimos grandes maestros. Español fué el que fundó y dió leyes al Conservatorio de Música napolitano, de donde han salido al mundo los Bellinis, los Mercadantes, los Tamburinis y tantos otros compositores y cantores maravillosos; y no dejaria de ser maravilloso Salinas, cuando inspira á Fr. Luis de Leon aquella sublime oda que comienza:

El cielo se serena
Y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
La música extremada
Por vuestra sábia mano gobernada.

Pero si ha de venir nueva era de gloria musical para España, al vulgo de Andalucía se la deberémos principalmente, por habernos conservado en el tabernáculo del alma el fuego sacro de la inspiracion, la forma y manera propias de nuestra música y hasta algunas tradiciones de escuela.

«De toda Andalucía, dice el *Solitario*, Sevilla es la depositaria de los universos recuerdos de este género, el taller donde se funden, modifican y recomponen en otros nuevos los cantares y bailes

antiguos, y la universidad donde se aprenden las gracias inimitables, la sal sin cuento, las dulcísimas actitudes, los vistosos volteos y los quiebros delicados. Desde luégo harémos notar, añade despues el *Solitario*, que la *Caña* es el tronco principal y primitivo de muchos de estos cantares, y parece ser con poca diferencia la palabra *Gannia*, que en árabe significa canto. Nadie ignora que la *Caña* es un acento prolongado que principia por un suspiro, y que despues recorre toda la escala y todos los tonos, repitiendo por lo mismo un propio verso muchas veces, y concluyendo con otra copla por un aire más vivo, pero no por eso ménos triste y lamentable. Los cantadores andaluces, que por ley general lo son la gente de á caballo y del camino, dan la primera palma á los que sobresalen en la *Caña*, porque viéndose obligados á apurar el canto, como ellos dicen, ó es preciso que tengan mucho pecho ó facultades, ó que pronto den al traste y se desluzcan. Por lo regular, la *Caña* no se baila, porque en ella el cantador ó cantadora pretenden hacer un papel exclusivo. Hijos de este tronco son los *oles*, las *tiranas*, los *polos* y las modernas *serranas* y tonadas. La copla por lo regular es de pié quebrado. El canto principia tambien por un suspiro; la guitarra ó la tiorba rompe primero con un són suave y melancólico por *mi menor*, pasando al-

ternativamente..... Y son muy de notar, prosigue, los toques y particularidades de este canto, que, por lo mismo de ser tan melancólico y triste, manifiesta honda y elocuentemente que es de música primitiva. En él es verdad que no se encuentra el aliño, el afeite ó la combinacion estudiada é ingeniosa de la nota italiana; pero en cambio, ¡cuánto sentimiento, cuánta dulzura y qué mágico poder para llevar al alma á regiones desconocidas y apartadas de las trivialidades y materialismo de lo presente! Por eso el cantador, como el ruiseñor ó el mirlo de la selva, parece que sólo se escucha á sí mismo, menospreciando la ambicion de otro canto y de otra música vocinglera que apetece los aplausos del salon ó del teatro, contentándose sólo con los ecos del apartamiento y la soledad.»

Así describe nuestro autor las maravillas de la *Caña;* y de este modo, ó por modo más acabado y gentil, si cabe, nos pinta y refiere todas las artes y costumbres andaluzas, mostrándose curtido en ellas, y empapado en las mejores doctrinas. Dejo de citar más por no hacer muy largo este artículo; pero recomiendo la lectura de las *Escenas andaluzas* al que quiera conocer la flor de nuestras costumbres populares, y ver, casi como con los ojos, lo que es un baile en Triana, una feria en Mairena, un *roque* y un *bronquis*, al que

quiera saber en qué consiste la gracia y hermosura de nuestras mujeres, y su gala, primor y aseo en el vestir ; y al que quiera penetrar con la imaginacion del *Solitario* en este mundo de encantos, raíz vivero y almáciga, donde se cria cuanto es verdaderamente castizo y propio de España.

III.

Réstanos ahora defender al *Solitario* de las absurdas acusaciones de algunos, que suponen ser pesado su libro y estar escrito en lenguaje anticuado, extraño y artificioso. Á lo de pesadez, no tengo más que replicar, sino que no lo entienden, ni saben gustar aquella miel de azahar, y aquel venero cabalino de su libro, y que por eso les parece pesado. Quédense para quien son. Acaso ellos hayan leido sin cansarse los numerosos volúmenes del *Judío Errante* y de *Martin el Expósito*, traducidos en una gerigonza bárbara, y llaman con todo pesadez á encerrar y compendiar en un libro de trescientas páginas toda la enciclopedia de artes y ciencias, vida, hechos y dichos memorables *de los bien plantados*, *de los decidores de chistes*, *de los tañedores de vihuela*, *de los lindos*

cantadores, de los montadores de caballos, de los llamados atras, de los alanceadores de toros, y sobre todo de aquellos del brazo de hierro y de la mano airada. Fuerza es confesar que la gente tiene en el dia el gusto muy extragado, si no se complace y se deleita con estas cosas. Lo que yo estoy por decir y sostener, en vista de los tesoros que amontona y hacina el *Solitario* en tan pocas páginas, es que en vez de hartarme, me quedo á media miel de lo que dice; y que le gradúo y declaro prototipo de concision, y Tácito de nuestros tiempos, en que tanto papel, y tan chapucera, inútil y desagradablemente embadurnamos.

Pero aunque pecase algo de prolijo, aunque se anduviese en floreos y se entretuviese más de lo justo, y aunque se dilatase demasiado en cosas de poca entidad y sustancia, ¿cómo criticarle y zaherirle por ello, cuando todo el mundo sabe, y Cervántes lo confirma y corrobora, que *muchos donaires y gracias no se pueden decir en pocas palabras*, y cuando acaso emplee tantas el *Solitario* para mostrarnos todo el primor y armonía de nuestra lengua, tan maltratada y desfigurada hoy, y tan despojada por los ignorantes de la mejor parte de su riqueza?

Las *Escenas andaluzas* son, en efecto, un dechado de perfeccion como lenguaje y estilo; y bien puede y debe estudiarlas el que desee, en vez

de hablar *gringo*, hablar el idioma castellano, no sólo puro y limpio

> De aquellas expresiones
> Necesitadas de tomar unciones,

como las llama el Padre Isla (y bien puedo yo atreverme á citarle), sino un idioma sonoro y rico, así en el giro de la frase, como en las palabras. Estas palabras y estas frases, que se hallan en los autores de los pasados siglos, si bien se van ya desterrando de la sociedad elegante, que habla casi frances, se conservan aún, y se oyen en los Percheles de Málaga, en Triana, y en otros liceos y academias del mismo órden y categoría.

La gente que olvida su lengua es la que se ensaña contra el *Solitario*, y asegura que le entiende, y que paladea tan poco sus discursos, como si estuviesen en lengua hebráica; pero éste debe contestarles lo que Fray Luis de Leon á sus émulos, que casi por idéntico modo y motivo le criticaban. «No conocen éstos, escribe, que el bien hablar no es comun, sino negocio de particular juicio, así en lo que se dice, como en la manera como se dice. Y negocio, que de las palabras que todos hablan, elige las que convienen, y mira al sonido de ellas, y áun cuenta á veces las letras, y

las pesa, y las mide, y las compone, porque no solamente digan con claridad lo que se pretende decir, sino tambien con armonía y dulzura. Y si dicen que no es estilo para los humildes y simples, entiendan que así como los simples tienen su gusto, así los graves, los sabios y los naturalmente compuestos no se aplican bien á lo que se escribe mal y sin órden; y confiesen que debemos tener cuenta con ellos, y señaladamente en las escrituras que son para ellos solos, como aquesta lo es. Y si acaso dijeren que es novedad, yo confieso que es nuevo, y camino no usado por los que escribieron en nuestra lengua, poner en ella número, levantándola del decaimiento ordinario.»

Esto que entónces decia Fray Luis, porque áun no habia prosistas castellanos, puede ahora repetirlo el *Solitario*, porque pronto dejará de haberlos, si siguen las cosas el rumbo que llevan. Por un lado, los que sólo leen libros franceses, bebiendo en ellos toda su doctrina, y dudando que haya en los españoles algo que aprender, nos traducen las ideas que suelen pillar al vuelo en aquellos libros, no con frase castiza, sino con frases y palabras francesas, pues imaginan, no conociendo nuestros autores, que la lengua española es pobre, y no se presta á traducir bien tan peregrinas novedades. Éstos adulteran la lengua, y aca-

ban lastimosamente con ella. Y por otro lado, los escritores de *buen gusto*, los de la *difícil facilidad*, los de la *sobriedad discreta y cortesana* la empobrecen; porque ya destierran de sus escritos unas palabras que les parecen anticuadas, ó pedantescas ó altisonantes, y ya proscriben y anatematizan muchísimas por viles y plebeyas; por donde la lengua viene á quedar reducida en voces y giros, ganando acaso algo en precision y claridad, si bien perdiendo mucho en riqueza, número y poesía. Cuando suceden estas cosas es menester escribir consultando á los autores antiguos y al pueblo, que tambien conserva la hermosura y abundancia del idioma. De otro modo, el idioma se perderia, ó degeneraria al ménos. Por eso, La Fontaine tomaba las expresiones de Marot y de Rabelais; y Malherbe decia: *J'apprends tout mon français à la place Maubert.* El *Solitario* sigue en esto á La Fontaine y á Malherbe, y dice, como Platon, que el pueblo es su maestro de lengua. Courier, admirable escritor, y grande hablista, adoptó y preconizó este método en Francia. En Italia, para sacar á la lengua de la indigencia á que la redujeron los escrúpulos y finuras de Metastasio y otros autores de tocador, han tenido los grandes autores que valerse del mismo método. Si el *Solitario* peca, ya se puede disculpar con estos ejemplos.

Las *Escenas andaluzas* son, en resolucion, excelentes, por más que se esfuercen los críticos de salon en probar lo contrario; y los críticos franceses, tan descontentadizos, y tan aficionados á poner defectos, y á hallar detestables nuestras obras, han encomiado y ensalzado ésta como se merece.

Don Tomás Rodriguez Rubí, aunque con menor primor de estilo, ha escrito tambien en el modo andaluz un volúmen de poesías salpicado de agudezas. Por este órden se han escrito asimismo algunas comedias de costumbres andaluzas; y aunque este género de comedias decae, y con razon, pues se ha abusado de él, creyendo algunos que todo el toque del habla andaluza consiste, no ya en revestir de imágenes y de otras calidades peculiares el pensamiento, sino en pronunciar de cierta manera estropajosa, indicando esta pronunciacion en la escritura, y disfrazando feamente las palabras; todavía se puede creer y áun tener por cierto, que la zarzuela ú ópera cómica española, que vuelve á cultivarse con éxito, se debe singularmente á las inspiraciones de Andalucía.

Cuentos andaluces son los que áun no se han coleccionado como debieran; y en verdad, que los hay tantos y tan buenos, que bien pudiera formarse con ellos un libro tan divertido y extenso

como *Las Mil y Una Noches*, ó al ménos una coleccion tan amena y curiosa como la que hicieron los hermanos Grimm de los cuentos alemanes. De esperar es que algun escritor desenfadado é inteligente llene al cabo este vacío, que no es el solo que se nota en nuestra literatura, la cual, por lo mismo que es tan rica, tiene grandes obligaciones que cumplir, y á la cual, por lo mismo que debemos y queremos considerarla como la expresion del pensamiento de un gran pueblo, acaso la juzguemos, en ciertas épocas y ocasiones, de un modo que parezca á algunos harto severo. Dispensen éstos la falta, en gracia de la intencion recta y sana.

(*Revista Peninsular.*)

DE LA NATURALEZA

Y

CARÁCTER DE LA NOVELA.

I.

No seré yo quien ponga en duda el justo título con que el Sr. Nocedal pudo pretender y alcanzar la honra de sentarse entre los dignos individuos de la Academia Española. Bástanle los que nadie puede negarle, de escritor elegante y de orador elocuentísimo. Si el ser ademas un docto jurisconsulto, un diestro abogado y uno de los hombres políticos más importantes de nuestra patria, no es precisamente lo que se requiere para entrar en la mencionada Academia, no ha de negarse, con todo, que estas envidiables y honrosas cualidades dan gran autoridad á quien las posee, y le hacen

merecedor de cualquiera distincion, por extraña que parezca.

El discurso que pronunció el Sr. Nocedal en su recepcion vino á confirmarme en mi pensamiento. Este discurso, por lo bien escrito y áun por lo bien leido, justificó la eleccion de la Academia. Á los que nos dejamos seducir por la tersura y belleza del estilo nos deslumbró el Sr. Nocedal hasta el punto de que aplaudiésemos las ideas que expone; pero estas ideas, por desgracia, no resisten al detenido exámen que se hace de ellas en la lectura, y condenadas, más que por falsas, por vulgares, dejan reducido el discurso á una mera, aunque brillante declamacion.

Escrito ya, aunque no publicado este artículo, han aparecido otros sobre el mismo asunto en varios periódicos de la córte. Uno de ellos acusa de plagiario al Sr. Nocedal; pero mi intento no es acusarle ni defenderle. Yo trato de impugnar las teorías de su discurso, poco me importa que esas teorías sean propias del nuevo académico, ó estén tomadas de una obra francesa, que confieso no haber leido.

Yo doy por cierto que si el Sr. Nocedal hubiese escogido asunto más conforme á la índole de sus severos estudios hubiera acertado á componer una disertacion, en la cual el fondo no desdijese de la forma. ¿Qué elevadas razones y qué tesoros

de filosofía política no hubieran salido de sus labios, si en vez de ocuparse de novelas hubiera desenvuelto en su discurso la idea que apunta al principio de él, de que el idioma es prenda de nacionalidad y signo de raza? ¿Con qué brío y con qué fervor no nos hubiera demostrado, que es menester conservar nuestro idioma en toda su pureza, porque en él está el espíritu, el alma del pueblo? ¿Con qué evidencia no hubiera probado que una lengua como la nuestra, en la cual han encarnado Cervántes y Calderon sus divinos pensamientos, no sólo es un blason glorioso, sino tambien una promesa de la inmortalidad y de la excelencia del pueblo que la habla? El Sr. Nocedal hubiera deducido de aquí la importancia de la Academia, defensora y guardadora de la pureza del lenguaje, y hubiera condenado, hasta como á reos de lesa nacion, á los que á sabiendas le corrompen, afean y destruyen, sin considerar que está en él lo más duradero y esencial de la vida de las razas y de las nacionalidades.

Si bajo el yugo de los turcos no hubiera conservado la Grecia el habla de Homero, ni hubiéramos presenciado en nuestra edad la sublime resurreccion de aquella nacion, ni se hubiera admirado el mundo de las hazañas de los suliotas, ni del heroísmo de Missolonghi, ni de la constancia y valor de Kanaris, Botzaris, Tsavelas y otros

dignos émulos de Temístocles y de Leonidas. El Dante, creando una lengua literaria, comun á todos los Estados italianos, hizo nacer en las almas la constante aspiracion á la unidad política de Italia que, merced á los dichosos esfuerzos de la casa de Saboya, propende al cabo á realizarse; y Camoëns, escribiendo *Os Lusiadas*, levantó el mayor obstáculo á la union de su pueblo con España, porque magnificó el lenguaje y santificó el signo característico de independencia de la nacionalidad portuguesa.

En suma, yo entiendo que el Sr. Nocedal hubiera podido escribir un magnífico discurso sobre la importancia y significacion política de los idiomas y sobre la conveniencia de velar por el esplendor y pureza del que nosotros hablamos; pero el Sr. Nocedal, como ya hemos dicho, pasó ligeramente de este asunto al de las novelas, en el cual, harto se conoce que no está tan versado como en jurisprudencia, administracion y otras ciencias de gobierno.

El Sr. Nocedal empieza por aceptar como buena la definicion lastimosa que del género de *poesía* de que vamos á ocuparnos da el Diccionario de la Academia.

Llamo á la novela *poesía*, aunque las novelas, por lo general, se escriben en prosa, porque ni son historias, ni ciencia, ni filosofía, y aunque no

estén en verso no dejan de ser parto de la imaginacion poética. El mismo Sr. Nocedal está más que de acuerdo conmigo, cuando califica de *poemas* las novelitas de costumbres de Fernan Caballero. Poesía, pues, son las novelas, aunque poesía libre del metro y con mayor licencia para descender de lo sublime y noble á lo vulgar y pedestre que lo que estrictamente se llama poesía. El Sr. Nocedal condena, sin embargo, la novela, valiéndose de la autoridad del Diccionario, á que se limite á lo pedestre y vulgar, ya que ha de estar siempre *tejida de los casos que comunmente suceden;* lo cual, si fuera exacto, nos llevaria á negar á las mejores y más discretas é ingeniosas novelas la calidad de tales. ¿Quién ha de creer, por ejemplo, que todo lo que se cuenta en el *Quijote* sucede ó puede suceder comunmente, áun dadas las costumbres y las creencias de la época en que el *Quijote* se escribió? Los palos recibidos y los molimientos y la mala ventura del pobre *Don Quijote* serán de los que comunmente suceden; pero no está en eso lo esencial de la ficcion de Cervántes. Si álguien hubiera dado de palos y molido los huesos y lastimado el alma á un loco ó un cuerdo, de los que *comunmente suceden* ó hay en el mundo, y Cervántes hubiera escrito las desventuras de ese loco ó de ese cuerdo, Cervántes hubiera compuesto una prosáica representacion de

la realidad y no la ficcion peregrina, gloria de nuestra literatura. Pues qué, ¿sucede comunmente que haya en el mundo real un personaje tan bello, tan rico de amor, de fantasía y de otras nobles prendas, tan lleno de fe y tan apasionado de lo ideal, tan extraño, en suma, y tan único como *Don Quijote?* El poeta, ¿no le ha sacado del fondo de su alma, sin par, extraordinario, nuevo y dotado de una vida fantástica, inmortal y más clara que la de los más grandes héroes de la historia?

La diferencia que media entre la historia y la poesía está en que la historia pinta las cosas como son, y la poesía como debieran ser; por lo cual, dice Aristóteles, que la poesía se adelanta y es mucho más filosófica que la historia. Si la novela se limitase á narrar lo que comunmente sucede, no sería poesía, ni nos ofreceria un ideal, ni sería siquiera una historia digna, sino una historia, sobre falsa, baja y rastrera.

Imposible parece que el Sr. Nocedal, por sobrado amor al Diccionario de la Academia, haya venido á caer en el error teórico de los *realistas*. Y digo *teórico*, porque en la práctica los mismos realistas son idealistas sin saberlo. Feydau, Flaubert y Champfleury, se fingen y nos presentan un ideal, aunque perverso y abominable. Lo ideal es condicion esencialísima de la poesía; un buen

ideal dará por resultado una buena poesía; uno malo, una mala; pero ningun ideal no da por resultado ni poesía, ni novela, que merezcan estos nombres.

El Sr. Nocedal incurre en la equivocacion de citar á Cervántes como autoridad crítica. No será el Sr. Nocedal más que yo entusiasta de Cervántes, y sin embargo, no le doy autoridad ninguna. Cervántes era un poeta inspirado, no un crítico reflexivo. Creaba maravillas como por un instinto ó una virtud del cielo; pero no sabía analizar ni explicar el secreto de esta virtud. Moises (y permítaseme que me valga de esta comparacion sagrada) hacía prodigios con su vara, y no tan sólo no sabía cómo los hacía, sino que, ignorante acaso de las ciencias naturales, no acertaba á ponderar toda la grandeza de esos prodigios mismos. Así, Cervántes escribe el *Quijote*, y ni acierta á explicar cómo ha obrado aquel prodigio, ni á estimarle en toda su grandeza, á no ser vagamente y más por sentimiento que por reflexion. Por reflexion, Cervántes preferia el *Pérsiles*.

La crítica literaria, por otra parte, ó estaba muy atrasada ó no existia en España en la época de Cervántes, lo cual, por manera alguna se opone á que hubiese inspiracion, y á que escribiesen Calderon, y Lope, y Moreto, y Garcilaso, y Mendoza. Homero y Hesiodo escribieron, no sólo sin

crítica literaria, sino hasta sin gramática. Algunos siglos despues fué cuando se le ocurrió á un sofista dividir los nombres en masculinos y femeninos, lo cual, pareció la más absurda novedad, y dió ocasion á las mismas burlas que más adelante la poética de Aristóteles y que la estética en el dia han promovido y promueven.

Deduzco yo de lo dicho, que citar ahora á Cervántes como autoridad crítico-literaria, equivale á sostener en Química una opinion contraria á las de Thenard, Liebig ú Orfila, apoyándose en la autoridad de Lulio, de Cornelio Agripa ó de Paracelso.

Hay un pasaje en que el glorioso manco de Lepanto se diria que quiere desterrar de la novela lo sobrenatural y maravilloso; y esto basta para confirmar al Sr. Nocedal en la idea de que el Diccionario de la Academia tiene razon que le sobra. No son, pues, novelas, ni hay para qué darles semejante título: *Las Mil y Una Noches*, el *Pérsiles*, y hasta la *Galatea*, áun cuando no sea más sino porque nunca hubo pastores tan atildados y discretos. Tampoco serán novelas, aunque el señor Nocedal las llame novelas, aquellas *portentosas tradiciones de la comarca, que en las aldeas refiere una anciana junto al hogar, y aquellos cuentos que una tierna y adorada madre os narraba*, y que casi siempre solian ser de hadas, he-

chiceras, asombros y otras cosas que no son de las que *comunmente suceden*, sino de aquellas que, como dice el mismo Sr. Nocedal, *no hay medio de que sucedan en lo humano.*

El Sr. Nocedal y la Academia quieren, con razon, que la novela sea verosímil; pero el Sr. Nocedal ha hecho una deplorable confusion de la verosimilitud vulgar y de la científica, con la verosimilitud artística ó estética; de lo que debe parecer verdadero en el mundo encantado de la fantasía, con lo que puede parecerlo ó no parecerlo en nuestro mundo real, segun las diversas preocupaciones, la religion y la ciencia del que juzga y decide. Para el Sr. Nocedal, por ejemplo, y para mí que somos buenos católicos, nada hay tan verosímil como el que haga milagros un bienaventurado siervo de Dios; para un físico ó un químico racionalista nada hay más absurdo; mucha parte del vulgo cree aún en los duendes, y el Sr. Nocedal y yo no creemos; los persas y los árabes creen en las hadas, en las peris y en los genios, y los europeos creen ó han creido en las brujas: los mahometanos tienen por artículos de fe las patrañas del Koran, y los indios las encarnaciones de Brahma. Pregunto yo: ¿á cuál de estos criterios hemos de apelar para escribir una novela verosímil?

Creo que á ninguno. En el mundo de la fantasía,

que es el mundo de la novela, debemos admitir, no ya como verosímiles, sino como verdaderos todos los legítimos engendros de la fantasía. El criterio de la verosimilitud fantástica es el que decide sobre la legitimidad de esos engendros, sometidos en su nacimiento, en su desarrollo y vida á ciertas leyes de conveniencia y de lógica. Así, por ejemplo, un hombre dotado de la facultad de volar, nada tiene de inverosímil en novela; pero lo tendria, si el poeta que le crease no tuviese al propio tiempo bastante magia de estilo y bastante virtud representativa para trasladarnos á las regiones imaginarias en que es verosímil que un hombre vuele, y para pintárnosle de modo que, á despecho de nuestra incredulidad, le veamos ir por el aire. Por lo demas, este hombre, salvo la rareza del vuelo, debe ser parecido á los otros hombres en su modo de obrar, pensar y sentir. Podrémos prestarle índole, inteligencia y pasiones sumamente extraordinarias; pero, supuestas estas premisas, todos los actos, razonamientos y sentimientos del hombre volador deberán ser lógicas y bien deducidas consecuencias de ellas.

Párese un momento el Sr. Nocedal, y considere las ridículas contiendas que se suscitarian si, para decidir de la verosimilitud de las obras poéticas, nos valiésemos del mismo criterio que para juzgar de la verosimilitud de los casos del mundo real.

Supongamos que en una hermosa novela histórica se pinta la batalla de Clavijo y aparece el Apóstol sobre un caballo blanco matando moros. Yo tendré entónces por absurda y ridícula la novela, porque, entendido el caso materialmente, no puedo admitirle por cierto. Personas piadosas ó crédulas hay aún, sin embargo, que le tienen por positivo. ¿Quién, entre esas personas ó yo, ha de decidir que el caso es verosímil? Claro está que ninguna. Pero busquemos la verosimilitud estética del caso, y la hallarémos todos. La verosimilitud estética está en la conciencia de los guerreros cristianos, fervorosos y entusiastas, que entónces combatieron por Cristo contra los infieles. Ellos tuvieron bastante fe en el alma para ver al Apóstol que combatia á su lado, como los griegos vieron á Aquiles muchas veces, y los romanos á Quirino y á Castor y Polux. Y siendo esto cierto, como indudablemente lo es, no sólo es verosímil, sino tambien estéticamente verdadera la aparicion del Apóstol. La vision de aquellos espíritus creyentes, y no otra cosa, es la que se *objetiva* y presenta en la obra de arte. Los que no creen en apariciones de muertos van al teatro y creen en la sombra de Banco que toma asiento en el festin. Donde realmente está la sombra de Banco es en la conciencia criminal y turbada de Macbeth; pero los espectadores penetran en la conciencia

de aquel asesino, y allí, en un tiempo y en un espacio fantásticos, y no en el teatro, con todo aquel artificio más ó ménos grosero de escotillones, cuerdas y telas pintadas, ven el horrible espectro que se alza amenazador y espantoso.

¿Qué hombre, que esté en su cabal juicio, podrá creer en el siglo XIX en *El Convidado de piedra?* Pero ¿quién (á no ser Moratin y los de su secta, para los cuales todo lo sublime que no estuviese en los clásicos griegos y latinos, y en los preceptistas franceses del siglo de Luis XIV, era el libro de los siete sellos), quién ha de negar la sublimidad de la leyenda de *Don Juan Tenorio?* ¿Quién ha de negar, aunque todo lo niegue, el poder y la virtud de la conciencia popular y religiosa, que, en nombre de Dios, condena al malvado y al ateo, y que, prestando vida misteriosa á la estatua de mármol, suscita en ella un vengador terrible de las inultas abominaciones del impío?

Creo, pues, que lo sobrenatural no debe ni puede desterrarse de las representaciones estéticas; pero como lo sobrenatural no está en armonía con lo comun, menester es admitir tambien en la novela, ó en cualquiera obra de arte, lo misterioso y lo extraordinario. De otra suerte, no podria cumplirse aquel juicioso precepto de Horacio:

Nec deus intersit, nisi dignus vindice nodus
Inciderit.

Voy á explicarme, y para ello me valdré del mismo ejemplo de *Don Juan Tenorio*, comparando el de Tirso con el de su imitador Molière. Claro está que, para que el milagro de la estatua se justifique, conviene que D. Juan sea una figura grandiosa, casi inverosímil, segun el criterio vulgar, un héroe tan satánico que no basten los hombres á castigarle y se requiera la intervencion de la Omnipotencia divina que trastorne á este fin las leyes de la Naturaleza. Esto lo entendió ó lo adivinó Tirso, y su D. Juan merece que Dios ó el diablo se ocupen de él tan especialísimamente. Molière, con una crítica más vulgar y sin la inspiracion del poeta español, hace de su D. Juan un personaje más comun, más verosímil. El don Juan de Molière apénas seduce doncellas; con muchas no es el burlador, sino el burlado, que es lo que comunmente sucede; el D. Juan de Molière apénas mata hombres y hasta tiene que disfrazarse y huir para que no le apaleen. Así es que, siendo más verosímil el personaje de Molière que el de Tirso, en Tirso es lógico y digno y estéticamente verosímil el desenlace, y en Molière no lo es, á lo que yo entiendo. Su D. Juan no merece morir de milagro, sino en presidio ó de una buena paliza.

Vea, pues, el Sr. Nocedal cómo no sólo es permitida, sino hasta indispensable en ciertos ar-

gumentos la creacion de personajes dotados de facultades intelectuales, morales ó físicas superiores á las que comunmente concedemos á los hombres del mundo real. Aun en el mismo mundo real, ¿me quiere decir el Sr. Nocedal qué fisiología ó qué psicología ha de juzgar y fallar sobre la verosimilitud de la extension de las facultades humanas? ¿Somos acaso poseedores de la verdad infinita? ¿Hemos descubierto acaso todas las leyes de la Naturaleza y señalado con precision los límites de lo posible? ¿No hay, más allá de todas las regiones y épocas que ha explorado la ciencia, un universo incógnito é inexplorado, que puede el artista poblar á su antojo, sin que, no ya el criterio estético, pero ni el propio criterio científico tenga razones valederas y suficientes para negar la realidad de tales creaciones? Y no hay que decir que ese otro universo está léjos, más allá de las estrellas remotas, porque vivimos en él y respiramos el ambiente que en él se respira. En la superficie, en la corteza, en lo para nosotros sensible é inteligible de las cosas que nos rodean, está ó puede estar la verdad conocida; pero en el fondo, en lo íntimo de las cosas todas, áun de las más vulgares, hay un abismo misterioso y arcano, donde la imaginacion puede perderse y soñar maravillas. Cualquiera hombre de imaginacion poética tiene debajo de

su cama ó detras del estante de sus libros *los siete castillos de las siete fadas*, que pensaba ver don Quijote en el fondo del gran lago de pez hirviente.

El Sr. Nocedal sostiene tambien que nada extraordinario ni fuera del órden natural debe acontecer en la novela, para que de ella resulte alguna enseñanza: *porque imaginar que de elementos absurdos se pueden sacar deducciones prácticas y consecuencias útiles, es pensar lo excusado.* Pero yo no puedo admitir este aserto, so pena de creer que no es absurdo que los animales hablen y discurran como nosotros, ó de negar toda moralidad á las fábulas de Esopo. Absurdo es que Minerva, bajo la figura de Mentor, acompañe á Telémaco en sus peregrinaciones, y la obra de Fenelon está llena, á pesar de todo, de enseñanza moral, política y filosófica. Absurdos son los viajes de Gulliver, y no deja de reflejarse en ellos vivísimamente la negra é irreligiosa misantropía de quien los compuso. Absurdos son, por último, el *Cándido* y el *Micromegas*, y no por eso dejan de sacarse de ambas novelas los más terribles argumentos de que los impíos pueden valerse para negar la bondad de la creacion divina, y para fundar en los grandes descubrimientos astronómicos modernos, no la grandeza de Dios, sino la ruindad é insignificancia del hombre, indigno de que

Dios se ocupe de él con especial providencia.

En las novelas de W. Scott, que elogia el señor Nocedal porque en ellas *no se preparan y complican y desenlazan los acontecimientos por otras causas y resortes distintos de los comunes en la vida*, intervienen, sin embargo, adivinos, brujas, espectros y otros seres sobrenaturales y misteriosos. Aquel novelista, si la memoria no me engaña, unió ademas el precepto al ejemplo y escribió un discurso sobre el empleo de lo sobrenatural y misterioso en las novelas.

Ya se entiende que lo fantástico ha de emplearse con sobriedad y discernimiento, para lo cual dan reglas los que han escrito sobre filosofía del arte, y para lo cual, áun sin reglas, pueden servir de guía el buen gusto y la feliz inspiracion del que escribe.

Debo asimismo advertir aquí, que al empleo de lo sobrenatural se oponen á veces razones de conveniencia, que si bien no se fundan en la doctrina estética, son áun más atendibles. Dios, desde luégo, segun un hombre de nuestra civilizacion le concibe en su mente, no debe intervenir de un modo inmediato en un poema por sublime que éste sea. ¿Qué forma hay adecuada á lo infinito y espiritual del Sér divino? Pero la Vírgen, los santos y los ángeles pueden estéticamente ser representados, y sin embargo, muy rara vez conviene

que se representen para evitar una profanacion, y para no convertir nuestra religion santa y verdadera en una mitología ó en una teurgía. La comedia de *El Diablo predicador*, artísticamente considerada, es chistosísima y buena, pero es detestable si se mira por el lado de la religion, porque hace intervenir sus misterios en una farsa indecorosa. Lo mismo puede decirse del San Miguel que aparece en el *Orlando* del Ariosto, con la diferencia de que el Ariosto, segun lo que yo sospecho de su poquísima piedad, hace adrede la caricatura del Arcángel, y en *El Diablo predicador* peca de inocente y de candoroso el poeta. Homero pecó del mismo modo contra las divinidades gentílicas, y no pudo libertarse de los anatemas de Platon.

Concluyo, pues, diciendo que el empleo de lo sobrenatural y misterioso es permitido en las novelas, y muy conveniente cuando se hace con discrecion y mesura; que los seres sobrenaturales, hijos de las falsas religiones ó de la supersticion popular, son más á propósito que los verdaderos seres sobrenaturales para que intervengan en la ficcion de un poeta; y que los entes sobrehumanos, de cuya existencia sabemos por revelacion, pueden, á pesar de los peligros mencionados, aparecer en un poema, en una leyenda ó en un cuento, ya sea en verso, ya en prosa, con tal que

el autor nos los presente de un modo digno y con el conveniente decoro. En este último género poco habria, á mi ver, en español, más perfecto, si conforme está bien ideado y trazado estuviese bien escrito, que la historia de *Lisardo y la monja Teodora*, que D. Cristóbal Lozano pone en sus *Soledades de la vida y desengaños del mundo*.

II.

Dejamos sentado que lo fantástico no se puede excluir de la novela, no que toda novela ha de participar por fuerza de lo fantástico, segun lo que generalmente se entiende por esta palabra.

La novela es un género tan comprensivo y libre, que todo cabe en ella, con tal que sea historia fingida. Sin embargo, como toda buena novela tiene algo de poesía, siempre intervienen y siempre procuran los novelistas que intervengan en sus obras lo extraordinario, lo ideal, lo raro y lo peregrino. Por eso se llama *novelesco* lo que no sucede comunmente.

Este horror de lo comun, que tienen con razon los novelistas, ha llevado á unos, como á Chateaubriand y á Cooper, á imaginar las suyas en el seno de los bosques vírgenes de América, y á

crear sus personajes entre los hombres selváticos, en lucha con la Naturaleza, abandonados á la propia energía, libres y exentos de las leyes sociales, no sujetos á la tutela de un gobierno y campando por sus respetos, sin cédula de vecindad, sin reglamentos de policía y sin pasaporte. *Sus fueros, sus bríos, sus pragmáticas, su voluntad:* como los caballeros andantes.

Otros novelistas han ido, como Byron, á buscar sus héroes entre los *klephtas* y los piratas griegos; otros, como Méry, en la India, entre los fanáticos sectarios de Siva y de la diosa Durga; y otros, como Mérimée, en *Cármen* y en *Colomba*, han venido á España ó han ido á Córcega, procurando hallar todos un ménos complicado órden social, en que el hombre esté más cerca de la Naturaleza y en que se muevan más libremente sus pasiones, y sus pasos no sean de contínuo vigilados, ni sus actos prevenidos ó castigados al punto.

Es indudable que uno de los más sublimes espectáculos que á nuestro espíritu puede ofrecer el poeta, es el del libre albedrío, que sin coaccion material ejerce la facultad, si tremenda, nobilísima, de elegir lo bueno ó lo malo, de salvarse ó de perderse; y es tambien indudable que, si bien los bandos, leyes y reglamentos, y la vigilancia que suele haber en las bien concertadas repúbli-

cas, no coartan la libertad interna, limitan en lo exterior el ejercicio de esta facultad y de otras energías del alma, buenas ó malas; porque cuidando y velando por nosotros la sociedad toda, á su desvelo y cuidado dejamos muchas cosas, en que de otra suerte desplegarian maravilloso poder nuestra voluntad y nuestro entendimiento. Con esta teoría se explica el encanto del *Robinson* y de otras novelas por el estilo. No voy yo hasta afirmar con ciertos filósofos, que en una sociedad muy culta y bien ordenada sería absolutamente imposible la novela; pero sí afirmo que es más poético y novelesco el personaje que cumple su propia voluntad, que el que cumple la voluntad de otro; el que se defiende á sí mismo, que el que remite la propia defensa á un poder superior y extraño. Los contrabandistas son más poéticos y novelescos que los carabineros y que los vistas de aduana; y el valiente bandido Roque Guinar, y el terrible capitan Rolando, más novelescos y poéticos que los cuadrilleros y los alguaciles que nos pintan el *Gil Blas* y el *Quijote*. Los trágicos griegos comprendieron instintivamente esta verdad, y fingieron todos sus personajes entre los tiranos y los príncipes que hacen lo que se les antoja, que no reconocen superior y que sólo á la divinidad dan cuenta de sus acciones.

En el mundo en que vivimos, particularmente

BIBLIOTECA · Granada

los individuos de la clase media, tenemos á menudo que seguir un carril, amoldarnos en una misma turquesa y ajustarnos á cierta pauta, todo lo cual amengua y descabala y áun destruye la *autonomía* novelesca, ó por lo ménos, impide su manifestacion y desarrollo. Á no ser un foragido, esto es, á no estar fuera de la sociedad, ó á no ser un mendigo, esto es, á no estar libre de muchas de las exigencias sociales, cualquiera honrado *burgués* de nuestros dias se halla muy en peligro de que jamas le suceda cosa alguna que tenga visos de las que en las novelas suceden. Sólo el tener uno mucho dinero le salva de este peligro. Por eso yo, siguiendo la opinion contraria del Sr. Nocedal, no le escatimo sus tesoros fantásticos al novelista, ni pongo tasa á sus liberalidades con *Montecristo* ó con *Abul-Casen*. El dinero es en ocasiones la piedra angular de un edificio poético, así como la falta del vil metal impide que se levanten otros cuyo plano y traza no pueden ser mejores.

Se me responderá á esto que hay novelas muy bonitas é interesantes sin hadas, sin asombros y sin riquezas fabulosas, sino con personajes comunes que viven en una honrada medianía sin que les sucedan casos y lances notables y de estruendo; mas aunque así lo concedamos, no hemos de conceder de ningun modo que lo extraordinario

ha de tenerse por de mala ley. Aun en las mismas representaciones en apariencia más prosaicas de la vida real, pone el autor, si son buenas, cierto misterioso idealismo. De otra suerte se expone á caer en la grosería de Paul de Kock ó de Pigault Lebrun, ó en el bajo realismo de algunas comedias de Breton, como *Dios los cría y ellos se juntan*, *El qué dirán y el qué se me da á mí*, y otras.

El novelista cómico puede limitarse á pintar personajes y á narrar sucesos vulgarísimos y hasta soeces, si gusta; pero ha de ser como contraste satírico de un ideal de limpieza, perfeccion y decente compostura, que ha de estar siempre presente y ha de purificar ó poetizar aquellos cuadros. La escena en que Cervántes nos pinta la cita nocturna de Maritórnes y los bestiales apetitos del arriero, viene á trasformarse en una sublime poesía irónica, merced á los elevados sentimientos de D. Quijote.

Hay otra clase de novelas, en las cuales, examinadas superficialmente, nada sucede *que de contar sea*. En ellas apénas hay aventuras ni argumento. Sus personajes se enamoran, se casan, se mueren, empobrecen ó se hacen ricos, son felices ó desgraciados, como los demas del mundo. Considerados aislada y exteriormente, los lances de estas novelas suelen ser todo lo contrario de

memorables y dignos de escritura; pero en lo íntimo del alma de los personajes hay un caudal infinito de poesía que el autor desentraña y muestra, y que trasforma la ficcion, de vulgar y prosaica, en poética y nueva. Produce esto en el lector un encanto parecido al que tendria un zahorí que, caminando por una estéril llanura, penetrase con la vista en lo profundo de la tierra y viese allí los montones de piedras preciosas que han acumulado los gnomos; una ilusion semejante á la de Ferragut, en el *Bernardo*, cuando á la luz de la lámpara mágica se le convierte en hermosa y jóven señora la vieja hechicera Arleta, y la pobre choza en espléndido palacio.

De esta clase de novelas son modelos bellísimos muchas de Jorge Sand, sobre todo las campestres. Sus rústicos son verdaderos rústicos, tostados del sol, encallecidas las manos del trabajo, mal vestidos, peor comidos y sin una peseta; no son ideales y cortesanos pastores engalanados de rosas y de moños, sin más ocupacion que componer artificiosos versos ó tocar el caramillo y en familiar convivencia y trato con las ninfas y los faunos y hasta con el mismo Amor y otras divinidades superiores; pero el Amor y la poesía los visitan interiormente y sacan de sus almas una luz encantadora, cuyo resplandor esclarece y trastrueca la escena como si la poblasen los faunos,

las ninfas y todo el coro de las musas inmortales. No entro ahora en la cuestion de si Jorge Sand es un escritor más ó ménos inmoral ó antisocial; sólo sostengo que es un eminente poeta.

Suelen ser sus novelas de las que buscan lo ideal dentro del alma y que podemos llamar *psicológicas*.

De este género no negaré que se ha abusado mucho cayendo autores ingeniosísimos, como Balzac, en lo falso y en lo minucioso; y otros, aunque siempre verdaderos, pecando de prolijos, que es falta muy comun entre los novelistas ingleses, empezando en Richardson y no excluyendo al autor de *Waverley*, reformador y renovador de la novela histórica.

Sobre este linaje de novelas pronuncia el señor Nocedal sentencias, á mi ver, muy justas, pero vagas y sujetas, por consiguiente, á una mala interpretacion. Voy á tratar de darles la interpretacion legítima. Para ello debemos observar primeramente, que dentro de un tiempo y de un espacio conocidos, siéndonos conocidas tambien cuantas cosas en ese espacio y en ese tiempo se encierran, no es dado imaginar lo más mínimo. El poseedor y el conocedor de un átlas geográfico moderno jamas hubiera escrito las peregrinaciones del infante D. Pedro de Portugal, ó de Simbad el marino, y Niebuhr, con su severa crítica

histórica, no sólo no hubiera escrito *La Ciropedia*, que es una novela histórica que falsifica la historia, pero ni siquiera hubiera escrito la historia de Tito Livio, porque es una historia, en su entender, llena de novelas. *La Ciropedia*, sin embargo, y los cuentos del infante D. Pedro y de Simbad no puede negarse que son muy lindos. Lo son ademas las leyendas del rey Artús y muchas proezas del Cid y de Bernardo del Carpio, y *Las Guerras civiles de Granada*, de Gines Perez de Hita, y no pocas otras leyendas históricas que falsifican evidentemente la historia. Luego esta falsificacion no es un pecado antiestético; será á lo más una falta de tacto y de conveniencia en las circunstancias actuales, en que muchos, sabiendo ó pretendiendo saber la historia, no consentimos que nos la desfiguren, ni para distraernos é interesarnos un rato. Ahora hay otras delicadezas que allá en los buenos tiempos antiguos no se usaban, y ni Tirso se atreveria á poner lacayos y ginoveses y calle Mayor en la córte del rey David, ni Calderon el mar en la capital de Polonia.

En el dia es menester dar á la novela y al drama históricos lo que se llama el color local y de la época, y aunque la exactitud en estas cosas más es merecimiento de arqueólogo y de erudito que de poeta, todavía da muestras de serlo emi-

nente quien aprovecha con acierto esos materiales que la ciencia proporciona, y adorna con ellos sus ficciones sin aburrirnos ni fatigarnos. W. Scott, si bien algo prolijo á veces, es admirable por su verdad histórica, y si aplaude el lector en él al erudito por lo que sabe, áun aplaude más al inspirado por lo que adivina. Nadie ignora que leyendo el *Ivanhoe* concibió Tierry el pensamiento de su *Historia de la conquista de Inglaterra por los normandos*. La separacion de ambas razas de vencedores y vencidos, su diversa condicion social durante muchos siglos, y las consecuencias que de ello se originaron y dieron fundamento y causa al desenvolvimiento político de Inglaterra, son hechos históricos apénas sospechados por los historiadores hasta que W. Scott los consignó en el cuento susodicho.

Siguiendo despues las huellas de W. Scott, se han escrito infinitas novelas históricas con más ó ménos acierto, y se ha usado y abusado del color local, sobre todo, del de la Edad Media. No ha faltado asimismo quien haga excursiones á más remotas edades, como Bulwer en *Los Ultimos dias de Pompeya*, y Gautier en *La Novela de la momia*, en que nos pinta circunstanciadamente á Oph, Tébas ó Dióspolis magna, capital de Egipto, en tiempo del Faraon contemporáneo de Moises.

Tiene este género no pocos inconvenientes, mas

no son los mayores los que el Sr. Nocedal señala. Oir hablar á los procuradores de las villas y ciudades del siglo XIV como á los periodistas de oposicion en el dia, tal vez no tenga mucho de extraño, porque las pasiones y los sentimientos de los hombres se parecen en todos los siglos. Yo tengo por muy árduo y por punto ménos que imposible el fijar los límites y señales que separen con toda distincion y claridad las ideas y sentimientos comunes á la humanidad en todas las épocas, de aquellos que sólo son propios de una edad ó de un momento de la historia. ¿Quién ha escudriñado con bastante profundidad los anales del corazon y de la inteligencia de todo el género humano, para poder decir á ciencia cierta, esto es lo que se pensaba en el siglo IV, y esto es lo que se sentia en el siglo IX? Ya se entiende que hablamos de pensamientos generales, morales ó metafísicos, no de aquellos que se refieren á invenciones, instituciones y otras cosas concretas, que, no existiendo entónces, mal podian dar lugar á pensamiento alguno. Es evidente que en la Edad Media nadie podia pensar en la Direccion de Ultramar ó en la Academia Española. Yo doy tambien por averiguado que nadie pensaba entónces en telégrafos eléctricos, ni en pararayos, si bien algunas personas eruditas aseguran que ya los hubo en Judea en el templo de Salomon.

Menester es no ser muy severos con los anacronismos metafísicos, aunque no sea más que por lo difícil que es ponerlos en evidencia. Seguro estoy de que al Sr. Nocedal le parece un anacronistodo lo que piensa y dice el Marqués de Posa en el *Don Cárlos* de Schiller; pero ¿cuánto no se podria aducir en contra de este parecer? En otras ocasiones el anacronismo es patente, pero se perdona en gracia del buen uso que ha hecho de él el poeta; así la esclava griega, aquella bellísima figura del *Sardanápalo* de Byron. No hablemos de los poetas anteriores á nuestro siglo, tan celoso de la verdad histórica. En ellos todas las pasiones y los pensamientos son anacrónicos. Los personajes de Calderon, Racine y Corneille nos parecen personajes del siglo XVII y cortesanos de Madrid y de Versálles, por más que se vistan á la romana, á la griega ó á la babilonia. Por dicha son personajes humanos, que es lo que más importa y lo que más el arte requiere. Peor fuera caer en el extremo opuesto, y á fuerza de querer dar el tinte de época determinada á los pensamientos, creencias y pasiones, fantasear personajes que nada tengan de humanos y que no sientan, ni piensen, ni hablen como los del mundo.

La lengua española del siglo XIV está escrita, vive materialmente en los documentos, y en ellos podemos estudiarla y verla. Sin embargo, la ma-

yor parte de los que han compuesto en el dia versos ó prosa en *fabla antigua*, recelo mucho que han fablado una fabla que nunca se fabló, ni en lo antiguo, ni en lo moderno. Idéntico es mi recelo á propósito de los *Contes drolatiques* de Balzac. ¿Qué no tendré, pues, que recelar de sentimientos, ideas y otras cosas metafísicas que no se conocen sino por los efectos? Si para escribir una novela histórica se hubiese de proceder con la nimia escrupulosidad que el Sr. Nocedal exige, sería menester una erudicion sobrehumana y no se escribiria esta clase de novelas.

En cuanto á la fidelidad en los retratos de los personajes históricos, tambien hay mucho que decir. No es tan hacedero obedecer el precepto del Sr. Nocedal y *reproducir fielmente los verdaderos rasgos del modelo, sus costumbres y su alma.* Sería necesario que hubiese una historia fehaciente, autorizada de un modo legal, para que todos se aviniesen con lo que dijera, y tan honda que lo desentrañase todo, sin dejar alma de hombre célebre por descubrir, á fin de que los novelistas pudieran copiarla. Una historia, por ejemplo, que dirimiese la contienda de los que creen un monstruo á Felipe II y de los que casi le creen un santo.

Por lo comun no es el novelista quien calumnia con *falsedades y mentiras al personaje que yace*

en el sagrado de la tumba. Quien le calumnia, si calumnia hay, es el historiador á quien el novelista ha seguido. La cuestion no es de crítica literaria, es de crítica histórica. Y crea el Sr. Nocedal que no pocas veces sería la cuestion tan cómica y tan difícil de decidir con buenas razones, como la que tuvieron D. Quijote y Cardenio sobre la honestidad ó amancebamiento de la reina Madásima. Ariosto ha dicho de la de Cartago:

Elisa, che ebbe it cor tanto pudico,
Or riputata viene una bagascia
Solo perché Maron non gli fu amico.

Esto no obsta para que sea muy digno de reprension el historiador ó el novelista que premeditadamente insulta la memoria de algun héroe ó de algun ilustre personaje á quien todos sus compatriotas veneran. No hay más horrible ni más infame profanacion histórica que la cometida por Voltaire con la heroína Juana de Arco. Manchar la fama de la doncella de Orleans es deslustrar una de las más nobles glorias de Francia. ¿Qué grito de indignacion no se alzaria en nuestro país si algun perverso y mal avisado novelista se atreviese á poner en duda la clara virtud de Isabel la Católica? España volveria por ella, porque España toda es heredera de su gloria y debe defender-

la como un buen hijo defiende el nombre y la memoria de su madre.

Hay personajes históricos, cuya grandeza y bondad son tan evidentes para todos, que la conciencia pública los ha santificado y canonizado. Los pueblos han cifrado en ellos su gloria, han puesto en ellos su alma, han reconocido en ellos su ideal. ¿Quién abrirá los labios para hablar de ellos, que no los bendiga y los colme de alabanzas?

Pero ya hemos hablado bastante sobre la novela literariamente considerada; pasemos ahora á tratar de su moralidad y de sus tendencias religiosas, filosóficas y políticas.

III.

Ya que hemos examinado de qué suerte ha de ser verosímil la novela, pasemos á hablar de su moralidad.

Sobre este punto no puedo ménos de estar completamente de acuerdo con el autor del discurso que ha dado ocasion á este corto trabajo; las novelas han de ser morales, ó al ménos inocentes. Á lo que no me resigno es á conceder como una verdad incontrovertible, que las novelas del dia

son más deshonestas, torpes y dañinas que las que en otros tiempos se escribieron. Yo no puedo exclamar con el Sr. Nocedal: *Vuelvan las musas á morar en regaladas florestas, con su gracioso antiguo continente, ceñida de flores la cintura; dejen de andar á pié y descalzas, desaseadas y en cabello por esas calles, y tornarán á ser queridas y respetadas. Vuelvan, vuelvan los tiempos en que el auditorio se entregaba en brazos de la risa, ó derramaba lágrimas de ternura sin miedo ni escrúpulo en el teatro y sin peligro en la lectura de cuentos, narraciones y novelas.* Como esos tiempos felices jamas han ocurrido, nadie puede desear que vuelvan.

Yo sostengo, por el contrario, que toda buena literatura, y muy singularmente las buenas novelas que ahora se escriben, son mil veces más morales y decentes que las que en lo antiguo se escribieron, y fueron tenidas por buenas y ejemplares.

Empecemos hablando de la decencia. La decencia, el recato y el comedimiento en el lenguaje no son la moralidad misma, pero son clara muestra del respeto que á la moralidad se tiene. Así como en un salon elegante y entre personas cultas no se sufririan las palabras y frases que se consienten y hasta se aplauden en una taberna ó en un garito, así en nuestra sociedad, más culta

y mejor mirada que las antiguas, no se sufren las groserías é insolencias que entónces no escandalizaban. El escritor público, ni áun como cita, ni áun para censurar, puede repetir ahora los dichos infames y las malas palabras que entónces se usaban sin que los oidos se ofendiesen, y tal vez sin que el rubor asomase á las mejillas de nadie. Todos nuestros autores, Quevedo, Tirso, Lope, el mismo Cervántes, están llenos de tales impurezas. Fácil nos sería recordarlas si no temiésemos ofender á nuestros lectores. Entre los autores extranjeros acontecia lo propio. ¿Quién escribe en el dia con la desvergüenza, el cinismo y el impudor de un Aretino, de un Rabelais ó de un Boccacio? El mismo Shakespeare se sirve de expresiones que en el dia pasarian por *shocking* en boca de un carretero inglés. ¿Qué autor, por licencioso que fuese, se atreveria, por ejemplo, á poner ahora en boca de alguno de los personajes de un drama, estas palabras que Yago dice al padre de Desdémona: *Your daughter and the moor are now makin the beast with two backs?*

Y no se diga que este modo de expresarse es cándido y patriarcal, y que las costumbres eran entónces mejores, aunque no habia tanta hipocresía. No habia entónces tanta hipocresía, porque sencilla y buenamente las costumbres eran mucho peores y groseras. El vicio que hoy man-

cilla y degrada, tal vez se excusaba entónces como falta ligera ó graciosa travesura. El *Jorge Dandin* de Molière, el *Marido burlado y puesto en ridículo*, se ha dado en el teatro, en el gran siglo de Luis XIV, sin que nadie se escandalice. Doña María de Zayas y Sotomayor, señora muy principal de Madrid, publica entre sus novelas *ejemplares*, una titulada *El Prevenido engañado*, en la cual se cuenta con notable complacencia una serie de adulterios chistosos, cuya moraleja es que todo hombre debe tratar de casarse con mujer de entendimiento para que le engañe con disimulo y sin que él lo sepa. El engaño, siendo, segun doña María de Zayas, cosa natural y asimismo precisa, lo único que se podia evitar era que, por estupidez de la esposa, se hiciese sin arte y llegase el marido á entenderle, como le acontece al pobre héroe de la novela mencionada, que tomó mujer tonta de puro *prevenido*. No sé yo qué señora de España, por *despreocupada* que fuese, se atreveria hoy á dar al público novelas *ejemplares* por el estilo; ni tampoco creo que ningun censor se atreviese á aprobarlas, como el padre Fr. José de Valdivieso, autor del poema de *San José*, persona de autoridad y razonable teólogo, aprobó las de doña María, diciendo que *en aquel honesto y entretenido libro no hallaba cosa que se opusiese á la moral cristiana.*

¿Qué poeta, querido y mimado de la córte de Roma, publicaria hoy algo parecido al *Jocondo*, al *Perro precioso*, al lance del *Ermitaño* y de *Angélica* y á otros cuentos y episodios del Ariosto? ¿En qué teatro se consentiria hoy la representacion de la *Mandragola* de Machiavelli, que fué representada delante de Leon X?

Sería cuento de nunca acabar el ir citando obras de imaginacion, escritas en los buenos tiempos antiguos y notoriamente deshonestas. Otros vicios, más feos aún que la deshonestidad, se reian cuando no se perdonaban. Para mi señora doña Esperanza de Menéses y Quiñones no tiene Cervántes una palabra de reprobacion, y en verdad que no nos da mejor ejemplo que la *Dame aux camélias*, si bien se muestra mejor instruida en su oficio. ¿Qué idea formaríamos de la sociedad española del tiempo de Felipe IV si nos atuviésemos al retrato que nos hace de ella Quevedo?

Es indudable que hay en toda la sociedad europea, particularmente entre los pueblos que van al frente de la civilizacion, no sólo gran progreso material, sino tambien progreso moral.

Á pesar de las declamaciones contra el mercantilismo de la época, no es el dinero tan poderoso móvil de las acciones de los hombres como lo ha sido en otras edades. La idea de que con dinero no hay honra de mujer ó de hombre que no se

pueda comprar, idea tan repetida por los autores antiguos, y tan fecunda en chistes, se tendria hoy por soez y chabacana, no ya en un libro, sino emitida en un casino ó en una cena de la *Maison Dorée* entre calaveras y mujeres perdidas.

¿Qué mujer honrada no juzga hoy su honra y su virtud á prueba de pobreza, y hasta á prueba de hambre? Yo tengo por cierto, que no sólo las mujeres honradas, sino hasta algunas de las mujeres galantes y poco escrupulosas, se habian de ofender si se las aplicase el chiste de Lope:

> No estaba pobre la feroz Lucrecia,
> Que á darle D. Tarquino mil reales,
> Ella fuera más blanda y ménos necia.

El sentimiento de la propia dignidad es en el dia más vivo y profundo que nunca, y hasta la hembra más infeliz se juzga capaz, sin creer por eso que se coloca entre las heroínas, de resistir á todos los Tarquinos, si los Tarquinos no le gustan.

En el dia, sin embargo, se compadece, ya que no se disculpa á la mujer que ha sido pervertida desde la niñez, ántes que la conciencia y el pudor se despierten en su alma; se la considera capaz de arrepentimiento y de redencion, y áun se ve en ella, por profanada que haya sido, á una criatura de Dios, hecha á su imágen y semejanza.

Esto no es *levantar en alto figuras de prostitucion y convertirlas en modelo de virtud y de grandeza.* Augier en *La Aventurera*, Victor Hugo en *Marion de Lorme*, y hasta el mismo Dumas, á quien no defiendo sino relativamente, en su *Dame aux camélias*, no son tan inmorales como lo es en sus cuentos de cortesanas el más inocente de los autores de *los buenos* tiempos; no convierten á sus heroínas en otras tantas Magdalenas, pero tampoco las hacen llorar porque se les acaba la salud ó el dinero, sino por más altas y nobles razones.

El caballero de Grieux, en *Manon Lescaut*, estafa, roba y hace del rufian, sin perder la estimacion de su querida y sin dejar de ser todo un caballero. El abate Prevost, autor de la linda novela, pues no se ha de negar que la novela es muy linda, no condena acerbamente la conducta de su héroe, ántes bien le pinta como una interesante víctima del amor. En el dia, el caballero de Grieux, haciendo tales hazañas, hubiera dejado de ser caballero y hubiera perdido la estimacion de todos; tal vez hasta la estimacion de la enamorada cortesana, su cómplice. El novelista que hubiese narrado sus aventuras nos le hubiera pintado como un sujeto despreciable. La conciencia pública es hoy más delicada que entónces. En prueba de esta verdad, aduciré otro ejemplo to-

mado de nuestra propia literatura. Tirso, en *La Villana de Vallecas*, nos pinta á un señor oficial, muy hidalgo, muy valiente, que vuelve de Flándes á España á pretender una encomienda, y que, á pesar de toda su hidalguía, roba la maleta, los papeles, el dinero y el nombre á otro caballero indiano. Todo esto, así por el efecto que produce en los demas personajes del drama, como por la sencillez y benevolencia con que el poeta lo mira, no pasaba entónces de una broma, de una travesura discreta. ¿Qué autor dramático osaria en nuestro tiempo atribuir travesura semejante á un oficial que volviese de la guerra de Africa?

No sólo en novelas, sino en historias ó relaciones de hace siglos, se ven caballeros pobres que buenamente se dejan mantener por señoras ricas, sin perder su crédito. Hoy, aunque suele alguna vez acontecer lo propio, siempre se censura con severidad al mantenido.

Tampoco se ponen hoy tan á menudo, en novela ó en comedia, damas que se dejan seducir y que, vestidas de hombre ó con cualquiera otro disfraz poco decente, se van por esos mundos, de venta en venta y de meson en meson, en busca del querido que las deja; ni se ve, como en *La Devocion de la Cruz*, á una monja que se escapa del claustro, que mata á diestro y siniestro y que se transforma en capitan de bandidos.

En las antiguas obras de entretenimiento, pasma á veces el candor ó la *inocencia* de inmoralidad, la cual se puede confundir con la ignorancia y la grosería, pero no con la moralidad misma. ¿Á qué jovencito de ahora se le ocurriria enviar mensajes á su novia con Celestina, como á Melibea se los enviaba Calixto? Se responderá que las señoritas de ahora no viven en tanto recogimiento y retiro; pero ésta no es razon, porque si el recogimiento y el retiro han de servir para que tengamos que valernos de Celestinas, harto mejor es que las señoritas vayan á bailes, tertulias y paseos, y reciban en casa descubiertamente á sus galanes.

En suma, de cualquiera modo que esta cuestion se mire, es fuerza convenir en que la sociedad presente, no sólo es más culta, sino tambien más moral que la pasada, y en que la literatura amena, reflejo de la sociedad, tiene que ser, y es, en el dia más moral y delicada que ántes, aunque puede y debe serlo mucho más con el progreso de la civilizacion. Sabemos y confesamos que áun se publican muy malos libros, pero no peores que los antiguos. ¿Qué libro moderno español se puede comparar á *La C..... comedia*, escrita en tiempo de los Reyes Católicos? Es cierto que el infame materialismo frances del siglo XVIII, los escándalos de la Regencia y la monstruosa relajacion de

las córtes de entónces, concurrieron á producir un enjambre de libros obscenos é impíos; pero ¿quién los lee ya y no los detesta?

Hoy vivimos en una época más séria, y la juventud no se ocupa tanto de galanteos y de libertinaje. La juventud de ahora tal vez peca por el extremo contrario, tal vez es demasiado formal, y sin pensar en amores, se dedica á la filosofía, á la política y á las especulaciones mercantiles. Yo no defiendo esta precoz formalidad, hasta me parece antipática y ridícula en muchos; pero es indudable que existe, y que hace ménos frecuentes la seduccion y las relaciones criminales entre ambos sexos. Al jóven que se pone á descifrar aquel intrincado laberinto de *La Doctrina de la ciencia* de Fichte, ó que se calienta la cabeza con meditaciones y armonías económicas, ó que prepara un discurso, atiborrado de sabiduría, para pronunciarlo en el Ateneo ó en la Academia de Jurisprudencia, casi se le pasan las ganas de enamorar y le parecen *antinomias* las mujeres. Es, por consiguiente, más bien un preservativo que un escollo de la castidad ese cúmulo de elucubraciones filosóficas y políticas en que ahora todos nos hundimos.

Se lamenta el Sr. Nocedal de que esas elucubraciones políticas y filosóficas invadan el campo y jurisdiccion de la novela. ¿Mas cómo extrañarlo

ni cómo remediarlo, aunque lo lamentamos, cuando esas elucubraciones han invadido tambien toda nuestra vida? ¿Cómo extrañarlo, cuando sucede ahora tan á menudo lo que un amigo me refirió poco há, de un coloquio que sorprendió entre dos enamorados, los cuales estaban hablando del orígen del derecho y del desestanco de la sal?

Yo soy más que nadie partidario *del arte por el arte.* Creo que la poesía tiene en sí un fin altísimo, cual es la creacion de la hermosura. Creo que la poesía, y por consiguiente la novela, se rebajan cuando se ponen por completo á servir á la ciencia, cuando se transforman en argumento para demostrar una tésis. Yo creo, por último, que si los autores de estas novelas doctrinales son legos, como sucede con frecuencia, ó lo trastruecan y confunden todo, ó nos enseñan cosas olvidadas ya de puro sabidas, redundando todo ello en muy notable menoscabo del esparcimiento, regocijo y deleite que de la lectura nos prometiamos, no condeno, sin embargo, que las doctrinas se divulguen por medio de las novelas. Si unas doctrinas son malas, otras son óptimas, y al cabo en nuestro siglo, ni hay iniciacion, ni misterios, ni enseñanza *esotérica :* todo se sabe por todos, mejor ó peor, más temprano ó más tarde. Sin novelas, lo mismo que con novelas, hubiera habido siempre socialistas, panteistas, neo-católicos y

otros sectarios. En los primeros tiempos del cristianismo hubo más herejías que ahora, y apénas se escribian novelas.

No es esto conceder que la novela dogmática haya nacido en nuestra edad. *Nihil novum sub sole.* La novela dogmática es tan antigua como la novela misma. *La Ciropedia* es una novela política, y el cuento de Apuleyo, singularmente el hermoso episodio de los amores de Psíquis y Cupido, está lleno de símbolos de las más profundas doctrinas platónicas.

No quiero hacer más citas por no molestar á mis lectores. De sobra he escrito para que se cansen, aunque harto poco para aclarar el asunto que indica el epígrafe de este somero estudio.

Resumiendo ahora mi opinion sobre la última parte, ó sea sobre el dogmatismo de la novela, diré que, por regla general, no le apruebo. Perdono, sin embargo, á Goethe, sabio tan profundo como poeta eminente, que en el *Aprendizaje de Guillermo Meister* hable tanto de artes, de comercio, etc., etc.; á Jacobi, que exponga la filosofía del sentimiento en su *Woldemar*, y á Tirso, que en *El Condenado por desconfiado* nos dé un drama teológico sobre la predestinacion y el libre albedrío. Pero no todos los hombres de imaginacion son hombres de ciencia, y no siéndolo, es lo mejor escribir novelas para deleitar honestamente

sin sermones ni disertaciones, bien sean progresistas, como dicen que son las de Ayguals de Izco, que yo no he leido, bien sean retrógradas, como las de Fernan-Caballero, escritor de mérito sin duda, pero que áun le tendria mayor, si no se propusiera probar.

Feliz el autor de *Dáfnis y Cloe*, que no consagró su obrilla á Minerva, ni á Témis, sino á las ninfas y al Amor, y que logró hacerse agradable á todos los hombres, ó descubriendo á los rudos los misterios de aquella dulce divinidad, ó recordándolos deleitosamente á los ya iniciados. ¡ Ojalá viviésemos en época ménos séria y sesuda que ésta que alcanzamos, y se pudiesen escribir muchas cosas por el estilo !

(*Crónica de Ambos Mundos.*)

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ADVERTENCIA

Á ESTA NUEVA EDICION.

Aunque no puedo jactarme del éxito obtenido por esta coleccion de artículos, cuya primera edicion se publicó hace diez y ocho años, en 1864, y hasta poco há no se ha agotado, la reimprimo ahora, porque no hallo inferiores los trabajos que contiene á otros trabajos mios que han sido bien recibidos.

Sin duda hoy se lee más en España; sin duda mi reputacion de escritor ha logrado, con lentitud y laboriosidad, levantarse un poco, y sin duda lo chapucero de la primera edicion hizo que ésta tardase tanto en ser comprada y leida.

Lo dicho me mueve á dejar á los Sres. Al-

varez y C.ª que hagan esta nueva edicion, que será primorosa, lo cual me induce á esperar que no tarde tanto en agotarse como la primera. Deseo ademas reunir todas mis obrillas en tomos del mismo tamaño y forma. Sirva esto de disculpa á cierta vanidad de que pudieran tildarme al ver que me reimprimo sin olvidar nada.

No faltan, al cabo, quienes compren y lean mis *Disertaciones y juicios literarios*, y como estos *Estudios* son los antecedentes de aquéllos, me parece que los que han tenido el gusto, bueno ó malo, de comprar aquéllos, deben comprar éstos tambien. Así cotejarán y verán, y no deja esto de ser curioso, si soy el mismo, ó si he cambiado mucho en mi modo de pensar y de escribir, desde entónces hasta el dia.

INDICE.

Páginas.

Al Excmo. . . D. Angel P. de Saavedra, duque de Rivas. v

Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo, considerados en sus principios fundamentales, por D. Juan Donoso Cortés, marqués de Valdegamas. 21

Una Cátedra en el Ateneo. 75

De la doctrina del progreso con relacion á la doctrina cristiana. 95

Del romanticismo en España, y de Espronceda. 161

Sobre los cantos de Leopardi. 203

Obras poéticas de Campoamor. 239

Las Escenas andaluzas del Solitario. . . . 257

De la naturaleza y carácter de la novela. . . 277

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

3 vols

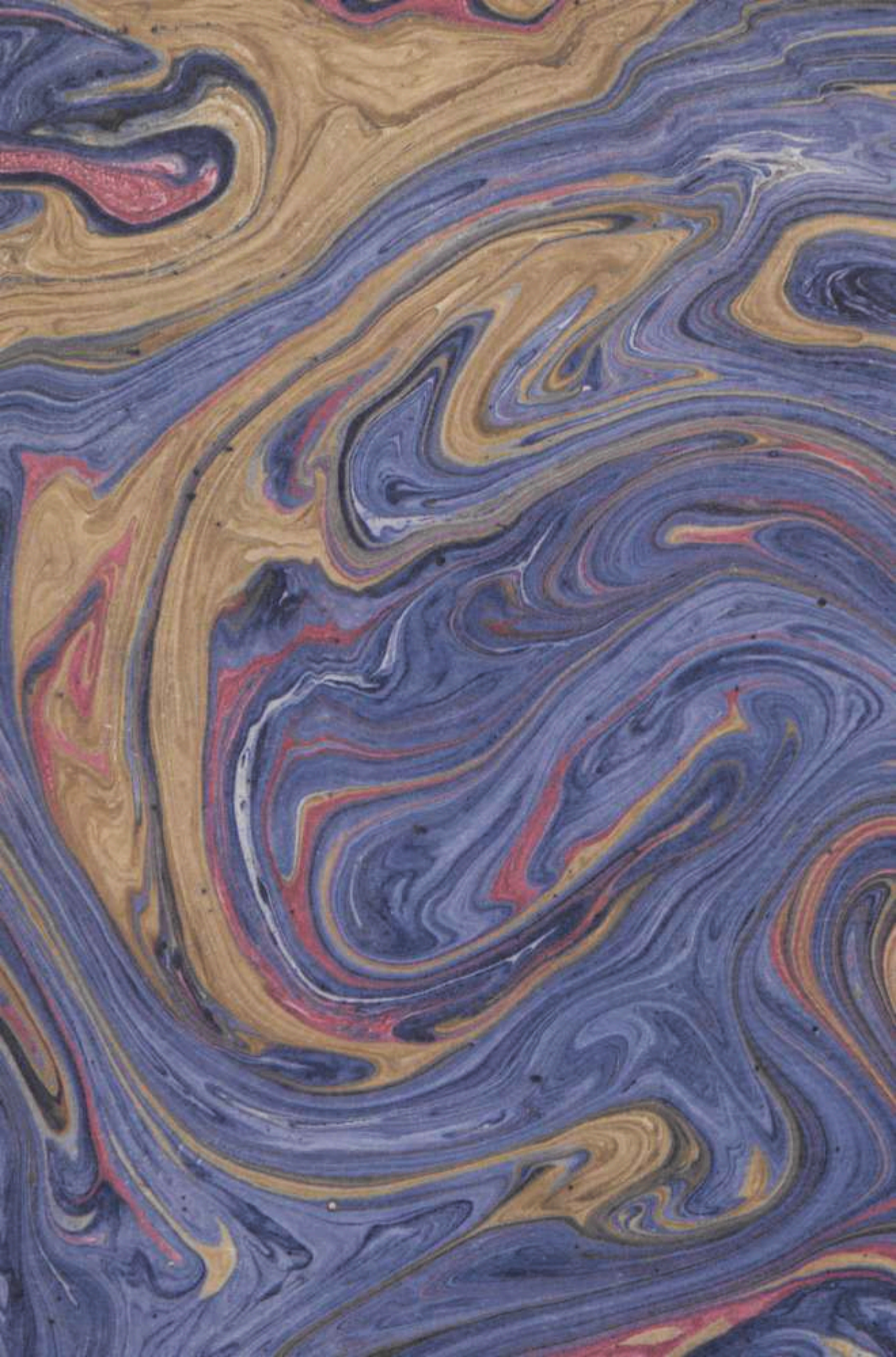
16.000

F.N.

FRANCISCO ALVAREZ, Editor.

RONDA DE RECOLETOS, 4, PRAL. DERECHA,

MADRID.

EXTRACTO DEL CATÁLOGO.

		Pesetas.
VALERA.	Pepita Jimenez (8.ª edición).	2,50
—	Doña Luz (3.ª edición).	2,50
—	Las Ilusiones del Dr. Faustino (3.ª edición) Dos tomos.	5
—	Algo de todo.	2,50
—	El Comendador Mendoza (3.ª edición). . .	2,50
—	Cuentos y diálogos.	2,50
—	Pasarse de listo (4.ª edición).	2,50
—	Dafnis y Cloe (2.ª edición).	3
—	Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia (2.ª edición). Tres tomos.	9
—	Estudios críticos (2.ª edición). Tres tomos.	9
—	Disertaciones y juicios literarios (2.ª edición). Dos tomos.	6
VELARDE.	Meditación ante unas ruinas (2.ª edición)..	1
—	La Velada (3.ª edición).	1
—	La Venganza (3.ª edición).	1
—	Fernando de Laredo (3.ª edición). . . .	1
—	Fray Juan (3.ª edición).	1
—	La Cueva del Cristo.	2
—	A orillas del mar.	1
—	El Año campestre.	1
—	La Niña de Gómez Arias (2.ª edición). . .	1
—	El Ultimo beso.	1
—	El Capitán García.	1
—	Mis amores.	1